

INFORMATION TO USERS

This manuscript has been reproduced from the microfilm master. UMI films the text directly from the original or copy submitted. Thus, some thesis and dissertation copies are in typewriter face, while others may be from any type of computer printer.

The quality of this reproduction is dependent upon the quality of the copy submitted. Broken or indistinct print, colored or poor quality illustrations and photographs, print bleedthrough, substandard margins, and improper alignment can adversely affect reproduction.

In the unlikely event that the author did not send UMI a complete manuscript and there are missing pages, these will be noted. Also, if unauthorized copyright material had to be removed, a note will indicate the deletion.

Oversize materials (e.g., maps, drawings, charts) are reproduced by sectioning the original, beginning at the upper left-hand corner and continuing from left to right in equal sections with small overlaps.

Photographs included in the original manuscript have been reproduced xerographically in this copy. Higher quality 6" x 9" black and white photographic prints are available for any photographs or illustrations appearing in this copy for an additional charge. Contact UMI directly to order.

ProQuest Information and Learning
300 North Zeeb Road, Ann Arbor, MI 48106-1346 USA
800-521-0600

UMI[®]



Université d'Ottawa • University of Ottawa

**LOPE DE AGUIRRE EL ETERNO VIAJERO: SU TRAYECTORIA
DISCURSIVA EN EL IMAGINARIO CULTURAL HISPÁNICO**

Thèse de maîtrise
Directeur: Prof. Gastón Lillo

KIM BEAUCHESNE
UNIVERSITÉ D'OTTAWA
DÉPARTEMENT DES LANGUES ET LITTÉRATURES MODERNES
AOÛT 2000

© Kim Beauchesne, Ottawa, Canada, 2000.



National Library
of Canada

Acquisitions and
Bibliographic Services

395 Wellington Street
Ottawa ON K1A 0N4
Canada

Bibliothèque nationale
du Canada

Acquisitions et
services bibliographiques

395, rue Wellington
Ottawa ON K1A 0N4
Canada

Your file Votre référence

Our file Notre référence

The author has granted a non-exclusive licence allowing the National Library of Canada to reproduce, loan, distribute or sell copies of this thesis in microform, paper or electronic formats.

The author retains ownership of the copyright in this thesis. Neither the thesis nor substantial extracts from it may be printed or otherwise reproduced without the author's permission.

L'auteur a accordé une licence non exclusive permettant à la Bibliothèque nationale du Canada de reproduire, prêter, distribuer ou vendre des copies de cette thèse sous la forme de microfiche/film, de reproduction sur papier ou sur format électronique.

L'auteur conserve la propriété du droit d'auteur qui protège cette thèse. Ni la thèse ni des extraits substantiels de celle-ci ne doivent être imprimés ou autrement reproduits sans son autorisation.

0-612-58441-0

Canada

Tabla de contenidos

Resumen	i
Agradecimientos	ii
INTRODUCCIÓN	1
La problemática	
El objetivo	
El marco teórico	
La metodología	
El corpus	
PRIMER CAPÍTULO	17
Introducción a las expediciones del Amazonas	
La expedición de Ursúa y Aguirre a El Dorado (1559-1561) y la producción textual que ella desata	
La crónica de Vázquez y la construcción inicial de la figura de Aguirre	
La carta de Aguirre a Felipe II (según la versión reproducida por Vázquez)	
SEGUNDO CAPÍTULO	60
La recuperación de Lope de Aguirre durante las luchas de emancipación	
La figura de Lope de Aguirre en la Venezuela finisecular	
TERCER CAPÍTULO	86
Ensayos historiográficos:	
I La reivindicación vasca	
II La interpretación española tradicional	
III La interpretación latinoamericana independentista	
IV Una interpretación española posfranquista	
CUARTO CAPÍTULO	107
Novelas:	
I Una reivindicación vasca	
II Una interpretación poética venezolana	
III Una interpretación desde México: Franquismo y exilio	
IV Una interpretación latinoamericana tradicional	
V La interpretación latinoamericana independentista	

Teatro:

I La reivindicación vasca

II Una interpretación española posfranquista

III Una interpretación venezolana

Cine:

I Una interpretación alemana

II Una interpretación franco-española posfranquista

CONCLUSIÓN 154

BIBLIOGRAFÍA 160

Résumé

Cette thèse a pour objet d'étudier la trajectoire discursive de Lope de Aguirre, le fameux rebelle basque de la période de la Conquête de l'Amérique, dans l'imaginaire culturel hispanique du XVI^e siècle à nos jours. Durement vilipendé par les chroniqueurs du XVI^e siècle, notre personnage sera tour à tour repris par des historiens des XVII^e et XVIII^e siècles, par Simón Bolívar et un médecin de l'élite créole du XIX^e siècle, et par des historiens, romanciers et cinéastes du XX^e siècle, qui l'utilisent dans un dialogue implicite avec le nationalisme basque, le nazisme, le franquisme, la guerre des guerrillas latino-américaine et ainsi de suite.

Nous essayons donc de démontrer qu'à chaque occasion les diverses appropriations d'Aguirre répondent aux conditions sociales, politiques et historiques propres au contexte de production donné.

Mais une question s'impose: pourquoi la figure d'Aguirre, un rebelle parmi d'autres, génère-t-elle un nombre aussi grand de discours et textes à son sujet? Était-il vraiment un rebelle comme les autres?

La méthodologie que nous utilisons pour traiter ce thème est fort éclectique et puise, entre autres, dans la sociocritique, l'étude du personnage ainsi que du langage, les notions d'intertextualité / interdiscursivité et d'idéologie. Nous espérons démontrer qu'ici l'utilisation d'une approche multi-conceptuelle est des plus productives dans le cadre d'une critique qui se veut à la fois diachronique et textuelle.

Agradecimientos

Quiero agradecer a una serie de personas e instituciones que contribuyeron de una manera o de otra a la orientación y realización de mi proyecto:

A mi director de tesis, el profesor Gastón Lillo, por proponerme el tema inicial y permitirme participar en su grupo de investigación.

A los profesores de la Universidad de Chile y la Universidad de Santiago de Chile (USACH), sobre todo los Profs. Nelson Osorio, Grínor Rojo y Leonardo León, por su generosa ayuda y motivación. Sus excelentes clases, nuestras largas conversaciones y las exquisitas comilonas en el Mercado Central son parte de mi formación intelectual y personal. Además, agradezco especialmente al Prof. Osorio por poner a mi disposición su extraordinaria biblioteca donde encontré muchas de las obras que comento en esta tesis.

Al amable personal del Archivo General de Indias de Sevilla, por darme la oportunidad de tener acceso a copias de las cartas de Aguirre e informes sobre este personaje.

Al “Fonds pour la Formation de Chercheurs et l’Aide à la Recherche” (Fonds FCAR), el “Régime de Bourses d’Études Supérieures de l’Ontario” (BÉSO) y la Universidad de Ottawa, por darme el apoyo financiero que necesitaba para dedicarme a esta empresa.

A mis padres y hermana, por su paciencia y comprensión.

Al profesor José Leandro Urbina, por ser un verdadero interlocutor intelectual.

A todos los que me han proveído consejo crítico durante el proceso de escritura, profesores y amigos, gracias.

INTRODUCCIÓN

La problemática

La figura de Lope de Aguirre ha constituido una permanente fascinación para los escritores e historiadores desde el siglo XVI hasta hoy. El conquistador que recorre el Amazonas en busca de El Dorado (1559-1561), y que en su camino va forjando una sangrienta rebelión que culminará con una famosa carta dirigida a Felipe II, llena del reclamo de los soldados que no recibieron el tipo de recompensas económicas que creían merecer por su aporte a la formación del Imperio español en América, parece desatar la imaginación de todos aquellos que ven en su acto un incidente histórico ejemplar, que expresa como transgresión aspectos importantes de la empresa española de ultramar. Pero, ¿es ésta una razón suficiente para tanta producción textual en torno a ese personaje? Ante el asombroso volumen de escritura tenemos que preguntarnos: si se sabe que no es más que la culminación de una serie de rebeliones que comienzan desde el mismo momento en que Colón llega a América, ¿qué hace que la rebelión de Aguirre sea “revisitada” en el transcurso de los siglos con tanto fervor?

Un ejemplo de la cantidad de textos generados por este episodio es la lista parcial que establece Julio Caro Baroja en un ensayo llamado “Lope de Aguirre, ‘traidor’ ” donde menciona a los que han hecho “comentarios de espanto y admiración” sobre Lope: los “autores de las relaciones primeras” (65), los “historiadores que ‘compusieron’, años después de la expedición, narraciones con aire más general: historiadores de Venezuela y otras partes” (68), el poeta Alonso de Ercilla y Zúñiga, los novelistas sir Walter Scott, Charles Augustin Sainte-Beuve, Giovanni Papini, Pío Baroja, Miguel de Unamuno,

Ramón del Valle Inclán, Arturo Uslar Pietri, Ramón J. Sender, los doctores Ramón Pardal, Juan B. Lastres y C. Alberto Seguí, los historiadores Segundo de Ispizua, Ciro Bayo, Emiliano Jos, Luis Germán Burmester, Casto Fulgencio López, Rosa Arciniega, el profesor peruano José Antonio del Busto Duthurburu y los vascos Mariano Ciriquiáin Gaiztarro, José de Arteche, la “academia errante”, etc.

Las sucesivas resemantizaciones¹ (condenas, apropiaciones utilitarias, etc.) de su acto de rebeldía, parecen tener, además, en cada caso, un correlato histórico específico que lo actualiza en una serie de diálogos con los conflictos del presente en que se produce su enunciación. Si es así, entonces, comprobaremos que los vaivenes de la escritura sobre Lope de Aguirre están inevitablemente marcados tanto por sus condiciones de posibilidad² como por las restricciones retóricas y políticas que cada momento histórico impone al enunciador o los enunciadores. En esta línea, intentaremos mostrar que el rebelde vasco ha sido catalizador de distintos procesos que, creemos, han cumplido una variedad de funciones ideológicas y políticas en la historia latinoamericana y española:

- a) En el siglo XVI, su acto de rebeldía ayuda a reforzar la autoridad de Felipe II (1555-1598) y la ideología del Imperio permitiéndoles ejercer la represión física y simbólica (crónicas sobre este incidente y otros) de los rebeldes;
- b) En el siglo XIX, en Hispanoamérica, se le rescata como antecedente a los discursos y acciones independentistas. Es conocida la admiración que por él manifestaba Simón Bolívar. Más tarde se le utilizará como personaje de la mitología nacional recuperado por la cultura popular;

¹ Utilizamos el término resemantización como el reemplazo o la redistribución de semas que se agrupaban originalmente en torno a un signo.

² Tal como lo explica Michel Foucault, el discurso está siempre limitado por ciertas condiciones de posibilidad y restricciones institucionales (ver la referencia a *El orden del discurso* más abajo).

- c) En el XX, en España, resurge como parte de la discusión vasco-española sobre la singularidad del pueblo y la cultura vascas, en la que subyace el problema de la autonomía³, y en el terreno más amplio de la política nacional parece dialogar con la dictadura franquista que ensalza los valores de la España eterna y el Imperio (sería el caso en la novela de Ramón J. Sender y la película de Carlos Saura). Por otra parte, en Hispanoamérica es recuperado como demente y sometido a diagnósticos psiquiátricos en la Argentina de los años 1930 y 1940, y como revolucionario en los años del ocaso de la guerrilla y los experimentos socialistas, figura de resistencia ante la hegemonía creciente de los Estados Unidos (por ejemplo, *Daimón* de Abel Posse).

Para entender la carga y el potencial simbólicos que contiene la figura de Aguirre, creemos que es preciso examinar el conflicto original, el marco social y cultural en que se da el primer enfrentamiento y la forma cómo se le registra en las crónicas. El proceso de demonización que acompaña su trayectoria como jefe de los Marañoses⁴ hasta su muerte es sólo entendible si clarificamos el contexto en el que se produce su gesto de desafío al rey. Éste representa el punto más alto de una serie de conflictos anteriores y contemporáneos al suyo, en los que se refleja, como dijimos, la insatisfacción de numerosos conquistadores (ver los estudios de Pastor y Caro Baroja). Las reapariciones como personaje histórico o ficticio a partir del siglo XVIII, tanto en España como en América Latina, siguen la pauta de rechazo de su figura y reactivan el paradigma demoniaco de la crónica, o, por el contrario, inician la de su rescate como luchador

³ Es interesante ver la polémica entre Segundo de Ispizua y Jesús de Galíndez con Emiliano Jos y los trabajos de Mariano Ciriquiáin Gaiztarro, José de Arteche, la “academia errante” y, por supuesto, Julio Caro Baroja, de los cuales nos ocuparemos parcialmente en el tercer capítulo.

⁴ Se llaman Marañoses al grupo que acompañó a Aguirre en la exploración del río Marañón/Amazonas.

libertario que da una batalla perdida y frustrante, hombre de carácter independiente y duro, víctima de su circunstancia, que refleja a su etnia, precursor de libertadores, etc.

El objetivo

Nuestro objetivo consistirá entonces en estudiar las vicisitudes textuales (las distintas reappropriaciones y resemantizaciones) del personaje Aguirre en España y América Latina desde las crónicas (1559-) hasta el siglo XX (-1994). Esto significa que, a pesar de que algunas de nuestras herramientas son descriptivas, no haremos aquí un estudio inmanentista de personaje; intentaremos examinar también cómo las condiciones previas y contemporáneas a la producción del discurso determinan en gran medida su configuración final siguiendo el proceso de expansión predicativa que mencionaremos más abajo. En primer lugar, entonces, veremos que Aguirre es un personaje histórico textualizado en crónicas cuya naturaleza retórica y valor documental debe ser evaluado (Ver Caro Baroja 65-66; 68-70) y que tal textualización es producto de las tensiones que marcan su tiempo: la situación política agudizada por las acciones del “loco”, y que tiene como resultado su carta a Felipe II, causa una crisis discursiva que el sistema imperial enfrenta a través de sus cronistas e historiadores. En segundo lugar, veremos cómo y por qué durante las luchas de la emancipación latinoamericana del siglo XIX Lope de Aguirre ha sido considerado como el primer “Libertador” de América. También veremos qué anima a un doctor de Mérida a recuperar a Aguirre en una obra de teatro hacia finales del siglo XIX. Por fin, veremos cuáles son las posiciones de los historiadores, críticos, novelistas y cineastas del siglo XX respecto a nuestro rebelde

vasco y cómo estas posiciones se relacionan con las circunstancias históricas contemporáneas.

El marco teórico

En cuanto a las dimensiones teóricas específicas con las que abordaremos nuestra problemática, es necesario precisar que tomaremos una postura más bien ecléctica, aún cuando podríamos decir que en general nos moveremos dentro del terreno de la sociocrítica. Por ejemplo, las reflexiones de Bajtín sobre el *dialogismo*, como concepto filosófico y antropológico, como una manera de concebir el mundo (y el lenguaje) como un espacio de intercambios y tensiones (discursivas, sociales, etc.) con el poder, son una opción teórica latente, no puramente instrumental, en nuestro trabajo. Pero de estas reflexiones de Bajtín sobre el dialogismo surge el concepto de la *intertextualidad/interdiscursividad*, que sí es un concepto central en cuanto al estudio de las diversas resemantizaciones textuales y discursivas de Aguirre.

Si ningún género ni texto es exterior a la sociedad en que se produce, entonces incluso las formas textuales aparecen insertas siempre en un continuum histórico y deben ser vistas como parte de los procesos de adecuación o modulación óptima de los materiales de la conciencia en circunstancias específicas.

El concepto de *discurso social* elaborado por Marc Angenot propone que éste es “todo lo que se dice, todo lo que se escribe en un estado de sociedad dado (todo lo que se imprime, todo lo que se habla hoy en los medios electrónicos)” (“Interdiscursivité...” 105). Este concepto rompe las jerarquías textuales convencionales y canónicas

permitiendo descubrir en el campo discursivo las constantes o las matrices que se pueden extraer de la puesta en contacto textual:

A primera vista, el vasto rumor de las palabras y discursos que coexisten e interfieren en una sociedad, da la impresión a la vez del ruido confuso, del barullo y de una diversidad no dominable de jergas, de estilos particulares y de funciones cumplidas. No obstante, el analista del discurso, aunque suele trabajar en un objeto circunscrito, sabe que el producto social global de lo *decible* y de lo *escribible* forma un conjunto en interacción. Los discursos sociales (...) forman en un estado de sociedad un sistema compuesto, interactivo, donde operan tendencias hegemónicas y se regulan migraciones (Angenot, "Analyse..." 103)⁵

Elaboración esta, tal vez sugerida por Bajtín para quien los enunciados no se crean *ex nihilo*, sino que se desplazan, circulan y cobran distintas significaciones en función de su contexto social y discursivo. Así, la sociocrítica se apoya tanto en consideraciones externas (las condiciones de producción y la recepción), como internas (el texto mismo); es este vaivén entre texto y sociedad que nos interesa particularmente.

Otros conceptos que formarán parte de nuestro horizonte teórico son:

El concepto de *sujeto transindividual* (Goldmann, "Le sujet de la création culturelle" en *Marxisme et sciences humaines*), que nos permite considerar el gesto de Aguirre como el gesto de un sujeto simbólico y poner en perspectiva su valor transgresivo, y la intensidad de respuesta del sistema imperial. Esa característica lo hace rescatable en momentos distintos en que puede ser leído y reinterpretado por grupos con intereses que intersectan si más no sea en el lenguaje.

En este sentido podemos leer a Caro Baroja, quien refiriéndose a la tesis del doctor Ramón Pardo manifiesta:

Decir que Lope de Aguirre padeció el "delirio de reivindicación" individualmente, como lo puede padecer un enfermo de hospital, es "aburguesar" su situación histórica, porque no fue él sólo, sino un fuerte núcleo de soldados el que tomó en

⁵ Todas las traducciones del francés e inglés que aparecen en esta tesis son nuestras.

un momento la decisión de rebelarse porque se sentían mal pagados por servicios y sacrificios (70)

En efecto, el concepto de transindividualidad nos sirve para proyectar el conflicto o la motivación al contexto aún más vasto de las relaciones conflictivas entre conquistadores y Corona, y abordarlos como campo complejo de tensiones discursivas: sabemos que Aguirre se sitúa dentro de una corriente de conquistadores que desde los viajes de Colón expresan su descontento con respecto a la Corona (por ejemplo, Cortés, los Pizarro, Sebastián de Castilla, Francisco Hernández Girón), rebelándose contra las Leyes de Indias, los decretos, etc. promovidos por la autoridad real y en permanente choque con sus funcionarios.

El uso de las crónicas y otros textos sobre Lope de Aguirre, ya sea como documentos condenatorios o reivindicatorios, es posible gracias a la capacidad que tiene el discurso de orientar a través de distintos mecanismos la actividad de lectura hacia una postura específica (del lector) con respecto al rebelde. En esta área es útil el aporte de Dominique Maingueneau en *Le contexte de l'oeuvre littéraire*. Tanto él como Umberto Eco (*Lector in fabula*) postulan que hay que entender el texto literario “como un artificio cuya trayectoria de lectura es prevista en la constitución misma. El texto es un artificio semánticamente ‘reticente’ que organiza de antemano los aportes de significado que el lector debe efectuar para hacerlo inteligible” (21).

Desarrollado por la teoría de la recepción, un concepto como *horizonte de expectativas* (Jauss, *Para una estética de la recepción*) permite describir fenómenos que involucran posibles respuestas del lector y nos ayuda a explicar movimientos aparentemente contradictorios que provocan cierta confusión al ser percibidos como una discordancia en un cierto horizonte ya establecido. Si se concibe la carta como parte del

proceso de demonización que mencionamos más arriba, ella es considerada como necesaria para reafirmar las acusaciones desplegadas en la crónica, y pierde (parte de) su valor subversivo. Sin embargo, su fuerza ilocutoria y su estatus de documento prohibido suelen poner en tensión el horizonte de expectativas del lector y la carta emerge allí como punto de crisis discursiva. El examen de tales discrepancias inscritas en el *lenguaje* de crónicas e historias relativas a este episodio nos permitirá discernir la compleja evolución de paradigmas discursivos que los centros letrados van creando para su utilización social⁶.

En ese sentido, creemos con Michel Foucault que el lenguaje (y sus usuarios) siempre es limitado y controlado: “(...) en toda sociedad la producción del discurso es a la vez controlada, seleccionada, organizada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tienen el papel de conjurar sus poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio, esquivar su grave, su temible materialidad” (*El orden...* 10-11). Existen, según Foucault, tres procedimientos de *exclusión (prohibición)*: “el tabú del objeto, el ritual de la circunstancia, el derecho privilegiado o exclusivo del sujeto que habla” (*El orden...* 11). Y él añade: “Las interdicciones que lo afectan [al discurso] revelan, enseguida, su vínculo con el deseo y con el poder” (*El orden...* 12).

La utilización de métodos de *análisis del discurso* se hace entonces dentro de un marco teórico que enfatiza la producción y distribución social del lenguaje, sus mecanismos de configuración de orden y jerarquía, y su capacidad de ser marcado y de reproducir dicho orden. Es así que, y citamos a Angenot,

En las esquematizaciones que, a través del uso social del lenguaje, narran, argumentan y “performan” y que, en un estado de sociedad, están dotadas de

⁶ Ver “El metatexto historiográfico y la historiografía indiana” de Walter Mignolo y *Language & Symbolic Power* de Pierre Bourdieu.

inteligibilidad y aceptabilidad, que cumplen funciones y conllevan “encantos” particulares, el analista del discurso desea revelar funciones y tensiones sociales. Las prácticas discursivas son *hechos sociales* y, por lo tanto, hechos históricos (“Analyse...” 102)

Y más adelante enfatiza: “Las prácticas discursivas son ‘instituciones sociales’ y, por eso, su autonomía relativa, su especificidad no se destaca sino que en el horizonte del conjunto de los hechos históricos y sociales” (“Analyse...” 102).

Dentro de este mismo marco introduciremos, como mencionamos más arriba, el problema de la *intertextualidad/interdiscursividad*. Acuñado por Julia Kristeva, el concepto de intertextualidad supone que un texto no es “autosuficiente” ni “un sistema cerrado” y además orienta “el texto hacia su significación sociohistórica en la interacción de distintos códigos, discursos y voces que atraviesan el texto” (Godard en Makaryk 568). De hecho, Kristeva traslada al texto la teoría que Mijail Bajtín ha desarrollado en torno al enunciado. En efecto, éste sostiene que todo enunciado u “objeto de la palabra” “siempre ya ha sido dicho” (Todorov 98): según una de sus más famosas citas,

Sólo el mítico Adán, el Adán solitario, al abordar con la palabra el mundo virgen, que todavía no había sido puesto en cuestión, pudo, de verdad, evitar totalmente, en relación con el objeto, esa interacción dialogística con la palabra ajena. Esto no pasa con la palabra humana histórico-concreta, que sólo de manera convencional y hasta cierto punto, puede sustraerse a ese fenómeno (*Teoría...* 96)

Así, se postula que cada enunciado (o texto) dialoga con otro enunciado (o texto) anterior a él.

Hay que clarificar lo que entendemos por la diferencia entre intertextualidad e interdiscursividad. Para ello es necesario definir primero la diferencia entre texto y discurso. Nosotros concebimos el texto como un todo provisorio que concretiza una serie de discursos localizables. El discurso, en cambio, es un conjunto más amplio e inacabado, definido por el analista (véase el discurso jurídico o científico). En un intento de expandir

la noción de intertextualidad, Donald Bruce se propone reformular el modelo intertextual y producir un modelo interdiscursivo que tome en cuenta el referente (por ejemplo, el contexto social y discursivo) que había sido puesto de lado por el estructuralismo y las teorías más formalistas: “En oposición a la intertextualidad ‘clásica’, la interdiscursividad contiene no sólo las estructuras formales del lenguaje sino también la historicidad fundamental de toda práctica significativa, literaria u otra” (71). Entonces, se trata de restringir la noción de intertextualidad a “referencias puntuales” e incluirla en el modelo interdiscursivo (Bruce 71) que es más amplio.

Por su pertinencia para nuestro trabajo queremos citar las definiciones que Marc Angenot da de estas dos nociones: la intertextualidad es “la circulación y transformación de ideologemas, de pequeñas unidades significantes dotadas de aceptabilidad difusa en una *doxa* dada” y la interdiscursividad es “la interacción y la influencia recíproca de axiomáticas de discursos contiguos y homólogos” (“Interdiscursivité...” 106-107). Lo importante es que Angenot añade un énfasis en la cuestión de la circulación de valores y conocimientos. La intertextualidad sería entonces un mecanismo a través del cual se transmiten los ideologemas de una época. La interdiscursividad en este mismo sentido sería una ampliación hacia los sistemas de valores.

El problema final es poder definir de una manera adecuada y abarcadora uno de los conceptos teóricos centrales de nuestro marco teórico: el concepto de ideología. En su libro *Ideology*, Terry Eagleton intenta una ampliación del concepto que cubra diferentes campos descuidados por las definiciones más reduccionistas o parciales y al mismo tiempo evite la pura generalidad⁷. Pierre Bourdieu, en una entrevista con Terry Eagleton

⁷ Eagleton enumera en el primer capítulo de este libro una serie de definiciones del concepto de ideología que están en uso: “(a) el proceso de producción de significaciones, signos y valores en la vida social; (b) un

aparecida en el libro *Mapping Ideology*, reconoce que el concepto ha sido muy a menudo mal usado, o usado de una manera vaga. Para el sociólogo francés, el término ideología, por su uso en el contexto de las confrontaciones políticas, ha caído en una especie de descrédito. Por lo tanto, ha intentado sustituir este concepto por otros como el de “dominación simbólica” o “poder simbólico” en un intento de controlar algunos de los usos o abusos a los cuales ha sido sometido (266). Con todo, la revisión del concepto está siempre oscilando entre sus posibilidades positivas y negativas. Y aunque para algunos esta sustitución representa un debilitamiento del concepto como herramienta crítica de carácter emancipador, su asociación con el marxismo como proyecto y práctica política ha disminuido su relevancia teórica. Con esa salvedad y conscientes del interés de las formulaciones de Bourdieu, seguiremos usando la noción de ideología cuando sea apropiado porque deseamos mostrar que el texto no refleja una sola ideología, sino que revela, a veces involuntariamente unas tensiones ideológicas en conflicto: de acuerdo con Pierre Macherey y Étienne Balibar,

Lejos de expresar la ideología coherente (la de la burguesía, por ejemplo), el texto revela, sin quererlo y a pesar de las intenciones del autor, las contradicciones ideológicas que son imposibles de resolver en la realidad social. No representa la ideología, sino que la *expone* haciendo aparecer sus contradicciones y lagunas: “De ahí la idea que el texto literario no es tanto la *expresión* de una ideología (su “puesta en palabras”) como su *puesta en escena*, su exhibición, operación en la cual se vuelve de cierto modo en contra de ella misma (...)” (en Zima 42)

corpus de ideas propias de un grupo o una clase social particular; (c) ideas que ayudan a legitimar un poder político dominante; (d) falsas ideas que ayudan a legitimar un poder político dominante; (e) una comunicación sistemáticamente distorsionada; (f) lo que ofrece una posición a un sujeto; (g) formas de pensamiento motivadas por intereses sociales; (h) un pensamiento identitario; (i) una ilusión socialmente necesaria; (j) la articulación del discurso y el poder; (k) el medio en que los actores sociales conscientes dan un sentido a su mundo; (l) sistemas de creencias orientados hacia la acción; (m) la confusión entre la realidad lingüística y fenomenal; (n) un cierre semiótico; (o) el medio indispensable en que los individuos viven sus relaciones con una estructura social; (q) el proceso por el cual la vida social es convertida en una realidad natural” (1-2).

A partir de aquí vamos a definir también las principales premisas que utilizaremos a lo largo del trabajo para estudiar la textualización de las *relaciones de poder*, la cual es fundamental para entender cómo configuran los distintos textos al personaje histórico/ficticio Lope de Aguirre:

- En nuestro trabajo, la problemática enmarca lo literario y cinematográfico, lo social y lo político. Por lo tanto, no nos referiremos a cuestiones puramente de género ni a problemas de estatus del texto. En otras palabras, que la crónica sea considerada como un texto literario o no, lo que nos interesa detectar en ella es la discursividad que articula al conjunto de premisas ideológicas del Imperio, lo cual constituye la forma en que el poder se hace perceptible y el texto socialmente relevante.
- En este sentido, la subversión de Aguirre que culmina con la carta está sujeta a los mecanismos de control y contención que son las crónicas. Éstas han sido producidas por los administradores del Imperio o por Marañones arrepentidos que conocen los formatos confesionales utilizados para narrar incidentes de desobediencia al grupo dominante.
- La época de Felipe II, como toda época, tiene sus propias modalidades de organización y ejercicio del poder, que vamos a describir en el primer capítulo, y que afectan los modelos discursivos utilizados socialmente. Incluso cuando éstos entran en una crisis de transición, previa a la reafirmación autoritaria de los nuevos modelos, ellos registran el cambio motivacional: de la mitificación al desengaño (ver Pastor) y, en el terreno político, del imperio de Carlos V (conquista y formación del imperio: 1517-1555) al de su hijo Felipe II (colonización y consolidación del imperio). Es importante, por lo tanto, estudiar cómo la escritura es sensible a los cambios en el poder a partir del análisis textual de las crónicas y los textos que derivan de ellas.

Por fin, recurriendo a los enfoques de Foucault y Bourdieu, mostraremos que el lenguaje, en las crónicas así como en las obras contemporáneas sobre Aguirre, es “tanto - o quizás más - un instrumento de *poder* y de acción que de comunicación” (Eagleton 265). Existen reglas, un decoro, que definen el comportamiento discursivo. Pero al escribir su carta, Aguirre no sigue estas fórmulas y se vuelve responsable de una transgresión lingüística y, por lo tanto, política.

La metodología

En el marco teórico enunciado, nuestra metodología se aplicará al estudio del personaje pues consideramos a éste como el elemento central que guía la lectura de los relatos. Esto implica reconocer las inversiones, a la vez ideológicas y personales, que se efectúan en su lectura. En toda concepción de personaje subyace una concepción de persona, anclada históricamente, y ligada a las ideologías de la cultura que la produce y que permite el proceso de identificación de los lectores. Este proceso se desarrolla en forma progresiva, como una expansión de la actividad de atribución que marca el texto. En principio, podemos decir con Hamon que un personaje (histórico o no) es un elemento constitutivo de un relato: “No es un dato *a priori* sino una construcción progresiva, una forma vacía que será rellenada por diferentes predicados” (126). Esta producción acumulativa de variadas informaciones, que Jean-Phillippe Miraux llama “expansión predicativa”, permite seguir la evolución del personaje y el relato así como “aclarar las selecciones formales específicas y las estrategias de escritura que permiten realizar el proyecto de representación” (12).

De esto podemos derivar dos series de cuestiones que tienen que ver con la relación escritura-lectura, respectivamente. Seguiremos de manera general las aproximaciones propuestas por Miraux en relación al estudio del personaje. Notaremos: a) lo que tiene relación con la presentación y descripción del personaje, retrato físico, moral y social; b) su actuación, el objeto de sus acciones y sus búsquedas; c) qué dicen los otros de él, cómo es llamado, nombrado (títulos, sobrenombres), cuáles son los designadores que manifiestan su presencia en el relato; d) cuáles son los diferentes puntos de vista con respecto a él y la serie de motivos a los que está ligado.

Por otra parte, notaremos: a) la función informativa del personaje que transmite al lector índices y valores; b) la función simbólica del personaje que supera el dominio de lo individual y pasa a representar a cierto grupo social, ciertas convicciones, ciertas posiciones morales o ideológicas; c) la función pragmática del personaje, en la medida que los comportamientos de éste puedan influir al lector (efectos catárticos y de identificación).

Sin embargo, Lope de Aguirre no es un personaje puramente ficcional: en tanto personaje histórico recuperado por textos literarios, Lope de Aguirre es, según las distinciones teóricas de Hamon, un “personaje signo”, es decir, que está registrado en el diccionario, un “personaje de enunciados no literarios”, es decir, objeto de conversaciones, de manuales de historia o artículos de periódico y un “personaje de enunciados literarios”, es decir, que participa en obras ficcionales (120). Además, en las obras que analizaremos, Aguirre es un “personaje referencial” que remite a “un sentido pleno y fijo, inmovilizado por una cultura”, a la cual los lectores pertenecen en diversos grados, es un “personaje embrague” que representa una marca de la presencia del autor o del lector en

el texto y es un “personaje anáfora” que desempeña una “función esencialmente organizadora y cohesiva” por ayudar a crear “la red de *llamados y recuerdos*” del texto (122-123).

Creemos que considerar estos elementos básicos es crucial para entender una parte importante de cómo se constituye el sentido de nuestros relatos al entrar ellos en relación con otros sistemas discursivos (históricos y políticos), con los cuales constituyen sentidos mayores ligados a las representaciones del poder y sus efectos en la vida social.

El corpus

Los textos que estudiaremos detalladamente son: en el primer capítulo, las crónicas sobre la expedición de Ursúa y Aguirre a El Dorado (y la carta de Aguirre al Rey Felipe II inserta en ellas), particularmente *El Dorado. Crónica de la expedición de Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre* de Francisco Vázquez; en el segundo capítulo, algunas cartas y proclamas de Simón Bolívar (el *Manifiesto de Cartagena*, el *Decreto de Guerra a Muerte*, la *Carta de Jamaica* y el *Discurso de Angostura*) y la obra de teatro *El tirano Lope de Aguirre* también del siglo XIX escrita por el doctor Adolfo Briceño Picón; en el tercer capítulo, los ensayos historiográficos *Los vascos en América* de Segundo de Ispizua y *La expedición de Ursúa al Dorado, la rebelión de Lope de Aguirre y el itinerario de los “Marañones”* de Emiliano Jos; y en el cuarto capítulo, algunas de las obras literarias del siglo XX que tratan de Aguirre, sobre todo las novelas *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre* de Ramón J. Sender y *Daimón* de Abel Posse. Los demás poemas, películas, obras de teatro que comentaremos servirán de apoyo a nuestras

hipótesis y de muestra de la variedad genérica y cultural dentro de la que se configura Aguirre.

En esta tesis no haremos análisis textuales pormenorizados porque nuestro interés mayor consiste en estudiar el conjunto de la trayectoria textual de Aguirre en su relación con los momentos históricos en que reaparece su figura.

Los criterios de selección del corpus tienen relación con la capacidad de las obras de mostrar un sinnúmero de rasgos que se han ido añadiendo a la figura de Aguirre en el largo proceso de expansión predicativa. Al mismo tiempo la muestra representa distintas instancias de lo histórico: la configuración original de Aguirre en las crónicas, las transformaciones radicales en el ámbito de la política decimonónica e historiografía nacionalista, decentramientos y propuestas imaginarias en la poesía y la narrativa del siglo XX.

PRIMER CAPÍTULO

Crónicas de El Dorado: el origen de la construcción del personaje Aguirre

Introducción a las expediciones del Amazonas

Inicialmente, la figura de Lope de Aguirre está estrechamente ligada a la era mítica de la Conquista española. Por lo tanto, en este personaje, así como en otros conquistadores, con los cuales comparte lo que podemos llamar el objetivo mítico, todavía se conserva esa falta de separación entre fantasía y realidad que caracterizó la visión de mundo de los expedicionarios que construyen el discurso sobre el Amazonas en la primera época de la Conquista⁸.

Uno de los centros imaginarios, parte de ese mapa que une al río Amazonas real con un territorio mítico, es El Dorado. Se formó en torno a una antigua leyenda indígena, según la cual antes de la llegada de los españoles una tribu de indios, durante una ceremonia, ofrecía oro y metales preciosos a su cacique (El Dorado), quien entraba cubierto de polvo de oro en el lago Guatavita para rendirle homenaje⁹. Beatriz Pastor afirma que el término “El Dorado” se convirtió con el paso del tiempo en sinónimo de cualquier territorio lleno de riquezas abundantes y añade que:

⁸ Irving A. Leonard considera que tal falta de separación fue causada en parte por la fuerza cultural de la literatura fantástica y las novelas de caballería: “Al igual que las cintas cinematográficas de hoy día, esta literatura ejerció una profunda influencia en la conducta, la moral y el pensamiento de la sociedad de su tiempo, y propició la aceptación de valores artificiales y de falsas actitudes con respecto a la realidad... y puso algún color en la existencia gris de los lectores, quienes, a pesar de las denuncias de los moralistas contra aquellas historias mentirosas, continuaron hallando en ellas retratos auténticos de la vida, de los que adquirieron no sólo modalidades de conducta e ideas sobre una realidad más amplia, sino una incitación para las hazañas” (29).

⁹ Ver Pastor, *Discurso...* 355-356. Una versión del mito aparece en *El carnero* de Juan Rodríguez Freile.

De ahí deriva posiblemente la importancia que concedieron a este mito tantos cronistas e historiadores, señalándolo erróneamente como el objetivo mítico de muchas expediciones que en realidad buscaban Meta, La Casa del Sol, o los tesoros del Inca, objetivos míticos todos ellos que se habían ido desarrollando sin ninguna relación con la leyenda del famoso indio dorado (*Discurso...* 356-57)¹⁰

Es imprescindible examinar algunos de los problemas de la textualización de la experiencia exploratoria del río Amazonas para entender la construcción compleja del personaje Aguirre y la actividad discursiva en torno a los incidentes que plagaron el viaje organizado por Ursúa. Este examen nos permitirá comprobar que tanto en la diacronía (el desarrollo del conjunto de crónicas de la Conquista) como en la sincronía elegida (los textos sobre las expediciones por el Amazonas, escritos entre 1541 y 1561) hay cierta coherencia ideológica que organiza las áreas de actividad humana y los recuentos discursivos de estas actividades (fijación de objetivos, medios utilizados, relaciones de jerarquía, cuestiones de autoridad y lealtad, consolidación del poder real, ejemplaridad, etc.). Por supuesto, la coherencia estaría determinada por las condiciones de posibilidad de estos textos y discursos: cuando la Corona desplegaba todo su poder a través de sus aparatos ideológicos y represivos para evitar las rebeliones y los alzamientos, porque entendía la fragilidad de las líneas de autoridad al gobernar desde la península, las condiciones no se daban para la producción de formas discursivas en que se evaluara de manera neutral las figuras de los rebeldes como Lope de Aguirre, Francisco de Carvajal y Gonzalo Pizarro en el Perú, Gonzalo Rodríguez en la gobernación de Popayán (Nuevo Reino de Granada), los dos Rodrigos Méndez y Francisco de Santisteban en la ciudad de Panamá, etc. Por otra parte, había figuras que se consideraban positivamente ejemplares (por ejemplo, Pedro de Ursúa) y que servían como contraste porque encarnaban las

¹⁰ Ver también el tercer tomo de *Mitos y utopías del descubrimiento* de Juan Gil.

definiciones esenciales sobre las que se fundaba el sistema colonial. No cabe duda que este sistema con sus elementos totalitarios y su proyecto de control ideológico impide la diversidad y heterogeneidad de opiniones, y la producción discursiva refleja esta situación. Aun cuando deja entrever las tensiones políticas, siempre termina reafirmando las estructuras básicas del poder.

Lo que sabemos en nuestros días sobre las expediciones del Amazonas y sus jefes, anteriores a la de Ursúa y Aguirre, viene de las crónicas e informes escritos en aquella época. Estos textos, aunque aparentemente monolíticos desde el punto de vista ideológico, son híbridos genéricos en el sentido de que contienen un registro documental y un registro ficcional alimentado por el mito. En efecto, en ellos la exploración casi científica del río se cruza con los mitos del País de la Canela, El Dorado, las Siete Ciudades de Cíbola, etc. (Rafael Díaz 15)¹¹.

Las crónicas e informes nos dan a conocer que a partir de principios del siglo XVI, es decir mucho tiempo después de que los indígenas se establecieran a orillas del Amazonas, los europeos (sobre todo españoles y portugueses) empiezan a explorar de

¹¹ Véase la crónica de Gaspar de Carvajal en donde las descripciones geográficas y los relatos de naturaleza mítica (en este caso, el mito de las Amazonas y su ciudad) se van mezclando a lo largo de la narración. Refiriéndose a unas islas en el Amazonas escribe Carvajal: "Estas islas son altas, aunque no mucho, y de tierra rasa, muy fértiles, al parecer, y tan alegres de vista, que aunque nosotros íbamos trabajados, non dejábamos de nos alegrar. Esta isla, que es la mayor, la fuimos costeando y terná de largo cincuenta leguas, que está en medio río, el ancho no lo sabremos decir; y siempre los indios nos fueron siguiendo hasta nos echar de esta provincia de San Joan, que, como he dicho, tiene 150 leguas, todas las cuales pasamos con mucho trabajo de hambre (...)" (102). Y casi inmediatamente después en el relato que hace un indio a Orellana sobre la tribu de las Amazonas, surge el registro mítico: "todas estas mujeres tienen una por señora principal a quien obedecen, que se llama Coroni [*Coñori*, en la transcripción de Medina (5)]. Dice que hay muy grandísima riqueza de oro y que todas las señoras de manera y mujeres principales se sirven con ello y tienen sus vasijas grandes, y las demás mujeres solebeas se sirven en barro y palo; dice que en la cibdad donde reside la dicha señora hay cinco casas del sol a donde tienen sus ídolos de oro y de plata en figura de mujeres y muchas más vasijas que les tienen ofrecidas, y que estas casas, desde el cimientto hasta medio estado en alto, están planchadas de plata todas a la redonda (...). Dice que estas mujeres andan vestidas de ropa de lana, porque dice que hay muchas ovejas de las del Perú y que andan todas con mucho oro encima. (...) También, según entendimos, que hay camellos (...). Dice que hay en esta tierra dos lagunas pequeñas de agua salada, de que hacen sal (...)" (105-106) [Manuscrito de la Academia de la Historia de Madrid]

manera sistemática el río, empujados por las necesidades de satisfacer al mismo tiempo las metas imperiales y los objetivos de los conquistadores locales, así como su ansia de poder y riqueza bajo la forma histórica de la búsqueda del oro y metales preciosos, sostenida por una combinación de antiguos mitos y modelos de vida que forman parte de la cultura europeo-oriental. En 1500 las expediciones de Vicente Yáñez Pinzón, Diego de Lepe y Alonso Vélez descubren la desembocadura del Amazonas. Pero la primera navegación total del río, desde Quito hasta “la mar” (el Océano Atlántico), es realizada en 1541-42 por la expedición al mando del famoso Francisco de Orellana. La crónica sobre esta jornada considerada como la más importante (“más significativ[a] desde el punto de vista histórico” [Rafael Díaz 25]) fue escrita poco después del final de la expedición por Fray Gaspar de Carvajal y se titula: *Relación que escribió Fr. Gaspar de Carvajal, de la orden de Santo Domingo, del suceso del nuevo descubrimiento del famoso río grande, que descubrió por muy gran ventura el capitán Francisco de Orellana, desde su nacimiento hasta salir a la mar, con cincuenta y siete hombres que trajo consigo y se echó a su ventura por el dicho río, y por el nombre del capitán se llamó el río de Orellana*¹².

Volvamos a nuestro objetivo principal, el cual consiste, como explicamos al principio del capítulo, en mostrar que en la diacronía y sincronía se despliega cierta

¹² La edición a la que remitimos (FCE) contiene fragmentos de los manuscritos de José Toribio Medina y de la Academia de la Historia de Madrid. Para las ediciones posteriores de esta crónica, ver la Introducción a *La aventura del Amazonas* (15-18). Las otras relaciones que se refieren a este episodio son: *La Guerra de Chupas*, libro segundo de la cuarta parte de *Crónica del Perú* de Pedro Cieza de León, “el príncipe de los cronistas de Indias” (Rafael Díaz 16); *Jornada del Río Marañón* de Toribio de Ortuera, que incluye también el relato de la expedición de Ursúa y Aguirre; *Historia General de las Indias* de Francisco López de Gómara; *Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú* de Agustín de Zárate; libro tres de la segunda parte de los *Comentarios reales* de Garcilaso de la Vega¹²; y la Década VII de *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano* de Antonio de Herrera (ver Rafael Díaz 16).

coherencia ideológica. En las crónicas escritas sobre las distintas exploraciones del Amazonas (i.e. la de Carvajal, que se propone reivindicar a su personaje central, y la de Vázquez, que lo quiere condenar), la coherencia ideológica se manifiesta sobre todo en torno a la presentación de los personajes, o sea en cierto consenso respecto a los criterios que se usan para juzgarlos. Uno de éstos es la *traición*, convertida por los aparatos ideológicos y represivos de la Corona en un problema fundamental. Veamos, pues, rápidamente la relación de Carvajal en función de esta problemática.

Es un hecho consabido que Francisco de Orellana, de vuelta en España después de la expedición, es considerado como rebelde y traidor (a Pizarro y, por extensión, al Rey). En efecto, durante el recorrido del Amazonas, en vez de regresar al lugar que él y Pizarro habían determinado para juntar las dos partes de la expedición, Orellana y sus hombres siguieron navegando hasta el mar Océano. A pesar de este gesto, Gaspar de Carvajal, el cura que participó en la expedición de Orellana, “quiere justificar la rectitud de Orellana y disipar cualquier duda sobre su presunta traición al no haber regresado al real de Pizarro” (Rafael Díaz 42, nota 16)¹³. Por supuesto, no hay que pasar por alto que por formar parte de la expedición, también Fray Gaspar se hace partícipe de la presunta traición. Tal como sostiene Rafael Díaz, éste es uno de los motivos por los cuales el fraile escribió su relación, cuando se enteró de los cargos que pesaban sobre Orellana (42, nota 16). Con el fin de presentar a su jefe como un gobernador ideal (que no traicionó ni a Pizarro ni al Rey), Gaspar de Carvajal empieza su crónica haciendo un retrato de él, donde se destacan su lealtad y obediencia al Rey:

Para que mejor se entienda el suceso de esta jornada se ha de presuponer que este Capitán Francisco de Orellana era capitán y teniente gobernador de la ciudad de

¹³ Queremos destacar aquí las múltiples vinculaciones entre la crónica de Carvajal y la de Vázquez respecto tanto de la forma como de las motivaciones de la escritura.

Santiago, la cual él, en nombre de S. M., pobló y conquistó a su costa, y de la villa nueva de Puerto Viejo que es en las provincias del Perú, y por la mucha noticia que se tenía de una tierra donde se hacía canela, por servir a S. M. en el descubrimiento de la dicha canela, sabiendo que Gonzalo Pizarro en nombre del Marqués venía a gobernar a Quito y a la dicha tierra que el dicho capitán a cargo tenía, para ir al descubrimiento de la dicha tierra, fue a la villa de Quito, donde estaba el dicho Gonzalo Pizarro, a le ver y meter en la posesión de la dicha tierra. Hecho esto, el dicho capitán dijo al Gonzalo Pizarro como quería ir con él en servicio de S. M. y llevar sus amigos y gastar su hacienda para mejor servir [Manuscrito de la Academia de la Historia] (...) y se determinó de pasar adelante y lo seguir..., aunque los vecinos de la tierra se lo estorbaban por haber de pasar por tierra muy belicosa y fragosa y que temían lo matasen como habían hecho a otros que habían ido con muy gran copia de gente; pero no obstante esto, por servir a Su Majestad, determinó con todo este riesgo de seguir tras el dicho Gobernador [Manuscrito de Medina] (41-42)¹⁴

A continuación, Carvajal explica la imposibilidad de su grupo de volver al lugar convenido. Su argumento está basado, primero, en el principio de la buena fe (honor)¹⁵: “pero en confianza que no podíamos estar lejos, acordamos de pasar adelante, y esto no con poco trabajo de todos” (46); y, segundo, en el de la voluntad de Dios que decide el destino del grupo: “confiando en Nuestro Señor que tendría por bien de conservar nuestras vidas hasta ver nuestro remedio” (46). Agotadas todas las posibilidades, y enfrentando la certeza de la muerte, Carvajal con el acuerdo de Orellana realiza una misa, que es el rito cristiano de comunicación con Dios, a continuación de la cual toman la decisión de separarse definitivamente del grueso de la expedición, tras reafirmar que las circunstancias hacen imposible el principio de obediencia, pero que su adhesión a la doctrina e institución católicas es tan fuerte que terminará por salvarles milagrosamente la vida (46) [Manuscrito de Medina].

También, a lo largo de esta crónica, al igual que en la mayoría de las crónicas escritas durante la Conquista, y en particular en el periodo estudiado en esta parte (1541-

¹⁴ Todo subrayado es nuestro.

¹⁵ Ver Claude Chauchadis 220.

1561), se reafirma el poder y la supremacía del Rey (Carlos I / V) y de Dios, en parte para proteger a Orellana: “este capitán Francisco de Orellana era capitán y teniente de gobernador de la ciudad de Santiago, la cual él, en nombre de S. M., pobló y conquistó a su costa” (41); “por servir a S. M. en el descubrimiento de la dicha canela” (41); “el dicho capitán dijo al Gonzalo Pizarro cómo quería ir con él en servicio de S. M.” (41-42); “suplicando a Nuestro Señor” (45), etc. [Manuscrito de la Academia de la Historia]

Carvajal logra probar la lealtad de Orellana, el cual finalmente obtiene en 1544 una nueva capitulación “firmada por el príncipe, en ausencia de Carlos I, por la que se le concedían 200 leguas al oeste de la desembocadura del Gran Río” (Rafael Díaz 29).

En suma, el personaje conquistador ideal que construyen esta narrativa y las demás del siglo XVI es un vasallo valiente y subordinado al rey así como un buen cristiano, incluso cuando este modelo se plantea *in absentia* y el conquistador no reúne todas estas características. Es el caso de la construcción que Cortés hace de sí mismo en las *Cartas de Relación* sobre las circunstancias de la expedición y conquista de Méjico o el de Orellana que en el comienzo es evaluado como traidor y que en la trayectoria argumentativa de Carvajal termina por ser rei vindicado. En el polo opuesto al gobernador ideal está el rebelde con carácter demoníaco (Aguirre), que reúne desde el principio todos los rasgos del modelo antagónico reflejo del marco ideológico del mundo teocéntrico, el cual se expresa en la dualidad maniquea bien-mal. Parte y consecuencia de esta división es la fortuna del súbdito que puede ser hecha o deshecha por el monarca¹⁶. Podemos ver así representado el drama del traidor y del vasallo leal. Aunque Orellana y Aguirre

¹⁶ En su definición de vasallo, Covarrubias cita: “Otros piensan que (...) assí como el alfaharero puede hazer y deshazer del varro que iene entre las manos a su voluntad; assí el rey sobre la rueda de la fortuna y su imperio puede hazer y deshazer al súbdito, honrando y acrecentando al que fuere virtuoso, y castigando y apocando al que fuere ruyn” (994), lo cual remite a San Pablo, *Ad Romanos*, c.9.

participan en principio de la misma función dramática (ambos desempeñan el rol de traidor), uno de ellos es reivindicado y el otro condenado. En esta puesta en escena del poder la afirmación central de la unidad del imperio sólo puede ser posibilitada por el leal. Por el contrario, el traidor disgrega, es el caos. En ese caso, la crónica asume su función ideológica y reestablece el orden amenazado.

La expedición de Ursúa y Aguirre a El Dorado (1559-1561) y la producción textual que ella desata

Las noticias que Orellana y los miembros de su expedición difunden respecto a las tierras ricas de El Dorado y Omagua refuerzan el objetivo mítico y motivan la segunda expedición que logra navegar la totalidad del Amazonas/Marañón¹⁷. Pero, paradójicamente, en aquel momento las decepciones y frustraciones de los españoles en América han crecido. Según Beatriz Pastor, se manifiesta “un desencanto que estaba en la base de serios conflictos sociales y de rebeliones cada vez más frecuentes” (“Lope...” 160). La mayor de estas razones es la consolidación del poder económico de los nobles y

¹⁷ Para los distintos nombres del Amazonas ver la Introducción a *La aventura del Amazonas*: “Si se enumeran los nombres del río sin tener demasiado en cuenta su desarrollo histórico, el resultado es un conjunto bastante heterogéneo pero muy significativo. Santa María de la Mar Dulce, Marañón, Orellana, Amazonas, Bracamoros, San Francisco de Quito, etc., no son sino denominaciones concretas aplicadas al mismo fenómeno en situaciones definidas. Lo importante es que un buen número de estas denominaciones que se atribuyen al río son de elaboración previa a su reconocimiento”. La expresión Marañón, por ejemplo, es uno de los nombres más antiguos que se aplicaron al río, como bien ha demostrado Ladislao Gil Munilla al referirse al viaje de Diego de Lepe y sus compañeros, que otorgaron al Pará la denominación de Marañón en los albores del siglo XVI (2). Al margen de los problemas que ha suscitado la etimología de esta palabra (3), el concepto de Marañón se aplicó durante un período importante de tiempo para referirse a un territorio con características especiales: situado en la zona intertropical, repleto de riquezas, etc., localizado a veces al norte de la Equinoccial, a veces por debajo de dicha línea. En otras ocasiones aparece como sinónimo de río grande y se confunde alternativamente con el Orinoco, el brazo norte del Amazonas, el Pará o cualquiera de los ríos que conforman la bahía de San Marcos, donde actualmente se levanta la ciudad de San Luis de Maranhão (...). El propio Orellana está convencido de que no ha salido al mar por el Marañón, como lo atestigua a su vuelta al delta amazónico (4). Sin embargo, en la expedición de Ursúa y Aguirre se denomina Marañón al río de Orellana” (11-12).

encomenderos, y la consecuente imposibilidad para los demás de medrar (como antes lo hacían) gracias al reparto de tierras, matrimonios o expediciones exitosas¹⁸.

Se forma rápidamente un gran grupo de soldados que no habían sido remunerados ni premiados por sus servicios. Éstos se quejan, pues, de la injusticia en la distribución de premios: por ejemplo, según Ortiz de la Tabla, La Gasca “fue acusado de injusto, parcial y apresurado en el reparto de mercedes” (17). Además, la Guerra de las Salinas (1537-38) y las siguientes guerras que oponen a los almagristas y pizarristas “evidenciaban ya las rivalidades y conflictos entre ricos y pobres, entre bien asentados y recién llegados” (Ortiz de la Tabla 15).

Recordemos que en 1544 Gonzalo Pizarro se rebela contra Núñez de Vela, el primer virrey del Perú, y las Nuevas Leyes de Indias que restringen los privilegios de los conquistadores y criollos insurgentes. Pizarro es ejecutado en 1548 por La Gasca, un licenciado enviado por la Corona para pacificar el virreinato. Otros resentidos, don Sebastián de Castilla y Hernández Girón, se rebelan en 1553-54. Diversas rebeliones, más o menos importantes, y con distintas características, tienen lugar¹⁹.

Para la Corona, la única manera de deshacerse de estos revoltosos consiste en recurrir al fenómeno de la “descarga de la tierra”, o sea mandar a los “hombres turbulentos”, los remanentes problemáticos de los conquistadores, la falange de revoltosos de la que habla Arístides Rojas en su *Historia de Venezuela*, en las expediciones de descubrimiento²⁰. El mismo Fray Pedro Simón se refiere a este método en la *Sexta Noticia Historial de las Conquistas de Tierra Firme* (1625), la cual trata de la

¹⁸ Según Ortiz de la Tabla, “El grupo de conquistadores o sus descendientes que acaparaban las encomiendas, cargos de cabildos, tierras, ganados, obrajes, etc., representaban tan sólo menos del 10 por 100 de los vecinos de cada ciudad” (13).

¹⁹ Ver los rebeldes que mencionamos en la segunda página de este capítulo.

²⁰ Ver Pastor 30 y Javier Ortiz de la Tabla en su Introducción a la crónica de Vázquez (22-23).

expedición de Ursúa y Aguirre: “Con que se alteraron los ánimos de tanta gente vagabunda, como siempre andaba en el Perú, para ir en demanda de estas noticias, de manera que ya traía al virrey con cuidadosos desvelos al buscar modo con qué aplacar aquello o dar salida conveniente a tanta gente como lo pretendía para ir en su demanda” (140).

Por esta razón, el Marqués de Cañete, el nuevo gobernante elegido para desempeñar el papel de representante del Rey y pacificar el Perú, da licencia a Pedro de Ursúa, el cual había hecho muchos servicios al Rey (Rafael Díaz 30) para encabezar una expedición cuyo objetivo es poblar las provincias de Omagua y El Dorado.

En este sentido, Aguirre sufre con los demás el proceso de decepción, sabe que no será recompensado como cree merecer y el sueño de riquezas se ha ido desvaneciendo en el gran río Marañón. Tomando en cuenta la gran cantidad de rebeliones que sobrevienen en aquel periodo, es importante considerar a Aguirre no como un rebelde (y loco) “suelto”, aislado y único (ver la interpretación de Enrique de Gandía en el tercer capítulo de este trabajo), sino como un *sujeto transindividual* que expresa por escrito las preocupaciones de su grupo social: un sujeto entre muchos resentidos (soldados, encomenderos, etc.) que en aquella época crean un clima de disconformidad y expresan su descontento rebelándose contra el sistema colonial²¹. Un hecho que refuerza esta tesis es que la rebelión de Aguirre se inserta también, como mencionamos en la introducción, dentro de la serie histórica más amplia de revueltas, tensiones y conflictos que deterioran

²¹ Tal como sostiene Emiliano Jos en *La expedición de Ursúa...* “En cuanto a la rebelión de Aguirre, es incomprensible fuera del emplazamiento peruano. Sus raíces, sus conexiones y sus fines todos, se hallan en el Perú. Las guerras civiles aquí pasadas, son sus antecedentes inseparables” (9). También es importante recordar que Aguirre aparece al principio de toda una tradición de reclamos hechos por un sector consciente de haber sido estofado y engañado en sus peleas en servicio al rey, y escribe para ser escuchado y recompensado (ver Marmolejo, Bernal Díaz del Castillo, etc.).

las relaciones entre la metrópoli y los conquistadores desde los viajes de Cristóbal Colón y Hernán Cortés. Obviamente, la particularidad de Aguirre consiste en la audacia de su acto discursivo: es el único soldado que manda una carta al rey para declarar su rebelión.

La expedición de Ursúa y Aguirre a El Dorado genera una enorme producción textual. En efecto, existen por lo menos diez relaciones (o crónicas) escritas en los años 60 del siglo XVI sobre este tema: *Relación de todo lo que sucedió en la Jornada de Amagua y Dorado, que fue a descubrir el Gobernador Pedro de Ursua, con poderes y comisiones que le dio el Virrey Marqués de Cañete Presidente de Perú. Tratase, asimismo, del alzamiento de Don Fernando de Guzmán y Lope de Aguirre y otros tiranos...* (1561) de Francisco Vázquez; *Relación verdadera de todo lo que sucedió en la Jornada de Amagua y Dorado...* de Pedrarias de Almesto, la cual es una copia de la de Vázquez; *Relación de todo lo que sucedió en la jornada que le fue encargada al gobernador Pedro de Ursua que se dezia el Dorado y las muertes y daños que en ella uvo después que los tiranos lo mataron al dicho gobernador* (1561) de Pedrarias de Almesto, la cual no es una copia de la de Vázquez; *Relación breve fecha por Pedro de Monguia... de lo mas sustancial...de la Jornada del Gobernador Orsua... e del alzamiento de Lope de Aguirre...* (1561) de Pedro de Munguia; *Relación muy verdadera de todo lo sucedido en el río Marañón en la provincia del Dorado* (1561) de Gonzalo de Zúñiga; *Jornada del río Marañón...*(escrita entre 1581 y 1586) de Toribio de Ortiguera; *Esta es parte de una relación de un tirano que se dize Lope de Aguirre y no va entera porque no uvo lugar* (1561) de un hijo de Juan Pérez, de Usanos, Guadalajara; *Relación muy berdadera que trata de todo lo que acaeció en la entrada de Pedro de Orsua en el descubrimiento del Dorado y Amagua y de la rebelión de don Hernando de Guzmán y del muy cruel tirano*

Lope de Aguirre (1561), relación anónima, pero atribuida por Emiliano Jos a Custodio Hernández; *Relación de todo lo sucedido en la gobernación de Omagua que por otro nombre se llama el Dorado des que fue encargada a Pedro de Ursua* (1561), relación anónima; *Carta-relación* (1561) de Juan de Vargas Zapata; *El Marañón* (1561) de Diego de Aguilar y Córdoba; por fin, *Relación de la Jornada del Dorado* (?) del capitán Altamirano (Jos 21-22 y Ortiz de la Tabla 34-35)²².

Según la jerarquización de estas crónicas propuesta por varios críticos del siglo XX, la crónica de Vázquez suele ser considerada como la más importante: para Pastor, se trata de la más interesante desde el punto de vista de los elementos ficcionales, de la organización narrativa y de la perspectiva ideológica (417, ssgg.) y Emiliano Jos opina que “ésta y la de Hernández son las más valiosas, es la más detallada, acaso la más verídica, y sin acaso, la que más datos nos da sobre la vida de Aguirre en el Perú” (*La expedición...* 24). La crónica de Ortiguera, en cambio, “mejor escrita que la de Alместo, su modelo, añade numerosos datos nuevos con los que hay que tener mucha cautela, pues no siendo el autor testigo presencial, admitió muchas noticias falsas”²³. La determinación del valor de estas crónicas tiene un aspecto histórico (capacidad de dar cuenta de las acciones en su transcurrir) y un aspecto escritural (retórico) que muestra la diferencia de habilidad o sofisticación narrativa entre cronistas. Es decir, podemos afirmar que el valor proviene de una fuente ética (verdad) y otra estética (relato)²⁴. Creemos que a pesar de la jerarquía creada en cuanto al valor (veracidad) de las crónicas, algunas de las

²² Para una lista completa de ellas, incluyendo las obras inéditas, ver el primer capítulo de *La expedición...* de Emiliano Jos.

²³ Por lo tanto, no estamos de acuerdo con Mampel González cuando escribe “Si deseamos el contenido moralizador, oficioso y extremadamente lisonjero para con la realeza (...), nos hallamos ante un relato muy interesante en su lectura y composición” (31). El relato es interesante justamente por su efectismo y fórmulas retóricas.

²⁴ Usamos el término relato tal como los formalistas rusos definían el término “sujet”, es decir el resultado de la manipulación artística de la historia o fábula.

consideradas de menor valor son las que quizás dicen más sobre el estatus de la figura de Lope en la historia posterior. En todo caso, una pregunta que salta a la vista es ¿por qué tanta escritura y reescritura del incidente de la rebelión de Aguirre? Sin duda, el episodio, y más que nada la carta, deben haber producido un fuerte impacto en los leales miembros del sistema imperial.

Todas las crónicas relatan *grosso modo* los mismos sucesos. Después de un largo retraso debido a problemas económicos y de organización, la expedición sale en septiembre de 1560 de la provincia de los Motilones en el Perú en dirección a las tierras fabulosas de Omagua y El Dorado. El descontento entre los miembros de la expedición, los Marañones, se hace sentir ya varios meses antes del inicio de la expedición. Al gobernador Pedro de Ursúa, elegido por el Marqués de Cañete, el virrey y presidente del Perú, se le reprocha el haber llevado consigo a su amante Doña Inés y, sobre todo, su creciente indiferencia a las miserables condiciones de la expedición. Aguirre se destaca como jefe del grupo de los revoltosos y planifica con varios compañeros la muerte de Ursúa, la cual es llevada a cabo el primer día del año 1561. Don Fernando de Guzmán, con la ayuda de Aguirre, es proclamado Príncipe de Tierra Firme y Perú y se dice que será coronado al llegar al Perú. En efecto, un grupo de Marañones, entre ellos Aguirre, proponen volverse sobre el Perú en vez de seguir buscando El Dorado. El reino de Guzmán es bien breve: Aguirre y sus compañeros lo matan el 22 de mayo de 1561 porque, supuestamente, no sabía gobernar. Lope de Aguirre se convierte, pues, en el jefe de la expedición. Los asesinatos que comete se multiplican a toda velocidad. El hambre y el sufrimiento se agravan cada vez más. Los Marañones salen al Mar y llegan a la isla Margarita el 20 de julio de 1561. Allí, Aguirre y sus hombres toman presa a gran parte de

los vecinos de dicha isla y matan al gobernador de ella, Don Juan de Villandrado. Muchos Marañoses (por ejemplo, Artiaga y Munguía) estando en tierra aprovechan la ocasión para huir. Entonces, Aguirre escribe una carta al padre Provincial Montesinos, un fiel vasallo del rey, para declararle la guerra y preguntar por los Marañoses que se han refugiado en su barco. Pero el “tirano” ya no puede quedarse en la isla Margarita: en todas las regiones cercanas lo están buscando para matarlo. Parte de la isla en agosto del 61, habiendo matado allí a catorce compañeros suyos y once vecinos, entre ellos dos frailes y dos mujeres. Aguirre abandona su plan de pasar por el Nombre de Dios y Panamá, pasa por la Borburata (Venezuela) y luego por Valencia, donde escribe la famosa carta a Felipe II en la cual declara su desnaturalización de España y su rebeldía contra el rey; llega finalmente a Barraquisinieto (o Barquisimeto). Los gobernadores de la región reúnen sus fuerzas y acogen a más y más Marañoses que huyeron de Lope. Sabiendo que está cercado, éste mata a su hija para que no sea abusada por los vencedores. El “tirano” es muerto el 27 de octubre de 1561 por dos Marañoses pasados al campo del rey: Custodio Hernández y Cristóbal Galindo. Por fin, es descuartizado para servir de escarmiento a los demás. Se dice que fue al infierno por todos los crímenes que cometió.

La crónica de Vázquez y la construcción inicial de la figura de Aguirre

Nos proponemos examinar aquí los mecanismos de construcción del personaje Lope de Aguirre en la instancia textual inaugural, o sea la crónica, porque es allí donde se lo constituye como paradigma del rebelde que la corona española condena con toda la fuerza de sus aparatos represivo-escriturales. Por lo tanto, eligiendo la crónica de

Vázquez, intentaremos mostrar que el discurso vilipendiador sobre Aguirre está ligado a las condiciones de posibilidad creadas por las premisas de la ideología del Imperio filipino.

Según una de las más famosas citas de Michel Foucault, “el poder está en todas partes, no porque lo abraza todo, sino porque viene de todas partes” (*Histoire...*, vol.I, 93). Sin embargo, la falta de una locación única, aun en momentos de mayor concentración (el régimen imperial), no hace al poder del todo invisible. Es consabido que el poder, para mejor consolidarse y hacerse perceptible, necesita mostrarse, es decir, necesita que haya actantes sociales que, apareciendo en principio como oponentes, finalmente cumplen con el papel de ayudantes. En otras palabras el poder necesita que haya subversión²⁵. En el Renacimiento europeo la autoridad real ejecuta sus actos de represión mediante formas muy elaboradas de teatralidad. Logra así representar su poder con una gran fuerza expresiva; ejemplo de ello son los autos de fe escenificados por la Inquisición²⁶. Así, al contener públicamente las formas de rebeldía o herejía, el poder muestra su autoridad infalible.

El incidente de Aguirre es un ejemplo perfecto de este mecanismo. La Corona española y los que necesitaban ser protegidos por ella coinciden en utilizar la figura del

²⁵ En “Invisible Bullets” Stephen Greenblatt, un neo-historicista, explica que “el poder necesita que haya subversión, sino no tendría la oportunidad de justificarse, y de hacerse perceptible como poder” (Brannigan 8).

²⁶ En *Philip of Spain* Henry Kamen describe un auto de fe dirigido por Felipe II en Valladolid el 8 de octubre de 1559: “The ceremony was staged by the Inquisition in the main city square of Valladolid, with the assisting public crowding around the sides. The proceedings began at 6 a.m. A formal sermon was preached, then the king, baring his sword before the inquisitors, took an oath to uphold the authority of the Holy Office. The central spectacle was a procession of penitents, whose sentences were read out by the officiating inquisitors. This occupied the most time. Those who repented were publicly accepted back into the bosom of the Church; the unrepented were condemned to the relevant punishments. Solemn mass brought the proceedings to a close. The whole ceremony, witnessed by several thousand spectators, lasted some twelve hours. By its combination of faith, punishment and spectacle, the *auto* was deliberately devised as a piece of theatre which would both impress and deter” (80-81) (Por la extensión del pasaje, transcribimos su versión original).

rebelde para legitimarse (sirviéndose de la ideología de la “lealtad”). La Corona como autoridad absoluta en el suelo americano, los cronistas como fieles servidores de Dios y Su Majestad. Es el caso de Francisco Vázquez y otros Marañoses que han participado en el acto de rebeldía de Aguirre y que escriben sus crónicas desligándose de éste para protegerse y no ser ejecutados por el Rey.

Paradójicamente, como veremos, a pesar de los esfuerzos del cronista por aislar el caso de la rebeldía del “loco Aguirre”, la relación de Vázquez expone las tensiones ideológicas de su tiempo entre la autoridad real y los revoltosos que en aquel tiempo parecían multiplicarse (véase el uso de la carta de Aguirre).

Si tratamos de definir los principales campos semánticos en la descripción moral de Aguirre, notamos que están relacionados con la tiranía, la locura y lo demoníaco:

Aguirre, desde su aparición en la crónica hasta su muerte, es llamado tirano: “el tirano Aguirre” (74); “el cruel tirano Lope de Aguirre cabeza e inventor de maldades” (81); “mató este cruel tirano por sus manos a un clérigo de misa” (99); “este tirano maldito” (166); “el tirano cruel y malo” (168), etc.

También es considerado loco: “era bullicioso y amante de quimeras y llamábanle en el Perú Aguirre el loco” (168), etc.

Sobre todo hacia el final, Aguirre es la encarnación de Satanás: “el tirano renegaba y decía muchas blasfemias contra Dios Nuestro Señor que ponía miedo a los que le oían (154); “revestido el demonio en él” (164); “su ánima fue a los infiernos” (166), etc.

Son predicaciones que se repiten constantemente y terminan cumpliendo una función anafórica al nivel de la construcción del relato. Al nivel ideológico, tienen como función actualizar la condena moral inicial (y final).

¿Qué sentido tenían las palabras “tirano” (eje semántico de la política), “loco” y “demonio” (eje semántico de la religión) en el siglo XVI? Estas calificaciones eran sin duda las peores que se le podían atribuir a cualquier persona. Si tal como propone Bourdieu, el lenguaje recibe su poder de fuera²⁷, es decir que está anclado históricamente, el caso del tratamiento de Aguirre es una prueba de ello. Tirano, loco y demonio son calificaciones que tienen una significación precisa en el contexto del mundo colonial y teocéntrico. Covarrubias, que curiosamente escribe su diccionario de autoridades para Felipe III, nos da una idea muy próxima de la fuerza represiva de estas palabras que comparten ciertos aspectos semánticos. Cuando se define “tirano”²⁸: “y de aquí llamamos tirano cualquiera que con violencia, sin razón ni justicia se sale con hacer su voluntad”²⁹ (963), el paso a la condición de demonio necesita sólo una leve intensificación: “Al hombre malo y perverso suelen decir que es un demonio, por imitarle y tener su condición” (450). La intersección de estos dos términos con “loco”³⁰ es aún más expresiva. En su definición de “loco”, Covarrubias insiste en características como “pérdida de juycio”, “agitados de las furias”, “ofuscado y entenebrecido el entendimiento”, “hablar mucho y dar muchas voces” (770). Además, según señala Roy

²⁷ “Lo que crea el poder de las palabras y esloganes, un poder capaz de mantener o subvertir el orden social, es la creencia en la legitimidad de las palabras y de los que las enuncian. Y las palabras por sí mismas no pueden crear esta creencia” (*Language...* 170).

²⁸ Según el *Blackwell Encyclopaedia of Political Thought*, “En toda la Edad Media la tiranía permaneció el término más usado para designar el gobierno malo o usurpado de una sola persona” (120).

²⁹ Cabe precisar que en la época de Covarrubias el tirano es considerado como el que amenaza el orden natural y divino.

³⁰ García de la Huerta se refiere a “las formas prohibidas de humanidad [en aquella época]: réprobos, locos, convictos y criminales” (62).

Porter en *A Social History of Madness*, en la cultura cristiana que compartían los cronistas la locura se concebía como consecuencia de la tiranía: “(...) Cuando los poderosos abusan del poder y son humillados, la locura es el destino simbólico conveniente (...) Dentro de la teología cristiana, la aparición de la locura en los poderosos es simplemente interpretada a veces como un castigo” (40). Finalmente demoníaco y endemoniado, “el que está vexado del mal espíritu” (Covarrubias 451), crean un área de sentido común a la que viene a dar la carga negativa de las anteriores.

Cabe señalar que el discurso del propio Aguirre suele estar inserto en las crónicas en estilo indirecto, aunque también está a veces “reproducido” en estilo directo (por ejemplo, 154): mediante el estilo indirecto resulta más fácil manipular el discurso de Aguirre, mientras que se puede probar con gran eficacia la “verdadera” naturaleza de este antihéroe mediante el estilo directo (véase la transcripción de cartas y discursos ante los Maraños).

En cuanto a la calificación del aspecto físico de Aguirre, éste aparece como un monstruo feo, cojo y bajo, o sea todo el contrario del apuesto gobernador Pedro de Ursúa: por ejemplo, en el retrato que se encuentra al final de la crónica, Aguirre está representado como un hombre “pequeño de cuerpo, y de muy poco, mal agestado y chupada la cara, los ojos, que si miraban de fijo bullían, en especial estando enojado” (167); por oposición, Ursúa está descrito en otro retrato como un hombre “de mediana disposición y algo delicado, de cuerpo bien proporcionado para el tamaño de su persona: la cara alegre y hermosa y la barba taheña y bien puesta y poblada” (79).

La necesidad de calificar a Aguirre en estos términos muestra claramente la histeria y paranoia experimentada por el sistema imperial que intenta consolidarse

reprimiendo (discursivamente o activamente) las rebeliones. La siguiente cita de Charles Walker apoya este argumento: “El miedo de los españoles (y otros grupos sociales), manifestado en la brutal represión a los rebeldes, en las medidas anti-indígenas, y en la constante paranoia de las autoridades, reflejó la escala de la rebelión y las divisiones sociales que caracterizaban el Perú colonial” (90). Esta manera de calificar al rebelde revela también que el solo hecho de individuarse es considerado como un acto extremadamente insolente en una época en que los soldados son ante todo vasallos del rey.

La caracterización del rebelde vasco corresponde, pues, a las características que Mijail Bajtín da del personaje de la novela monológica³¹. Queda claro que el cronista desea impedir aquí la identificación (o inversión personal) del lector con Aguirre y busca la inversión ideológica de aquél con el sistema represivo que exige el castigo del rebelde.

La demonización de Aguirre es sin duda una estrategia retórica intensificadora, ligada a la *dispositio*, es decir la organización del material que se le va entregando al lector, pero también al potencial acusatorio de las palabras anteriores. En efecto, se va preparando la posición del lector con un crescendo de atrocidades que culmina con el asesinato de la propia hija de Aguirre, Elvira: “(...) y viéndose solo sin ninguno de sus marañones, desesperado, revestido el demonio en él, hizo una crueldad mayor que todas

³¹ Mijail Bajtín define al “héroe” de la novela monológica de la siguiente manera: “En una concepción monológica de la novela, el héroe aparece cerrado y sus fronteras semánticas están trazadas nítidamente: él actúa, vive, piensa y conoce dentro de los límites de sí mismo, es decir, dentro de su imagen determinada como una realidad; no puede dejar de ser él mismo, es decir abandonar los confines de su carácter, de su tipicidad, de su temperamento sin violar al mismo tiempo la concepción monológica del autor acerca de él. Una imagen semejante se construye en el mundo objetivo del autor con respecto a la conciencia del héroe; la constitución de este mundo, con sus puntos de vista y con sus definiciones conclusivas, supone una estable posición desde fuera, un fijo horizonte del autor. La autoconciencia del héroe se incluye en el marco de la conciencia del autor que la define y la representa y que le es inaccesible desde el interior, y además que se da sobre un fondo estable del mundo exterior” (Bajtín, *Problemas...* 77-78)

las demás, que fue dar de puñaladas a una sola hija que traía en el campo mestiza y muy hermosa (...) (165).

Así, al final de la crónica, el castigo de Aguirre, a quien asesinan y descuartizan³² parece justificado y restablecedor del orden: “(...) de manera que quedó la tierra sosegada con la muerte de tan mal hombre (...)” (169).

Se va creando, pues, en la conciencia colectiva del Perú colonial y otros países la imagen de Aguirre que se desprende del texto de Vázquez y demás crónicas (un tirano, loco y demonio), lo cual explica la dureza de la sentencia de Bernaldez contra la memoria y fama de Aguirre, en la cual se quiere aniquilar todo lo relacionado con Aguirre³³.

Las fórmulas de tratamiento y afirmaciones de lealtad al Rey y a Dios también son estrategias retóricas que el cronista emplea para integrarse dentro del discurso ideológico de la Corona. Estas fórmulas se repiten constantemente y tienen las mismas funciones que las predicaciones acerca de Aguirre.

³² “Muerto el tirano le fue cortada la cabeza (...) y luego mandó el gobernador hacer cuartos y ponerle en cuatro caminos alrededor de Barraquisinieto, y su cabeza fue llevada a la ciudad de Tocuyo y puesta en el rollo en una jaula de hierro en medio de la plaza, y la mano derecha llevó el capitán Pedro Bravo a Mérida, y la izquierda a Valencia (...)” (166)

³³ “ffallo que devo declarar y declarava declaró, el dicho tirano Lope de Aguirre haber cometido crimen lese magestatis contra la magestad de rreal del rrey Don Felipe nuestro señor, y aberle sido traidor muchas vezes, en cuya consequençia condenaba y condeno a su fama y memoria a que desde oy en adelante y desde la hora que propuso y determinó de cometer trayçción y tiranía, a que sea tenida por de hombre traydor y tirano contra su rrey y señor natural, y como tal declaro haber sido justamente degollado y hecho quartos. Asimismo declaro todos y cualesquier bienes que dexase abellos perdido e ser e perteneçer a la cámara e fisco de su magestad, y por tal los aplico, e mando que doquiera que el dicho Lope de Aguirre dexase casas de su morada, le sean derribadas por los cimientos de arte que no quede figura ni memoria dellas ni de parte dellas, y ansí derribadas sean aradas y sembradas de sal con pregón público desta sentencia. Así mismo declaro todos los hijos barones que del dicho Aguirre ayan quedado, oro sean legítimos o bastardos o espureos, por infames para siempre jamás, como hijos de padre traydor e tirano a los cuales también declaro por yndignos e yncapaçes de poder tener honra de cauallería ni denidad ni officio público ni otro de los proybidos en derecho, ni poder rresçibir herençia ni manda de pariente ni destrana persona, y condeno a la dicha memoria e bienes en lo arriba dicho y mando que esta sentencia se cumpla y execute sin embargo de la apelación que cualquiera persona quiera poner” (*Sentencia de Bernaldez contra la memoria y fama de Aguirre*. Archivo de Indias. Sevilla. Justicia. Distrito de Santo Domingo. Pleitos fiscales de 1559 a 1564. Estante 51, cajón 6, legajo 13/11 ramo 3)

Es importante señalar además que, como la mayor parte de los escritos cronísticos de la época, la crónica de Vázquez se inscribe dentro de la tradición de los discursos bíblicos, la cultura popular católica, la tragedia y la epopeya. Por ejemplo, se percibe la utilización de presagios (o anticipaciones desde el punto de vista narrativo): tras relatar la muerte de Pedro Ramiro y sus asesinos, el bachiller escribe “y no dejó de haber pronósticos de algunas personas que dijeron que la dicha jornada no había de acabar en bien pues comenzaba con sangre, y así sucedió como se verá adelante” (56). Algunos presagios están relacionados con figuras vinculadas al demonio. En efecto, a título de ejemplo, la mujer (joven y hermosa) es considerada aquí como una bruja tentadora, vehículo de pecados y obstáculo al buen gobierno:

En este tiempo vino a donde Motilones una D.^a Inés moza y muy hermosa, la cual era amiga del gobernador, y venía para irse con él a la dicha jornada, bien contra la opinión de los amigos del gobernador que se lo estorbaban, y él lo hizo contra la voluntad de todos, de lo cual pesó a la mayor parte del campo, lo uno por el mal ejemplo y lo otro porque se decía que la dicha D.^a Inés tenía mala fama y peores hechos y mañas, la cual fue la causa principal de la muerte del gobernador y de nuestra total destrucción (57)³⁴

Se trata, pues, de una forma de represión sexual. La separación entre el instinto sexual y la vida política es legitimada por la imaginería judeocristiana y la estructura patriarcal de la sociedad española del siglo XVI. También en *Naufragios* de Cabeza de Vaca se echa toda la culpa del fracaso de la expedición a una mujer de origen moro (171-172). De hecho, esta imagen de la hermosura de la mujer como motivo de la perdición es una constante temática (y del imaginario) desde la Edad Media.

Otro ejemplo que puede ser interpretado por el lector como una huella del discurso bíblico en la crónica es el episodio al que remite Emiliano Jos:

³⁴ Esta misma estructura sintáctica de la primera frase aparece en *El carnero*, especie de parodia del género cronístico donde la mujer es fuente de todos los males del mundo.

Yendo de Burburata a Valencia (...) “el tirano y su gavilla experimentan todas las angustias de una difícil y penosa travesía (...) Aquel camino fue el calvario de Aguirre, que cae exánime. Conducido en hombros de sus soldados y pidiendo la muerte a grandes voces, llega Aguirre a Valencia (...)” Allí terminó de escribir y envió a Felipe II su famosísima carta (Jos, *La expedición...* 17)

¿Por qué se atrevería el bachiller Francisco Vázquez a identificar a Aguirre con una figura que nos recuerda al Cristo? Parece haber aquí una ambigüedad difícil de resolver.

Sin embargo, todo contribuye a confirmar las premisas del Imperio, que son los axiomas del discurso social “hegemónico” (Marc Angenot): a) el orden (“y fuera más acertado matarlo [a Montoya], como lo merecía por éste y otros motines en que se había hallado, y por odio que tenía al gobernador fue después el principal hurdidor de su muerte, como adelante se verá” [65-66]; “No dejó de haber algunas pesadumbres entre el gobernador y maese de campo sobre los despojos del tirano, pero el general lo apaciguó todo y hubo paz” [169]); b) la búsqueda de riquezas (Ursúa “no quiso detenerse, porque (...) y la principal noticia era Amagua donde pensaba parar y porque no le faltaren los navíos antes de llegar a ellos” [66]); c) la protección de Dios (“pasamos gran necesidad (...); y la pasáramos mayor sino que Dios nos proveyó de mucho pescado” [67]; “Y en todo esto no contaban suceso malo ni contrario que les pudiese acaecer, ni consideraban el gran poder de Dios, que aunque por algún tiempo permita y sufra semejantes y crueles tiranos para castigo de los pecados de los hombres, al fin los castiga y dá el pago que sus crueldades y malas obras merecen” [89]; “fue Dios servido que (...) [107, ssgg.]); d) el poder del Rey (“ni menos se acordaban que, aunque Su Majestad el Rey D. Felipe, nuestro señor está con su persona lejos destas partes de las Indias, tiene en ellas muchos y muy leales servidores y ministros, y que por el nombre ha de ser acatado y reverenciado

de los buenos y temido de los malos en todas las partes de su reino y aun en otros” [89-90]).

Estas recurrentes premisas discursivas explícitas en la crónica de Vázquez serán articuladas a través de sucesivos emisores autorizados. Ellas fijan de inmediato una cierta posición enunciativa que es más o menos constante y determinan un modelo que será continuado en las siguientes crónicas y textos. Indicativo de esto es el contacto que se produce entre el cronista o historiador (Vázquez, Ortiguera, etc.) y la Corona (Felipe II, Felipe III), y entre ellos y el originador del gesto textual transgresor, o sea Aguirre, en el contexto de las condiciones de posibilidad discursivas. Por supuesto que ambas direcciones discursivas están vinculadas y reafirman el pacto ideológico global³⁵. La crónica de Toribio de Ortiguera, *Jornada del río Marañón* (escrita entre 1581 y 1586), es un buen ejemplo de ello. Está dedicada al príncipe Felipe III y comienza con un: “Esclarecido y dichosísimo príncipe, señor y abrigo nuestro, fuerte muro y amparo de nuestra santa fe católica” (32) y luego de explicitar el carácter ejemplar de su obra: “(...) y para que los presentes y venideros tomen ejemplo en cabezas ajenas, procurando los buenos y leales vasallos tomar ánimo a hacer cosas señaladas y servir a vuestra alteza con la lealtad y fidelidad que se le debe, y los no tales, si les viniere alguna ruin imaginación, la repriman considerando el fin y paradero que tuvieron Lope de Aguirre y sus valedores (...)” (32), aclara inmediatamente su relación con éste incluyéndose en la siguiente valoración:

³⁵ Es importante tener en cuenta que las estrategias narrativas están determinadas en el caso de la crónica por el hecho de que autor y narrador coinciden en el cronista (ver las definiciones de narrador y autor en el *Diccionario de retórica y términos literarios* de Angelo Marchese y Joaquín Forradellas). He aquí los niveles de comunicación en la crónica de Vázquez: 1) emisor (cronista) ----- destinatario (el rey); 2) emisor (cronista) ----- destinatario (los lectores: las instituciones, por ejemplo los oidores reales).

(...) como yo me hallase en la ciudad del Nombre de Dios, del reino de Tierra Firme de las Indias del mar Océano, en servicio del invictísimo rey don Felipe, mi señor y carísimo padre de vuestra alteza, en la guardia y custodia de aquella ciudad y reino, a mi costa y mención, el año que pasó de 1561, contra la obstinada rebelión del tirano Lope de Aguirre y sus secuaces (...) hasta que fueron desbaratados y muertos, en su real servicio, y castigados sus locos atrevimientos (...) (32)

Como mencionamos arriba, para nosotros, lo que hace de Aguirre un personaje tan cargado de significación y con un destino histórico propio es la carta que escribió al Rey Felipe II. En efecto, su expedición, además de tener como meta El Dorado, es un viaje de intensa experiencia política de liderazgo, que culminará con esta famosa carta, la cual será, a su vez, el principio de su importancia como personaje en la historia latinoamericana y española.

Echada la suerte con el asesinato del gobernador Pedro de Ursúa y elegida la violencia como método de ascenso a la jefatura y mantenimiento de la cohesión de su grupo, Lope sabe que no hay vuelta atrás, y por eso se atreve a escribir una carta al Rey Felipe II. Como señala Caro Baroja: “Manco de sus miembros, con compañeros viejos y cansados, Lope escribe sin ilusión, justifica su acto, acto jurídico hasta donde cabe que lo sea, pero sin esperanza” (98).

La carta fue dictada en Valencia y su autor la entregó a un cura de la isla Margarita, el Padre Contreras, con el fin de que éste la enviara a los miembros de la Audiencia real de Santo Domingo para que por fin llegara al Rey de España. Sin embargo, es conocida ahora sobre todo debido a que los cronistas la copiaron (o mencionaron) en sus escritos. La integración de la carta de Lope de Aguirre en las crónicas sobre esta expedición a El Dorado responde a los objetivos ideológicos de éstas. Juega un papel importante ya que es una prueba definitiva y (auto)condenatoria de mal

ejemplo. Pero, sin que lo hayan deseado los cronistas, la carta también pone al desnudo las tensiones ideológicas entre la Corona española y sus súbditos, provocando la ruptura del *horizonte de expectativas* del lector de la época. En el espacio de la carta, el rebelde Aguirre nos habla y ocupa toda la perspectiva enunciativa. Así, se manifiesta un “discurso transversal” (Pêcheux), o sea una voz discordante, el discurso del otro (Aguirre), dentro del discurso marco (la crónica). De ahí se puede considerar la crónica como un texto bivocal (Bajtín), que incluye la voz del cronista (y su grupo) y la voz del rebelde (y su grupo).

Vázquez, Almesto, Custodio Hernández y Aguilar y Córdoba copian la carta por entero; algunos, como Gonzalo de Zúñiga, la resumen y otros la silencian. Es interesante preguntarse por qué no todos coinciden en una sola manera de utilizarla. Sin duda, esta cuestión está ligada a varios factores, entre ellos, la ambigüedad de las posiciones de los cronistas respecto a la circulación de la carta; por una parte, si bien la carta funciona como un mecanismo de condenación definitiva, por otra parte, el tratamiento que se hace en ella de la persona del rey lo pone a éste en una situación susceptible de ridículo y pérdida de respeto a su investidura. Otro factor es el difícil acceso a la carta dada la prohibición real de distribuirla. Las aprehensiones que genera la naturaleza de la carta pueden ejemplificarse en la forma como Gonzalo de Zúñiga la resume en el párrafo final de su crónica:

Soltó el cruel tirano allí á un clérigo, llamado Contreras, que habia llevado preso de la isla Margarita, al cual dio una carta para el Rey nuestro Señor, al cual dice que ya no espera clemencia de S.A., y que le ha de hacer con sus ducientos soldados marañones todo el mal que pudiere, y que no le ha de dejar á vida justicia eclesiástica ni seglar, que le pudiere coger; tambien dice en ella mucho mal de frailes, perlados, y ministros de su Real justicia, advirtiendole al Rey nuestro señor que acá gozan lo mejor de las Indias, y los que van allá le engañan en todo lo que le dicen (29)

Veamos brevemente cómo se reproduce la carta en las crónicas de Vázquez y Vázquez-Almesto. La segunda crónica, que separa y subtitula la “Carta del Tirano”, da otro tipo de relevancia a este texto que la de Vázquez (original) que lo incluye en su cuerpo con la misma presentación, pero sin anuncio. Ambos, en su introducción a la carta, califican a Aguirre (“perverso tirano, malo y desvergonzado” [194]), la carta (“mala y desvergonzada” [194]) y Felipe II (“Su Majestad del rey D. Felipe, nuestro señor”, “Su Majestad” [194]). Aquí aparece un “punto ciego” de la ideología (según la teoría de Macherey en *Pour une théorie de la production littéraire*), es decir un punto en el texto donde la ideología falla, se desenmascara como tal y se expone en cuanto manipulación. En este momento la ideología, que suele tener un funcionamiento oculto, empieza a funcionar contra ella misma. En efecto, en esta presentación de la carta de Aguirre, resulta obvio que se intenta invalidar el contenido de ella.

La carta de Aguirre a Felipe II (según la versión reproducida por Vázquez)

Aguirre, el emisor de la carta es, según los cronistas, un hombre “sin letras” (166), un domador de caballos y soldado raso. Versión contraria es la de Pilar Úcar Ventura. Asegura ésta en su introducción a la novela de Sender, *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*, que “los manuscritos redactados por Lope de Aguirre que se nos han conservado revelan a un hombre letrado y de buena caligrafía, rasgos comunes a los hidalgos vascongados de los siglos XVI y XVII” (31). Sea como sea, lo que subyace en la discusión sobre las habilidades intelectuales de Aguirre es el problema de su legitimidad o potestad (ver *El orden del discurso* de Foucault) como autor de una carta que interpela al Rey de España y que es de hecho (aunque fuera un gesto absurdo) una declaración de guerra y de independencia. En cualquier caso, la carta es un documento imposible de asimilar por su carácter subversivo en el contexto ideológico de producción. Tal como explica Marc Angenot, “Prelevado sobre el discurso social, producido según ‘códigos’ sociales, el texto puede sin duda provenir de lo dóxico, lo aceptable, los preconstruidos, pero también puede transgredir, desplazar, confrontar irónicamente, exceder la aceptabilidad establecida” (Angenot, “Que peut...” 11). Éste parece ser el caso de la carta de Aguirre.

Analicémosla detalladamente:

Exordio

Aguirre define la situación de enunciación presentando al destinatario y al emisor de la carta (él mismo) mediante un recuento genealógico y jerárquico (136):

“Su Majestad el Rey Felipe / natural español / hijo de Carlos invencible”

“Lope de Aguirre tu mínimo vasallo / natural vascongado en el reyno de España, en la villa de Oñate / cristiano viejo de medianos padres, hijodalgo”

El acto de escritura de Aguirre puede ser considerado como un intento de existir a los ojos del Rey. Edmond Cros, en un artículo llamado “Lecture idéologique du lien épistolaire dans le *Lazarillo de Tormes*”, explica el papel que tiene la forma epistolar en este famoso texto español cuyo autor necesita defender su causa ante un tribunal: “En el caso de la comunicación circular [propia de la carta] en cambio [estos efectos especulares] devuelven al sujeto la imagen de un Tú” (41). Más precisamente, “la comunicación circular inscribe una reivindicación de identidad. Estableciendo un alocutor, Lazarillo construye en cierto modo una especularidad donde pueda proyectarse como Tú, puesto que ser Tuyo es acceder a la existencia” (42). Así, en su carta Aguirre se proyecta como “Tú” y llega a existir ante el Rey.

1§

Desde el primer párrafo Aguirre construye una imagen de sí mismo. Empieza con un breve relato de su vida en América: “En mi mocedad pasé el mar Océano a parte de Perú” (136), etc. Después, se autopresenta en función de un sistema de evaluación: “por valer más con la lanza en la mano” (136) (valor del soldado); “y por cumplir con la deuda que debo de hombre de bien, y así en 24 años te he hecho muchos servicios en el Perú en conquista de indios y en poblar pueblos en tu servicio” (136) (servicio al rey); “especialmente en batallas y reencuentros que ha habido en tu nombre, siempre conforme a mis fuerzas y posible sin importunar a tus oficiales por pagar” (136-137) (guerras en nombre del rey, por voluntad propia).

Las fórmulas elogiosas (preconstruidas) que emplea para *interpelar* al Rey (“tú”) desde el principio hasta el final de la carta: “excelentísimo Rey y Señor” (137), “Rey español” (137), “Rey y señor” (137), etc. contrastan con “cruel e ingrato”, “cruel (...) y

quebrantador de fe y palabra” (137), “de menos crédito que los libros de Lutero” (137), “cruel a tus vasallos ni ingrato” (138). Esta contradicción denota una fuente de tensiones ideológicas en el texto de Aguirre entre la tradición de alabanza al rey y la experiencia real del rebelde, que requiere, según él, una ruptura con el rey. Se pueden formular dos hipótesis al respecto: por un lado, esta contradicción puede ser voluntaria y en tal caso sirve para crear un efecto de contraste entre las fórmulas de lealtad y la ingratitud del rey; por otro lado, es posible que las fórmulas elogiosas formen parte del *habitus* (Bourdieu)³⁶ de Aguirre ya que están firmemente ancladas en la sociedad española del siglo XVI.

Se forman inmediatamente dos bandos: el rey y los funcionarios que lo representan (oidores, curas, ministros) vs. Aguirre y los Marañoses. Aguirre critica con fervor todos los supuestos vicios del primer bando: “creo que te deben de engañar los que te escriben desta parte destas Indias, como están tan lejos” (137); “las crueldades que hacen y usan estos tus oidores, visorrey y gobernadores” (137), mientras que alaba las nobles cualidades de su bando: “tan buenos servicios como has recibido de nosotros” (137); “tan buenos vasallos como en estas partes tienes” (137), al mismo tiempo que da consejos al rey (“aviso rey español” [137])³⁷.

Precisamente por la maldad del bando del rey (“por no poder sufrir más las crueldades (...)” [137]), el bando de Aguirre y sus compañeros (nosotros), decide cometer el máximo acto de transgresión posible: “he salido de hecho con mis compañeros (cuyos nombres después diré) de tu obediencia, desnaturalizándonos de nuestras tierras, que es

³⁶ El “habitus” es “un sistema de disposiciones duraderas adquiridas por el individuo a lo largo del proceso de socialización” (Bonnwitz 62)

³⁷ Según Covarrubias, “avisar” significaba “Advertir. Avisar para adelante, escarmentar” (169).

España”; añade, con un grado de intensificación, “y hacerte en estas partes las más crueles guerras que nuestras fuerzas pudieren sustentar y sufrir” (137).

Así, para ponerlo en los términos de Michel Foucault, en la carta no se respetan los tres tipos de prohibición que rigen toda comunicación en una sociedad jerárquica: el tabú del objeto, el ritual de la circunstancia y el derecho privilegiado o exclusivo del sujeto que habla (*El orden...* 11)³⁸. En efecto, el tema principal de la carta de Aguirre es su “desnaturalización” de España, producto de su antagonismo político. Además, escribe al Rey desde América sin respetar los modos (rituales) que debe obedecer quien participa en la jerarquía discursiva desde un locus creado para él por efecto de la diferencia de poder. Sin duda la distancia física con el centro imperial y la percibida pasividad de la Corona respecto a los obstáculos surgidos de la organización del nuevo espacio, hace que los lazos se aflojen y posibilita la actitud rebelde de muchos conquistadores. Finalmente, Aguirre usurpa una posición de sujeto emisor que no le corresponde, y por lo tanto su acto textual es susceptible de ser convertido en locura por los representantes del rey.

Es importante entender que Lope de Aguirre se considera como un buen vasallo (leal, guerrero, cristiano – al igual que Hernán Cortés) que ha sido traicionado por el rey, el cual ha roto un pacto implícito que existía entre los dos. No es difícil perseguir aquí el conflicto de la transición entre feudalismo y monarquía absoluta. Tal como sugiere Beatriz Pastor, “La desintegración de la relación de vasallaje se concreta, en el discurso de Aguirre, en la traición del rey” (*Discurso...* 432). Recordemos también que en la sociedad vasca de la cual provenía, el acto de rebeldía por traición del rey estaba permitido (ver J. Caro Baroja 85-96).

³⁸ Ver la introducción de esta tesis.

En cuanto al paralelo entre las autopresentaciones de Aguirre y Cortés, la lectura que hace Pastor sobre la caracterización ficcional de Cortés como modelo es muy aclaradora. En efecto, al igual que Aguirre, Cortés se presenta a sí mismo en sus *Cartas de Relación* (1519-26) como un héroe guerrero y militar (Pastor, *Discurso...* 193), caracterizado por el valor (Pastor, *Discurso...* 199) y el uso de la violencia (Pastor, *Discurso...* 203). Además, como en el caso de la carta de Aguirre, “El punto de partida de la ficcionalización del personaje [Cortés] es la figura del rebelde” (Pastor, *Discurso...* 188):

Las acciones de Cortés, desde la madrugada en que se embarcó casi clandestinamente con todos sus hombres para salir de Santiago antes de que el Gobernador se decidiera a revocar su nombramiento, hasta el fin de los tres meses que pasó aprovisionándose por las buenas y por las malas en distintos puntos de las islas del Caribe, lo convertían en un rebelde que actuaba fuera de la ley. La transformación ficcional de este rebelde en héroe se inicia (...) con la narración escueta de la destrucción de las naves que hace Cortés al principio de la segunda Carta. El rebelde (...) se convierte en el relato en el jefe previsor, capaz de actuar en la forma necesaria para asegurar el éxito de una empresa que aparece definida como “gran servicio” al rey. (...) A partir de ahí, la selección de elementos y reelaboración del material narrativo se ve subordinada a la necesidad de caracterizar a Cortés como suma de los rasgos objetivamente necesarios para llevar a cabo con éxito el proyecto de la acción (...) (Pastor, *Discurso...* 188-189)

Sin embargo, la principal diferencia entre estos dos personajes históricos consiste en que mientras las *Cartas de Relación* de Cortés fueron escritas principalmente para probar “La transformación del Cortés-rebelde en el Cortés-modelo” (Pastor, *Discurso...* 187), es decir la ocultación del acto de rebeldía de Cortés, la carta a Felipe II fue escrita por Aguirre para declarar abiertamente su rebeldía y “desnaturalización” de España.

La carta sigue enumerando en este primer párrafo una serie de reclamos y argumentos por los cuales Aguirre y sus Maraiones se desprenden de la autoridad del Rey español. En cierto modo Aguirre expresa las tensiones entre los colonos y conquistadores que remontan a los primeros años después del “descubrimiento”, desde el

juicio de residencia de Cristóbal Colón. Así, el rebelde menciona, para justificar su acto de transgresión, la injusticia cometida por los ministros del rey: “y esto cree Rey y Señor nos ha hecho el no poder sufrir los grandes pechos, apremios y castigos que nos dan estos tus ministros que por remediar a sus hijos y criados nos han usurpado y robado nuestra fama, vida y honra, que es lástima, Rey y Señor el mal tratamiento que se nos ha hecho” (137). Cambia al “yo” (al cuerpo) y continúa su autoretrato personal, definiéndose como un ex-rebelde ejemplar, un mártir: “y así manco de mi pierna derecha de los arcabuzazos que me dieron en la batalla de Chucuniga con el mariscal Alonso de Alvarado siguiendo tu voz y apellido contra Francisco Hernández Girón, rebelde a tu servicio” (137). No termina esta frase porque desea reiterar claramente la rebeldía de los Maraños³⁹ (vuelta al “yo” y “mis compañeros”): “(...) como yo y mis compañeros al presente somos y seremos hasta la muerte” (137). Y sigue criticando a los ministros (o los que ocupan puestos parecidos). En efecto, declara que ellos son tiranos (y no él) y hace una lista de las víctimas de éstos: “tu visorrey y marqués de Cañete, lujurioso, malo, ambicioso y tirano ahorcó a Martín de Robles, hombre señalado en tu servicio, y a Alvaro Tomás Vázquez, conquistador del Perú, y al triste Alonso Díaz, que trabajó más en el descubrimiento deste reino que los exploradores de Moisés en el desierto (...)” (137). Se nota, según el final de esta frase, que la Biblia está sin duda presente como *texto cultural* en la carta, es decir como una huella imperceptible de la cultura que un gran número de individuos compartimos (pero esta huella no está inserta en la estructura del texto como un intertexto habitual)⁴⁰.

³⁹ La carta fue probablemente dictada, “de ahí las repeticiones inútiles, las hesitaciones, las contradicciones, efectos probables de las dificultades de efectuar revisiones en las condiciones precarias de la expedición” (Poupeney-Hart 620).

⁴⁰ Ver Cros, *D'un sujet à l'autre: Sociocritique et psychanalyse*.

Cabe notar que en su carta Aguirre invierte los papeles definidos en la crónica y, por lo tanto, crea una tensión entre aquella y ésta: mientras los cronistas escriben sus relaciones para avisar al rey de la existencia de un tirano llamado Aguirre, éste escribe al rey en gran parte para avisarle de la maldad y tiranía de sus representantes (se usa el mismo léxico: “tirano”, “cruel”, “malo”, “servicio”). Ejemplo de esto es lo siguiente: “no tengas en mucho el servicio que tus oidores te escriben haberte hecho, porque es muy gran fábula si llaman servicio haberte gastado ocho mil pesos de tu real caja para sus vicios y maldades; castígalos como a malos que cierto lo son” (138). Queda implícita, pues, la intención de Aguirre de ser considerado como el contrario de ellos, o sea un súbdito ejemplar.

A continuación Lope de Aguirre menciona un grave problema que hemos mencionado en la primera parte de este capítulo y que es la causa de toda una serie de rebeliones en el Perú del siglo XVI: la falta de justicia en el reparto de premios. Con una cruda insolencia, Aguirre formula el problema así:

Mira Rey español que no seas cruel a tus vasallos ni ingrato pues estando tu padre y tú en los reinos de Castilla sin ninguna zozobra, te han dado tus vasallos a costa de su sangre y haciendas tantos reinos y señoríos como en estas partes tienes, y mira Rey y Señor que no puedes llevar con título de Rey justo ningún interés destas partes donde no aventuraste nada, sin que primero los que en ello han trabajado y sudado su sangre, sean gratificados (138)

Hay una oposición entre algunos elementos de esta frase: a costa de sangre y hacienda / sin zozobra; (dan) reinos y señoríos / (ganan) reinos y señoríos; sin gratificación / sin aventurar nada. El tema del injusto reparto de los premios reaparecerá como un leitmotiv a lo largo de la carta.

2§

Éste es un famoso párrafo de la carta de Aguirre, que suele ser citado por los críticos⁴¹. Se trata de una digresión sobre los reyes (en general), los cuales están presentados como demonios:

Por cierto tengo que van pocos reyes al infierno, que sois pocos que si muchos fuédeses ninguno podría ir al cielo, porque creo que allí seríades peores que lucíferes según tenéis sed y hambre y ambición de hartaros de sangre humana, mas no me maravillo ni hago caso de vosotros, pues os llamáis siempre a menores de edad, y todo hombre inocente es loco y vuestro gobierno es aire” (138)

Por oposición a los reyes y sus ministros, Aguirre se presenta como un vasallo ideal, enemigo de los herejes, al que han quitado la honra⁴²: al mismo tiempo que reitera su declaración de guerra, que es otro tema importante de la carta, (“y solamente hago voto a Dios⁴³ yo y mis 200 arcabuceros, marañones (...) de no dejar ministro tuyo a vida” [138]), afirma actuar de acuerdo con los mandamientos de Dios (“teniendo la fe y mandamientos de Dios enteros y sin corrupción como cristianos, manteniendo lo que predica la Santa Madre Iglesia de Roma, y pretendemos, aunque pecadores en la vida, recibir martirio por los mandamientos de Dios” [138]). Aparece, pues, un desajuste entre cómo Aguirre se describe a sí mismo y la visión de él que se encuentra en las crónicas, donde, como hemos comentado arriba, es considerado como un tirano, loco, demonio (y, por supuesto, un hereje).

Hace mucho tiempo que a los ojos de Aguirre la Corona no cumple sus deberes que consisten en encarnar los valores cristianos y proteger a sus súbditos. Así, tal como explica Beatriz Pastor, la degradación de la figura real que Aguirre percibe “cancela

⁴¹ Por ejemplo, ver Gabriela Alemán, “La ficción como relectura de la historia: un análisis del héroe y el villano Lope de Aguirre” 5.

⁴² Véase la importancia del concepto de honra en la España de Felipe II en *Honneur, morale et société dans l’Espagne de Philippe II* de Claude Chauchadis.

⁴³ Se trata de un enunciado performativo (véase Oswald Ducrot y Tzvetan Todorov 384).

implícitamente la validez de todo aquel modelo de relaciones sociales – el vasallaje – que constituía la base de los modelos del discurso mitificador y de las estructuras políticas de la época (*Discurso...* 431).

Por lo tanto, Aguirre tiene la audacia de aconsejar y dar órdenes al Rey con respecto del gobierno de las Indias, lo cual constituye una verdadera transgresión lingüística (uso del imperativo, etc.) y política por parte del autor de la carta: “aviso Rey español donde cumple halla toda justicia y rectitud” (137); “Y no tengas en mucho el servicio que tus oidores te escriben haberte hecho” (138); “castígalos como a malos que cierto lo son” (138). Dicha transgresión marca el texto de la carta: “Mira Rey español que no seas cruel a tus vasallos ni ingrato” (138); “y mira Rey y Señor que no puedes llevar con título de Rey justo ningún interés destas partes donde no aventuraste nada” (138); “conviene que venga sobre ellos tu ira y castigo” (139); “Mira Rey que no los creas” (139); “que si tú no miras por ellos y te descuidas con estos tus oidores nunca se acertará en el gobierno” (139); “más de avisarte cómo estos tus oidores” (139); “En fe de cristiano te juro Rey y Señor que sino pones remedio en las maldades desta tierra” (140); “y esto dígolo por avisarte de la verdad” (140); “duélete, Señor, de alimentar los pobres cansados” (141); “y mira, Rey y Señor, que hay Dios para todos, e igual justicia y premio, paraíso e infierno” (141); “Avísote, Rey y Señor, no proveas ni consientas que se haga ninguna armada para este río tan mal afortunado” (142), etc. La densidad de enunciados performativos (por oposición a los constativos, en el sentido de J.L. Austin en *How to do Things with Words*) da al discurso de Aguirre una fuerza ilocutoria que intenta provocar un cambio en la actitud del rey a pesar de la desigualdad de fuerzas entre enunciador y receptor. También se nota una gran fuerza perlocutoria que exige una

transformación radical de la sociedad colonial. Por fin, la carta es en realidad un “performance” histórico de Aguirre.

3§

Aguirre alude a noticias del cisma de luteranos en España (y cuenta que ha matado a un alemán, tal vez luterano) para reiterar su lealtad a la fe católica: “donde nosotros estuviéremos cree Excelentísimo Príncipe que cumple que todos vivan perfectamente en la fe de Cristo” (139).

4§

Al principio de este párrafo Aguirre ataca a los curas corruptos y pide a Felipe II que los castigue (sugiriendo una vez más que él es un buen súbdito): “Especialmente es tan grande la disolución de los frailes en estas partes que, cierto, conviene que venga sobre ellos tu ira y castigo, porque ya no hay ninguno que presuma de menos que de gobernador (...)” (138). Aguirre se queja por consiguiente de la indolencia del rey: “esto y otras cosas pasadas, singular Rey, tú has sido causa por no te doler del trabajo de tus vasallos y no mirar lo mucho que les debes, que si tú no miras por ellos y te descuidas con estos tus oidores nunca se acertará en el gobierno” (139). Sus amenazas son insolentes: “aquí no faltarán escándalos, aunque yo y mis compañeros por la gran razón que tenemos nos hallamos determinado de morir” (139), etc. Aguirre critica también la corrupción y desmesurada autoridad y riqueza de los oidores reales: “estos tus oidores tienen cada un año cuatro mil pesos de salario cada uno y ocho mil de costa (...)” (139); “más por nuestros pecados quieren que donde los encontramos nos hinquemos de rodillas y los adoremos como a Nabucodonosor” (140) (referencia culta); una vez más, aconseja al rey: “te he dejar de avisar que no fies en estos letrados tu conciencia, que no cumple a

tu real servicio descuidarte con estos que se les va todo el tiempo en casar hijos e hijas y no entienden en otra cosa, y su refrán entre ellos es muy común: a tuerto o a derecho nuestra casa hasta el techo” (140).

El discurso crítico de Aguirre en este párrafo (y los siguientes) contiene dos dimensiones distintas: una retórico-emotiva y otra político-ideológica. En efecto, la retórica de la emoción se percibe en las apelaciones al rey (“tú”, “Rey”) y los reproches; pero se nota una argumentación de carácter político-ideológico ligada a la percepción de la crisis por parte de Aguirre y la conciencia de ser afectada por ella. Beatriz Pastor define esta crisis en estos términos: “(...) crisis que para Aguirre se identifica con tres desarrollos fundamentales: la decadencia de las estructuras políticas, la desintegración de la relación de vasallaje y la degeneración de los valores ideológicos tradicionales (...) (432) (ver 8§).

5§

El principio de este párrafo puede ser considerado como un argumento en favor de los indios: “Pues los frailes a ningún indio pobre quieren predicar” (140). Además, Aguirre habla con ironía de la corrupción de los frailes: “la vida que tienen es áspera y fatigosa, porque cada uno dellos tiene por penitencia en sus cocinas una docena de muchachos que le vayan a pescar (...)” (140).

6§

Aguirre aconseja y amenaza otra vez al Rey, presentándose como un buen cristiano: “En fe de cristiano te juro Rey y Señor que sino pones remedio en las maldades desta tierra, que te ha de venir azote del cielo, y esto dígo por avisarte de la verdad, aunque yo y mis compañeros no esperamos ni queremos de ti nada” (140). Vuelve a

referirse a la ingratitud del Rey hacia los soldados: “¡Ay, ay, qué lástima tan grande que César y Emperador, tu padre, conquistase con la fuerza de España la superbia Germania, y gastase tanta moneda llevada de estas Indias descubiertas por nosotros, que no te duelas de nuestra vejez y cansancio, siquiera para matarnos la hambre un día” (140). Esta interjección “ay, ay”, que refuerza el tono oral de la carta y la función emotiva “o ‘expresiva’, enfocada hacia el hablante, [que] aspira a una expresión directa de la actitud de éste hacia lo que está diciendo. Esto tiende a producir la impresión de una cierta emoción (...)” (Jakobson 131)⁴⁴.

7§

Aguirre reitera el valor de la guerra y su lealtad a la fe cristiana: “Alemania ha conquistado a España con vicios” (140) (los luteranos); “anden las guerras por donde anduvieren que para los hombres se hicieron” (140); “mas en ningún tiempo ni por adversidad que venga dejaremos de ser sujetos y obedientes de la Santa Iglesia de Roma” (141).

Aguirre se presenta (explícitamente), al igual que en el resto de la carta, como un buen vasallo: “tan buenos vasallos como en estas partes tienes” (141) y echa la culpa de la injusticia a los oidores y ministros más que al Rey (“No podemos creer, excelente Rey y Señor, que seas tan cruel (...) sino que estos tus malos oidores y ministros lo deben de hacer sin tu consentimiento” (141).

Aguirre pide justicia por razones materiales: “déjanos, Señor, pescar algún pescado, siquiera porque trabajamos en descubrirla (...); pues, esclarecido Rey, no pedimos mercedes en Córdoba, ni en Sevilla ni en Valladolid ni en toda España que es tu patrimonio, duélete, Señor, de alimentar los pobres cansados en los frutos y recibos desta

⁴⁴ La interjección “oh Rey” (137) también se refiere a la función emotiva y expresa una cierta emoción.

tierra” (141) y lo advierte una vez más: “y mira, Rey y Señor, que hay Dios para todos, e igual justicia y premio, paraíso e infierno” (141).

8§

Aguirre cuenta los primeros episodios de la jornada e intenta justificar los asesinatos de Pedro de Ursúa (“Fue ese mal gobernador tan perverso, ambicioso y miserable que no le pudimos sufrir” [142]) y Fernando de Guzmán (“porque no consentimos ni consentí en sus insultos y maldades me quisieron matar, y yo maté al nuevo rey”); hace una lista de unas de sus víctimas, entre ellas clérigos y mujeres.

Reafirma el valor de la guerra: “con intención de llevar la muerte adelante y morir en ella por las muchas crueldades que tus ministros usan con nosotros” (142).

Da un informe de explorador sobre el río infernal: “Caminando nuestra derrota (...) caminamos cien jornadas justas, anduvimos 1.500 leguas justas, es río grande y temeroso (...) sabe Dios cómo nos escapamos deste lago temeroso” (142). Tal como sugiere Catherine Poupeney-Hart, la carta de Aguirre recurre a diversos “modelos textuales entonces en circulación: la confesión, la probanza de méritos, la genealogía, la relación de viaje, el consejo del Príncipe, todas estas formas estando ligadas a la gestión del Imperio” (621) y es curioso que la declaración de ruptura de Aguirre se inserte en estas formas oficiales empleadas por los cronistas y ministros del rey.

Muy digno de interés es el principio de esta frase: “Caminando nuestra derrota, pasando todas estas muertes y malas venturas en este río Marañón” (142). Acerca de esta parte de la carta a Felipe II y la carta al Provincial Montesinos, Beatriz Pastor opina que la alusión de Aguirre a la muerte simbólica deja vislumbrar su concepción de la crisis y su propia trayectoria:

La transformación final de los conquistadores en “espíritus de hombres muertos” expresa con claridad la visión trágica que tiene Aguirre de la crisis irreversible de los valores heroicos que aquellos encarnaban, y la percepción emocional que tiene de su propia situación y de la de los demás rebeldes, que aparecen convertidos en la encarnación del espíritu de un tipo humano cuya desaparición es ya irrevocable (440)

Dicho comentario de Aguirre es, entonces, de índole retórico-emotivo⁴⁵, más bien que político-ideológico (ver 4§ y la función emotiva). También muestra que él privilegia la experiencia como forma de conocimiento de la realidad (Pastor, *Discurso...* 441-443).

9§

Aguirre aconseja al Rey no mandar ninguna otra jornada al Amazonas (142-143). Queda clara aquí la desilusión que experimentan los Maraños en esta expedición a El Dorado y el consiguiente inicio de un proceso de desmitificación (provocado por la ausencia de un objetivo mítico, la hostilidad de la naturaleza humana, el hambre y sufrimiento, etc.).

El rebelde vasco sigue presentándose como un fiel cristiano: “en fe de cristiano te juro (...)” (142).

Nombra a sus compañeros para probar que todos ellos están de acuerdo con él (“Los capitanes y oficiales que al presente llevo y promete morir en esta demanda como hombres lastimados, son:” [143]).

Aguirre aprueba la política de Felipe II en Europa pero no en las Indias: “(...) y otros muchos hijodalgo de esta liga ruegan a Dios Nuestro Señor te aumente siempre en bien; y ensalce en prosperidad contra el turco, y francés y todos los demás que en estas partes quisieren hacer guerra” (143).

⁴⁵ Véase el cuarto capítulo de *Histoire de la rhétorique des Grecs à nos jours* de Michel Meyer sobre el siglo XVI y la oposición entre *ethos* y *pathos* (109-142).

Afirma una vez más la necesidad de hacer la guerra por la falta de justicia en el reparto de los premios: “en esta [guerra] nos dé Dios gracia que podamos alcanzar por nuestras armas el premio que se nos debe, pues nos han negado lo que de derecho se nos debía” (143). Esta valoración de la guerra, que aparece desde el principio de la carta, permite establecer una relación *intertextual/interdiscursiva* con *El Príncipe* de Maquiavelo y la ideología renacentista que este libro encarna:

Un príncipe no debe tener otro objeto, otro pensamiento, ni cultivar otro arte más que la guerra, el orden y la disciplina de los ejércitos porque es el único que se espera ver ejercido por el que manda. El príncipe que carece de esta ciencia práctica no posee el primero de los talentos necesarios a un capitán porque ella enseña a hallar al enemigo, a tomar alojamiento, a conducir los ejércitos, a dirigir las batallas, a talar un territorio con acierto (73-75)

También cabe señalar la abundancia de referencias a Dios, aquí así como a lo largo de la carta.

Conclusión de la carta

Se manifiesta un contraste entre los orígenes de Aguirre y lo que está obligado a ser: “Hijo de fieles vasallos tuyos en tierra vascongada, y yo rebelde hasta la muerte por tu ingratitud” (143).

Aguirre se autodefine en la firma (ver Pastor, *Discurso...* 445): “Lope de Aguirre el peregrino”. Se trata más bien de un peregrinaje espiritual: “Su problemática figura expresa en su continuo movimiento de intuiciones contradictorias, percepciones inconexas y rechazos irreductibles, la emergencia de aquel hombre atormentado al que, años más tarde, Baltasar Gracián denominará ‘el peregrino del ser’ ” (Pastor, *Discurso...* 446). Poupeney-Hart recuerda que, según la tesis de Michel Korinman, la peregrinación significa una “transformación ligada al desplazamiento” (624), lo cual se aplica

perfectamente al caso de Aguirre. Además, ella establece un paralelo entre la peregrinación de Aguirre y la *Peregrinación* de Fernão Mendes Pinto (624).

Cabe añadir que en el siglo XVI la palabra “peregrino” todavía tiene una fuerte significación religiosa: el diccionario de Covarrubias lo define como “El que sale de su tierra en romería a visitar alguna casa santa o lugar santo” (863). Así, Aguirre se presenta una vez más como un buen cristiano.

En conclusión, la imagen que crea Aguirre de sí mismo en su carta es exactamente contraria a la que dan los cronistas. De hecho, la situación está al revés: en la carta, Aguirre explica que ha sido un vasallo ideal, pero que está obligado a rebelarse contra el rey porque sus representantes (y no él) son unos tiranos.

Mezcla de elementos económicos, políticos y éticos, tal como sugiere Caro Baroja, la carta de Aguirre al Rey y las demás cartas al provincial fray Francisco Montesinos y a Collado, gobernador de Venezuela, “reflejan el sentimiento de enorme frustración que experimentaba al pensar en la diferencia que había entre lo que creía debía obtenerse ‘valiendo más’⁴⁶ al servicio del rey y lo que en la realidad se obtenía” (84). Básicamente, estos reclamos representan el sentimiento de que en el Nuevo Mundo se ha producido una ruptura del contrato entre el Rey y sus capitanes, lo que posibilita la disensión. Sin embargo, sabiendo Aguirre que será condenado por los crímenes cometidos, su carta se transforma en un grito final de agonía.

Se sabe que la carta fue leída por el Rey, quien prohibió que circulara en sus territorios. Sin embargo, no cabe duda de que éste no le prestó mucha atención ya que en aquellos años le importaba más conservar su poder político en Europa (los Países Bajos e

⁴⁶ Se trata de un ideograma muy corriente en la época de Aguirre (véase el apartado del libro de Caro Baroja que está dedicado a esta expresión).

Inglaterra) y el Mediterráneo que en el otro lado del Atlántico: “El monarca dicta leyes, emite edictos, sienta en suma la jurisprudencia que salva el honor de la corona. Pues ésta tiene el centro de sus preocupaciones en la política europea: es el Mediterráneo, a fin de cuentas, el eje del poder en el siglo XVI, no el Atlántico” (García de la Huerta 124). A pesar de la relativa indiferencia del rey, una de las consecuencias de la carta, que sí tuvo importancia en el mundo hispánico, fue la demonización radical de Lope de Aguirre por parte de los cronistas y escribanos del imperio, la cual arraigó por varios siglos en muchas expresiones de la literatura y la cultura popular.

SEGUNDO CAPÍTULO

La reaparición de Aguirre en el siglo XIX: Emancipación y formación de las naciones latinoamericanas

En el caso propiamente hispanoamericano, la figura de Lope de Aguirre adquiere rasgos contradictorios. Ya hemos dicho que en muchas expresiones de la literatura y la cultura popular aparece aún como el endemoniado⁴⁷, pero en cierto sector del mundo letrado comienza una lenta recuperación positiva de su figura. Primero, se imprime la carta en el contexto de la producción de “Historias” locales; luego, como veremos, a principios del siglo XIX la figura de Aguirre se convierte en antecedente de las actividades subversivas de los patriotas revolucionarios.

Ya desde principios del siglo XVIII los cronistas de las nuevas ciudades y provincias que van emergiendo en América Latina empiezan a utilizar la retórica del proto-patriotismo criollo. En el año 1723 José de Oviedo y Baños termina de escribir la *Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela* (circa 1705-1723), en la cual describe la riqueza y belleza de su país. Curiosamente, en una sección de su libro Oviedo centra su interés en la rebelión y “desnaturalización” de Aguirre. De acuerdo con David A. Brading, el hecho de que Oviedo decidiera reproducir la famosa carta de Aguirre es un acontecimiento de interés, ya que ésta recordaba a los criollos la

⁴⁷ Véase también *Dos rebeldes españoles en el Perú* de Rosa Arciniega: “Una vieja tradición, mantenida viva a través de muchas generaciones, asevera que por allí pasó y estuvo en grave peligro Lope de Aguirre, dejando grabadas en las piedras unas letras misteriosas que todavía resultan legibles a la fecha. Las gentes sencillas de aquellas remotas comarcas musitan una oración y se santiguan con terror al pasar ‘las huellas que dejó el tirano’, en la creencia de hurtarse de ese modo al maleficio que concita su recuerdo. (...) Cuando, en las lóbregas noches de Barquisimeto y Burburata (Venezuela), emergen de las grietas de la tierra verdosas lenguas de fuego que corren cual fuegos fatuos por los prados sin quemarlos y ‘copos de luz fosfórica vagan y se agitan a los caprichos del viento’, los rudos campesinos se los muestran a sus hijos y les explican que son el alma errante del ‘tirano Lope de Aguirre, que no encuentra dicha ni reposo sobre la tierra’ ” (271-272)

turbulenta historia de su país (342). Además, Brading se pregunta: “¿Se aceleraría el pulso de algún patriota por la intensidad de este desafío a la autoridad real?” (342). Pero ¿qué significa ser patriota en el siglo XVIII? Seguramente, la intención ideológica del texto y las condiciones objetivas para la emergencia de una conciencia criolla todavía no están maduras. Hay que reafirmar, por otra parte, que la memoria popular del incidente sigue viendo en Lope la figura negativa de los textos iniciales (ver Arciniega, Matamoro, Ortiz de la Tabla, etc.).

La recuperación de Lope de Aguirre durante las luchas independentistas

A principios del siglo XIX la perspectiva cambia radicalmente. En el plano del imaginario político y social se rompe con la visión de Lope como demonio, “cruel tirano” y loco que arranca desde el siglo XVI. La tendencia que predomina en la época de la Independencia parece ser la que reivindica a Aguirre como un héroe y uno de los primeros libertadores de América. La transgresión del sistema de autoridad real española por nuestro personaje es considerada como un acto temprano de proclamación de la liberación de América.

Cuando Simón Bolívar se apropia de la figura de Aguirre, se produce una “canalización” o reducción de las características de éste: el Libertador recupera solamente su sed de libertad e independencia sin aludir a los numerosos crímenes que cometió. Este monologismo respecto de la expansión predicativa del personaje se debe a la urgencia del momento: Bolívar, en plena batalla, necesita una adhesión inmediata a su causa, o sea la emancipación de Hispanoamérica, y su recuperación del rebelde vasco (y de la carta de éste, como veremos), perdería fuerza ilocutoria si el discurso en torno a él fuera ambivalente.

No es casual que sea Simón Bolívar quien contribuye a fortalecer la dimensión “patriótica” del mito de Lope de Aguirre como mito heroico (ver Ingrid de Armas *et al* 123). En el *Diario de Bucaramanga*, Perú de Lacroix, uno de sus mejores colaboradores militares, menciona la fascinación de Bolívar por la figura de Aguirre: por ejemplo, cuenta que el 11 de abril de 1828, en una comida en casa del General Soublotte, El Libertador “llegó a contarnos la historia de Lope de Aguirre y de su muerte, escogiendo los pasajes y rasgos más interesantes y más heroicos” (72). La intensidad con la cual El Libertador cuenta la historia de Aguirre es sin duda lo que lleva a Perú de Lacroix a dar relevancia a este acto narrativo. Podemos percibir la importancia de Aguirre en el anecdotario bolivariano por contraste con la segunda historia que cuenta durante la cena y por el resumen final de Perú de Lacroix que indica claramente las preferencias de Bolívar. Dice Lacroix: “Los hechos de heroicidad los cuenta el Libertador con mucho interés y mucho fuego y son los que más le gustan” (72).

Hay que señalar que, extrañamente, Aguirre y Bolívar siguieron más o menos la misma ruta geográfica: ambos estuvieron en Trujillo, la isla de Margarita, Valencia, etc. Pero lo que le interesaba a Bolívar era sobre todo la carta de éste por el potencial de apropiación que encontraba en la utilización política de ella. En efecto, según el novelista venezolano Miguel Otero Silva, El Libertador consideraba la carta de Aguirre como “el acta primera de la independencia de América” (252). Este gesto subversivo de Aguirre era para Bolívar un primer discurso que rechazaba al poder de España, igual que sus propios escritos políticos que analizaremos más adelante.

En *Lope de Aguirre. Príncipe de La Libertad* (1979), el mencionado Otero Silva “hace una lectura bolivariana de la Historia” (Ingrid de Armas *et al* 123), y escribe en una *Nota del novelista*:

Hubo, sin embargo, un notable escritor, político y guerrero del siglo XIX, que no vio a Lope de Aguirre como un simple matador de gentes sino que lo juzgó esencialmente como un precursor de la independencia americana. Ese ensalzador de las ideas de Lope de Aguirre se llamaba Simón Bolívar y es conocido por nosotros los venezolanos bajo el sobrenombre de El Libertador (251)

Todavía según Otero Silva, “Simón Bolívar aludió en varias ocasiones a la osadía del caudillo de los marañones, mas no precisamente para condenarla como vesanía criminal sino para exaltarla como insurrección irreductible contra la corona española” (251). Otero Silva agrega que el 18 de septiembre de 1821 Bolívar ordenó que se publicara íntegramente la carta de Aguirre al Rey Felipe II en el periódico “El Correo Nacional” de Maracaibo. Al parecer, el director del periódico, Mariano Talavera, lleno de prejuicios hacia Aguirre, rehusó cumplir las órdenes de El Libertador y, por lo tanto, la carta no aparece en ninguna de las reediciones de “El Correo Nacional”⁴⁸.

Por último, cabe señalar el paralelismo explícito que Otero Silva establece entre Aguirre y Bolívar en la misma *Nota del novelista*. Esencialmente, Otero Silva considera a Aguirre como el predecesor de Bolívar, el cual llevó a cabo las aspiraciones de aquél:

Más todavía, Lope de Aguirre. Por una afortunada determinación de la historia, otro hijo de fieles vasallos vascongados como tú, emprenderá dentro de doscientos cincuenta y ocho años la misma ruta que tú llevabas cuando te mataron en Barquisimeto y te cortaron la cabeza. No eras tan loco, Lope de Aguirre, como te han juzgado tus infamadores. Simón Bolívar, tal como tú lo soñabas, cruzará las cumbres de los Andes al frente de sus soldados rebeldes e intrépidos, vencerá una y otra vez a los ejércitos reales en las llanuras del Nuevo Reino de Granada,

⁴⁸ Sin embargo, según el novelista, “Se ha encontrado sí, en los archivos de la época, una comunicación del coronel Francisco Delgado comandante general e intendente de los ejércitos de la República de Colombia, fechada el 29 de septiembre de 1821 en Maracaibo, por medio de la cual le notifica al Ministro de la Guerra que ha recibido la copia de la carta de Aguirre enviada por el general Bolívar y que ha dado el mandato de su publicación” (252)

proseguirá su jornada triunfante hasta el Perú y, tal como tú lo soñabas, arrojará para siempre de las Indias a los gobernadores y ministros del rey español, que ya no se llamará Felipe II sino Fernando VII (253)

Quizás sería más justo decir que el soldado vasco es más bien uno entre los varios modelos identitarios (Napoleón, el barón de Humboldt, etc.) que Bolívar ocupa en el proceso de construcción de su personaje El Libertador.

Volviendo a la famosa carta de Aguirre, sería necesario recordar que Simón Bolívar también elige la forma carta abierta para proclamar la necesaria y urgente abolición del poder español en América. Para llamar la atención de los representantes del poder español lejano, la carta abierta les resultaba más eficaz que la carta común: según Edmond Cros,

(...) La carta abierta implica una estructura de dominación en el marco de la cual el inferior interpela a un superior, así como una institución que es ella misma generadora de poder (administrativo, político, o religioso). (...) La carta abierta se explica en parte por el hecho que no puedo alcanzar de otro modo al que interpele; está fuera de mi alcance y una misiva común no tendría ningún ascendiente sobre él. La carta abierta busca acercar una instancia de poder vivida como ausente o lejana con el fin de poder constituirse como sujeto cara a ella" ("Lecture..." 42)

Frente a esta coincidencia retórica, es interesante comparar la carta a Felipe II (1561) con unos escritos políticos (1812-) de Bolívar dentro de una perspectiva intertextual. Obviamente, los dos rebeldes escriben en contextos histórico-sociales distintos y con motivaciones distintas. Nada más lejano del vasco que forma parte de un ejército conquistador en busca de quimeras que Bolívar, miembro ilustrado de la clase criolla insurgente y constructor de naciones modernas. Y sin embargo, a pesar de la distancia temporal e ideológica que separa los contextos de producción de las dos cartas, los insultos a la Corona española y argumentos en favor de la abolición del autoritarismo español en el Nuevo Mundo, así como las tensiones discursivas e ideológicas con este

mismo poder real, que encontramos en el texto de Aguirre, resuenan en el *Manifiesto de Cartagena* (1812), el *Decreto de Guerra a Muerte* (1813), la *Carta de Jamaica* (1815) y el *Discurso de Angostura* (1819), o sea la mayoría de los textos políticos más significativos de Bolívar. Podemos delimitar tres temas que, presentes en la carta de Aguirre, reaparecen en los documentos políticos de El Libertador: la construcción de la imagen de los españoles, la provocación y el tono arrogante, la necesidad de la guerra.

En el *Manifiesto de Cartagena*, cuyo propósito es explicar cómo se podrá “Libertar a la Nueva Granada de la suerte de Venezuela” (47), Simón Bolívar presenta a los españoles como “natos e implacables enemigos” (48) y “tiranos” (57). La provocación y tono fervoroso se condensan en el último párrafo del manifiesto, en el cual Bolívar anima apasionadamente a los “granadinos” a libertar a los venezolanos de la tiranía española:

El honor de la Nueva Granada exige imperiosamente, escarmentar a esos osados invasores, persiguiéndoles hasta los últimos atrincheramientos, como su gloria depende de tomar a su cargo la empresa de marchar a Venezuela, a libertar la cuna de la independencia colombiana [o sea americana o hispanoamericana], sus mártires, y aquel benemérito pueblo caraqueño, (...) Id veloces a vengar al muerto, a dar vida al moribundo, soltura al oprimido y libertad a todos (57)

La vehemencia bolivariana hace eco de la de Aguirre en la carta a Felipe II:

“(...) aunque yo, por no poder sufrir más las crueldades que hacen y usan tus oidores, visorrey y gobernadores, he salido de hecho con mis compañeros (cuyos nombres después diré) de tu obediencia, desnaturalizándonos de nuestras tierras, que es España, y hacerte en estas partes las más crueles guerras que nuestras fuerzas pudieren sustentar y sufrir” (137)

Bolívar, al igual que Aguirre (véase 140), cree que el único medio para lograr su fin es la guerra feroz: “Todos los ciudadanos serán soldados cuando nos ataque el enemigo” (49); “(...) es una verdad militar que sólo ejércitos aguerridos son capaces de sobreponerse a los primeros infaustos sucesos de una campaña” (50), etc. También es

interesante señalar que Aguirre y Bolívar atacan a las mismas figuras. En efecto, los “malos odores y ministros” (141) y frailes “que a ningún indio pobre quieren predicar y están aposentados en los mejores repartimientos del Perú” (140) que critica el rebelde vasco corresponden a los “jueces” y “traidores sacerdotes” de los escritos de El Libertador: “(...) los españoles europeos, que maliciosamente se habían quedado en nuestro país para (...) promover cuantas conjuraciones les permitían formar nuestros jueces, perdonándolos siempre, aun cuando sus atentados eran tan enormes que se dirigían contra la salud pública” (48-49); y:

La influencia eclesiástica tuvo después del terremoto, una parte considerable en la sublevación de los lugares y ciudades subalternas: y en la introducción de los enemigos en el país: abusando sacrílegamente de la santidad de su ministerio en favor de los promotores de la guerra civil. (...) estos traidores sacerdotes, se animaban a cometer los execrables crímenes de que justamente se les acusa porque la impunidad de los delitos era absoluta (...) (53)

El *Decreto de Guerra a Muerte* es sin duda el texto de Bolívar que responde mejor al tono de la carta de Aguirre. Este decreto sirve para dividir de manera irrevocable los dos bandos: el de los “españoles americanos” y el de los “españoles europeos”⁴⁹. Bolívar está dispuesto a perdonar a los que quieren adherirse a su causa, pero declara la guerra a muerte a sus enemigos, los españoles que no están en su bando. A pesar de que el decreto vaya dirigido a los venezolanos (“A sus conciudadanos. Venezolanos: ” [21]), Bolívar sabe que lo leerá el rey de España, como Felipe II leyó la carta de Aguirre. Los representantes de la autoridad española, de los cuales Aguirre se quejaba (137, ss) se reencuentran en el decreto de Bolívar, descritos también como seres crueles y monstruosos (21, 22). Tal como Aguirre deseaba provocar al Rey explicitando su acto de

⁴⁹ Véase la misma división de dos bandos en la carta de Aguirre: el de los Marañoses y el del Rey y sus súbditos.

rebeldía, Bolívar quiere provocar a los españoles declarando que libertará a los americanos y aniquilará a los españoles, con el mismo tono arrogante y apasionado que usa Aguirre: “nosotros somos enviados a destruir a los españoles” (21); “nuestra misión sólo se dirige a romper las cadenas de la servidumbre que agobian todavía a algunos de nuestros pueblos” (21); “la justicia exige la vindicta, y la necesidad nos obliga a tomarla” (21); “Que desaparezcan para siempre del suelo colombiano los monstruos que lo infestan (...); que su escarmiento sea igual a la enormidad de su perfidia, para lavar de este modo la mancha de nuestra ignominia y mostrar a las naciones del universo que no se ofende impunemente a los hijos de América (21); “Españoles y canarios, contad con la muerte” (22). Tanto Aguirre, el jefe de los Marañoses, como Bolívar, “General en Jefe del Ejército del Norte Libertador de Venezuela” (20), justifican la guerra (a muerte) como única manera de rebelarse contra el gobierno español (en el *Decreto de Guerra a Muerte* Bolívar explica la necesidad y ventaja de la guerra en las páginas 21 y 22).

Simón Bolívar adopta en su *Carta de Jamaica* la perspectiva de los “oprimidos americanos meridionales” (63) en plena toma de posesión de su territorio y critica con fervor todos los tipos de atrocidades cometidas a “su patria” por el Imperio español durante más de tres siglos de dominación: “(...) los tormentos que padece [mi patria], desde su descubrimiento hasta estos últimos períodos, por parte de sus destructores los españoles” (61); “las barbaridades que los españoles cometieron” (62); “los actos más horribles de un frenesí sanguinario” (62); “todo lo sufrimos de esta desnaturalizada madrastra” (63), etc. Bolívar expresa un odio a España tan ardiente como el de Aguirre (“más grande es el odio que nos ha inspirado la Península, que el mar que nos separa de ella” [63]), la cual insulta y desafía abiertamente (llama “tiranos” a los españoles [63, 64,

ssgg-], grita: “¡Qué demencia la de nuestra enemiga (...)!” [66], etc.). Al igual que Aguirre, Bolívar menciona la corrupción del Rey español y sus súbditos (“La Europa que no se halla agitada por las violentas pasiones de la venganza, ambición y codicia, como la España” [66-67]; “(...) una nación como la española, que sólo ha sobresalido en fiereza, ambición, venganza y codicia (...)” [75]; “(...) el oro que no puede saciar a esa nación avarienta” [71]; “Muy contraria es la política de un rey cuya inclinación constante se dirige al aumento de sus posesiones, riquezas y facultades: con razón, porque su autoridad crece con estas adquisiciones” [78]), la falta de autonomía política o económica (“la América no sólo estaba privada de su libertad, sino también de la tiranía activa y dominante” [70]; “Los americanos, en el sistema español (...) no ocupan otro lugar que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más el de simples consumidores” [71]; “Pretender que un país tan felizmente constituido, extenso, rico y populoso, sea meramente pasivo, ¿no es un ultraje y una violación de los derechos de la humanidad?” [71]; “(...) con una violación manifiesta de las leyes y de los pactos subsistentes, se han visto despojar aquellos naturales de la autoridad constitucional que les daba su código” [72]), y el deseo de libertad de los que viven en América (“Jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad” [80]; “(...) la sagrada causa de la libertad” [80]; “Yo diré a Vd. lo que puede ponernos en actitud de expulsar a los españoles y de fundar un gobierno libre” [84]). A pesar de que Bolívar se refiere menos a ella que en sus otros escritos, la guerra es vista aquí también como un método para alcanzar la Libertad (63, 65).

En el *Discurso de Angostura* Bolívar echa las bases del futuro Gobierno centralizador de Venezuela en una reunión con los miembros (los Legisladores) del nuevo Congreso. Estamos ante un Bolívar más maduro. Sin embargo, aquí se sigue

construyendo la imagen de los españoles como enemigos y seres crueles: “observad (...) la ferocidad de nuestros enemigos” (94); “contra la oposición de los invasores” (94); “Por el engaño se nos ha sometido más que por la fuerza; y por el vicio se nos ha degradado más bien que por la superstición” (97); “la especie de los enemigos exteriores y domésticos” (114); “un Gobierno devorador, cuyos únicos móviles son una Espada exterminadora y las llamas de la Inquisición. Un Gobierno que ya no quiere dominios, sino desiertos; ciudades, sino ruinas; vasallos, sino tumbas” (121), etc. Aunque cuando Bolívar pronuncia este discurso Venezuela ya es independiente de España y ya no está oficialmente en una situación de guerra, el tono sigue siendo tan provocador como el de Aguirre (en el sentido de que se reafirman la independencia y libertad recién recobradas):

A pesar de tan crueles reflexiones, yo me siento arrebatado de gozo por los grandes pasos que ha dado nuestra República al entrar en su noble carrera. Amando lo más útil, animada de lo más justo y aspirando a lo más perfecto al separarse Venezuela de la Nación Española ha recobrado su Independencia, su Libertad, su Igualdad, su Soberanía Nacional. Constituyéndose en una República Democrática, proscribió la Monarquía, las distinciones, la nobleza, los fueros, los privilegios: declaró los derechos del hombre (...) (99-100)

Y más tarde Bolívar declara: “Fernando se ha humillado hasta confesar que ha menester de la protección extranjera para retornarnos a su ignominioso yugo, ¡a un yugo que todo poder es nulo para imponerlo!” (121). Por supuesto, la referencia al Rey de España es de gran interés en el estudio comparativo de la carta a Felipe II y los escritos políticos de Bolívar. Y no cabe duda que el Libertador no está dispuesto a abandonar sus métodos guerreros si tiene que luchar para mantener la independencia de América (95, 97, 114, 121, 122).

Volvamos a insistir en que no se pueden ignorar las diferencias que existen entre la carta de Aguirre y los escritos políticos de Bolívar u otros independentistas. Sin duda,

el concepto de libertad, por ejemplo, no tiene la misma significación para Bolívar que para Aguirre. Obviamente, la lectura de la carta de Aguirre en el siglo XIX es producto de una resemantización y recontextualización. Por ejemplo, como ya dijimos, Bolívar soslaya las interpretaciones del rebelde vasco como tirano, loco, demonio y autor de numerosos crímenes.

Es necesario precisar que en el proceso de recuperación y asimilación de Lope por la ideología independentista⁵⁰ y en el esfuerzo de los historiadores por ligarlo a la gesta emancipadora y a la identidad de Bolívar, hay que considerar obligatoriamente el argumento de Beatriz Pastor, quien, a pesar de reconocer la carga subversiva de la rebelión de los marañones y la carta de Aguirre, insiste en que éstas representan una ideología reaccionaria: “No hay en su formulación ni un solo elemento progresista, y, menos aún, revolucionario. Es una rebelión que reivindica los valores idealizados de una época anterior y que rechaza cualquier transformación de un modelo de sociedad guerrero-medieval, transformación que percibe irracionalmente como degeneración y corrupción” (435); “La rebelión de Aguirre no se dirige hacia formas de liberación del futuro, sino hacia un intento anacrónico de restauración de un pasado medieval mitificado” (445). En ese sentido, la rebeldía de Aguirre, además de resistir a cualquier transformación ideológica, social o política, está ligada a la ideología medieval feudal (puesto que Aguirre se queja de la degradación de la relación de vasallaje con el rey) y la tradición de las cruzadas (por ejemplo, la guerra contra los moros que marcó varias generaciones de españoles). Por lo tanto, según Pastor, la interpretación de Aguirre como

⁵⁰ Como afirma Rolando J. Romero, “Para los escritores contemporáneos, Aguirre cobra su figura de genio frente a la problemática independentista del siglo XIX” (22). Así, hacia 1940 algunos autores (entre otros, Germán Burmester) empiezan a considerar a Aguirre como mártir y antecesor de la independencia americana” (ver Matamoro 9, 13).

proto-libertador de América resulta claramente inadecuada y anacrónica. Así, su argumento pone en evidencia el carácter utilitario de la lectura que a principios del siglo XIX se hace de la carta a Felipe II y de su autor. Sin embargo, existe un potencial de contra-lecturas, o sea la posibilidad de leer la carta de diferentes maneras, y lo prueban las diversas interpretaciones de este texto.

La interpretación de Aguirre como predecesor de la Independencia americana, replanteada por el historiador vasco don Segundo de Ispizua en 1918 (como veremos en el tercer capítulo), provoca un intenso debate entre los críticos y literatos del siglo XX. Muchos rechazan la idea de que Aguirre haya podido ser el antecesor de la Independencia (véase Enrique de Gandía y su diálogo implícito con el centro de poder franquista y/o fascista). No obstante, sabemos que Bolívar y sus amigos conocían al rebelde vasco y que, como acabamos de comprobar, sí hay resonancias de la carta de éste en los escritos del Libertador.

Resumiendo: respecto a la interpretación de Aguirre como proto-libertador de América, basada en el documento que proclama a Don Fernando de Guzmán Príncipe y en la carta a Felipe II, existen dos posiciones contrarias. Tal como escriben Mampel González y Escandell Tur en el prólogo de las *Crónicas*,

Por un lado, nos encontramos con los que consideran estos documentos como la Primera Acta de Independencia Americana o cuando menos como precursores de la futura independencia. Por otro, con autores que, si bien están de acuerdo en manifestar que estos documentos sí serían la primera acta libertadora, ponen en cuestión su legitimidad. En otra línea están los que interpretan el carácter emancipador de los documentos no como una idea originaria de Aguirre, sino afirmando que ésta siguió la tradición iniciada por Gonzalo Pizarro, Francisco de Carvajal, Hernández Girón, Almagro el Joven, etc. (XIII)

La figura de Lope de Aguirre en la Venezuela finisecular

Casi cincuenta años después del triunfo militar criollo, Venezuela se encuentra liberada y los grupos en el poder se han concentrado en la tarea de formación del Estado para poder controlar la anarquía producida por la lucha faccional. Es en este contexto que Lope de Aguirre surge por primera vez como personaje literario, en el marco de una obra de teatro. Pero, como mencionamos en la introducción, no todos los personajes son solamente literarios porque, según explica Philippe Hamon, algunos de ellos también pertenecen a la cultura. A título de ejemplo, este crítico francés se refiere al caso de Napoleón: “Habrá que distinguir, por ejemplo, un ‘personaje signo’ (/Napoleón/, registrado en el diccionario), un ‘personaje en un enunciado no literario’ (/Napoleón/ y sus substitutos, en una conversación, en un manual de historia, o en un artículo de periódico), un ‘personaje en un enunciado literario’ (/Napoleón/ en *Guerra y paz* de Tolstoi)” (120). Al igual que Napoleón, Aguirre pertenece a estas tres categorías. Por lo tanto, a pesar de que usaremos en nuestro análisis técnicas propiamente literarias (por ejemplo, las que privilegia Anne Ubersfeld), es importante recordar que Aguirre es también un personaje histórico y de cultura⁵¹.

La obra de teatro en cuestión, intitulada *El Tirano Aguirre. Drama Nacional* (1872), se representa en dos ocasiones en la pequeña ciudad venezolana de Mérida y con gran éxito de público⁵². Esta obra en tres actos escrita por un médico llamado Adolfo Briceño Picón es muy poco conocida por los estudiosos de Lope de Aguirre⁵³ y es, sin

⁵¹ Ver la parte metodológica de la introducción.

⁵² Ver el comentario que aparece en la tapa de la obra de teatro (edición de José de la Cruz Rojas Uzcátegui).

⁵³ El hecho de que esta obra tuvo una circulación restringida a pesar del éxito de sus representaciones en Mérida se debe, creemos, a lo que Emilio Carilla ha descrito como la precaria situación general del teatro latinoamericano durante el periodo romántico (ver *El romanticismo en la América hispánica*).

embargo, de gran importancia en el marco de este trabajo ya que da cuenta de una nueva interpretación decimonónica de la figura de Aguirre, la cual se produce durante la vigencia de la última etapa del romanticismo hispanoamericano y en el momento de grandes tensiones políticas desatadas en el proceso de construcción de la nación venezolana. Manejamos aquí una copia transcrita a máquina por José de la Cruz Rojas Uzcátegui⁵⁴, profesor de la Universidad de los Andes en Mérida, donde estudió Briceño Picón. Existe otra edición (París/México: Colección de Piezas Dramáticas, 1903), pero ésta es menos asequible.

No cabe duda de que la visión de Aguirre expuesta en dicha obra difiere de la que intenta proyectar Simón Bolívar en pleno proceso de lucha por la Independencia. El rebelde vasco ya no es considerado como el precursor de la emancipación americana. Por lo tanto, nos interesa saber precisamente cómo, en el momento de la consolidación y crisis de esta nación latinoamericana, se rearticula la figura de Aguirre en la escena teatral y, además, por qué se recupera este personaje histórico.

Puesto que esta obra de teatro es casi desconocida hoy día, vamos a ofrecer un resumen de ella para que el lector se pueda familiarizar con su trama. El primer acto, “La Conspiración”, se desarrolla a orillas del Amazonas. Cora, la hija mestiza de Lope de Aguirre, y Arturo de Villena, su amante español, se reencuentran. Sin embargo, Aguirre le ordena a su hija que se case con Fernando de Guzmán. Pedro de Ursúa es muerto por los hombres de Aguirre y éste se convierte en el jefe de la expedición a El Dorado. Aguirre decide matar a Arturo, su enemigo mayor (ya que es un vasallo del rey, noble y pretendiente de su hija). El segundo acto se titula “La Prisión”, con escenario en la isla

⁵⁴ Esta copia le fue ofrecida al Prof. Nelson Osorio (Universidad de Santiago de Chile), quien tuvo la gentileza de facilitármela para el trabajo de esta tesis.

Margarita. Cora llora por la pérdida de su amado y los crímenes cometidos por su padre. Un indio viene a visitarla y ella se da cuenta rápidamente de que éste no es otro que Arturo de Villena, disfrazado. Arturo y Cora se preparan para fugarse, pero Baltasar Cortés los delata ante Aguirre, quien toma preso a Arturo. El tercer acto, “El Parricidio”, se desarrolla en Barquisimeto. Los rebeldes ya no pueden resistir los ataques de los realistas. Cora libera a Arturo y éste se une al bando del rey para acabar con el terrible tirano. Antes de ser muerto, Aguirre mata a su hija con el fin de protegerla contra los futuros ultrajes.

Centrémonos ahora en el estudio de Aguirre como personaje teatral. En *Lire le théâtre* Anne Ubersfeld propone unos procedimientos básicos para el análisis de los personajes. Ella considera el personaje dramático como “un agregado complejo agrupado en torno a un nombre” (94) y sugiere, pues, fijar los paradigmas del personaje. Este método, según Ubersfeld, tiene la ventaja de aclarar el funcionamiento referencial del personaje (de qué campos discursivos provienen sus rasgos definitorios) así como su funcionamiento poético (cuál es su función dentro de la obra dramática en relación con los otros personajes). En cuanto al Aguirre de la obra de teatro de Briceño Picón, él pertenece a los paradigmas siguientes: político (tirano, rebelde), religioso (demonio), psiquiátrico (loco, colérico, ambicioso), generacional (padre viejo), étnico (raza blanca), etc. Este inventario revela la oposición entre Aguirre y los dos personajes principales Cora y Arturo (cuyas características serían las de ángeles, cristianos, vasallos del rey, jóvenes, etc.). También permite delimitar los rasgos distintivos de Aguirre y constituir a éste como conjunto semiótico. Cabe señalar que según la clasificación de Juan Villegas (81), la caracterización de Aguirre es aquí estática, es decir, este personaje (al igual que

los demás) no evoluciona. El Aguirre de la obra decimonónica cumple la típica función greimasiana de “oponente”: además de representar la oposición a la empresa conquistadora de Felipe II, se convierte aquí en un padre tiránico que se opone a la unión de su hija Cora con su amado. Esta historia de amor que involucra a Aguirre (ya que él es el único obstáculo a su concretización) y es central en la obra en estudio, es una invención propia de Briceño Picón. Sin embargo, el objeto de deseo de Aguirre sigue siendo el mismo que en las crónicas y relatos tradicionales: es esencialmente la rebeldía contra el rey de España (en nombre de la cual comete los conocidos crímenes). Luego, Anne Ubersfeld subraya la importancia del análisis del discurso del personaje teatral. En el caso del Aguirre de Briceño Picón, él se expresa en monólogos (más o menos largos) y diálogos con los demás personajes (sobre todo con Cora); si se le puede atribuir un “estilo” propio, éste estaría ligado a la abundancia de blasfemias (“¡Voto á Satanás!” [75], “¡Furias del averno!” [110], etc.) que recuerdan el tipo de discurso que usa el Aguirre de las crónicas. Con respecto a la vestimenta, el único indicio que aparece en las didascalías es la referencia a un “justillo” y una “ancha y enorme daga” (13); este detalle refuerza la imagen de Aguirre como soldado y criminal. Obviamente, tenemos que limitarnos aquí a estudiar la caracterización del personaje textual, el cual no se puede confundir con el personaje escénico: tal como sostiene Anne Ubersfeld, “el personaje tiene una existencia concreta sólo a través de una representación concreta; el personaje textual es sólo *virtual*” (111).

¿Por qué decide Briceño Picón recuperar a Aguirre? Primero, Aguirre es un personaje local: vivió el final de su vida y murió en Barquisimeto, cerca de Mérida⁵⁵. Por lo tanto, la representación teatral de la aventura de Aguirre, además de impulsar cierto

⁵⁵ Se trata de una zona de indeterminación puesto que se confunden Mérida y Barquisimeto.

interés por la anécdota, recuerda al público un capítulo de su historia nacional. De hecho, éste es uno de los objetivos principales de los novelistas decimonónicos: por ejemplo, tal como explica Doris Sommer, la aspiración del presidente, historiador y escritor Bartolomé Mitre consiste en que “las novelas educarían al pueblo acerca de su historia, acerca de sus costumbres apenas formuladas, y acerca de ideas y sentimientos que han sido modificados por acontecimientos políticos y sociales todavía desconocidos” (9). Además, el color local sirve para fomentar en el público un sueño de identidad nacional. El grito final a favor de las tropas libertadoras de Mérida (121) ilustra este hecho. Recordemos que el subtítulo de la obra es “Drama nacional” (a pesar de que no queda claro qué significa nacional aquí).

Segundo, Aguirre es un personaje que se presta a la práctica de la estética romántica. Por su aspecto físico y carácter moral, se le identifica con lo grotesco, el fundamento de las obras románticas, inseparable del elemento belleza en contraste con el cual provoca el sentimiento ambiguo de repulsión y atracción. Véase, por ejemplo, el *Prefacio a Cromwell* (1827) en el cual Víctor Hugo sostiene que:

En el pensamiento de los modernos, por el contrario, lo grotesco desempeña un papel importantísimo. Se mezcla en todo; por una parte crea lo deforme y lo horrible, y por otra lo cómico y lo jocoso (...) La musa moderna (...) sentirá que todo en la creación no es humanamente *hermoso*, que lo feo existe al lado de lo hermoso (...) Creemos inútil hacer resaltar más la influencia de lo grotesco en la tercera civilización. En la época llamada romántica, todo demuestra su alianza íntima y creadora con lo bello (...) Una de las supremas bellezas del drama es lo grotesco; no es sólo conveniente, sino que con frecuencia es necesario (20, 24, 28)

La sensibilidad romántica, como acabamos de constatar, se basa en los contrastes.

Cedomil Goic insiste en esta idea:

Los rasgos estilísticos de este modo de representación romántico de la realidad son, en clara consecuencia, formas de contraste: lo sublime y lo grotesco, lo angélico y lo demoníaco, la civilización y la barbarie, que ordenan la

configuración del mundo y extienden sus oposiciones a la selección de los motivos, a los caracteres y aun a los escenarios (*Historia y crítica...* 64)

Resulta obvio que la historia de Aguirre es un tema ideal para la creación de una obra de teatro romántica ya que está constituida en torno a varios ejes de contraste. He aquí algunos de ellos: Aguirre/Cora, rebeldes/realistas, plebeyos/nobles, América/España, etc.

Además, Aguirre es un personaje romántico por excelencia porque sus pasiones violentas y la posibilidad de que esté poseído por el demonio recuerdan a los atormentados de esta tendencia artística (véase, por ejemplo, el protagonista de *Don Álvaro o la fuerza del sino* del Duque de Rivas). Otros rasgos fundamentales del romanticismo europeo y latinoamericano son, como es consabido, el sentimentalismo exacerbado y la exaltación del “yo”. Estos rasgos son centrales en la pieza teatral de Briceño Picón ya que la historia de amor de Cora y Arturo, a la cual se opone Lope de Aguirre, llega a ocupar el primer plano, trasladando lo histórico al trasfondo. Los largos diálogos en los cuales los dos amantes expresan su amor mutuo, las separaciones que éstos deben experimentar, sus reencuentros, etc. unen, como un hilo conductor, los tres actos. De acuerdo con la estética romántica, encontramos aquí ocultamiento de la identidad a través del disfraz, cambios climáticos (lluvia, truenos, etc.) reflejan a lo largo de la obra los tormentos internos de los dos enamorados, etc.

La obra de Briceño Picón se sitúa, más precisamente, en la tercera etapa del romanticismo hispanamericano, de acuerdo con la periodización generacional de Cedomil Goic. En efecto, pertenece (más o menos)⁵⁶ a la Generación de 1867. Esta etapa

⁵⁶ Existen no obstante pequeños desajustes en la localización de Briceño Picón en el esquema generacional de Goic: el venezolano nació en 1846, mientras que “La generación de 1867 está determinada por los nacidos de 1830 a 1844” (*Historia de la novela...* 85); la obra *El Tirano Aguirre* es producida en 1872,

agrega sus propios rasgos al realismo ya existente en las generaciones anteriores: “representa por primera vez el enfrentamiento de hombre y sociedad como manera de configurar las limitaciones de la sociedad y las posibilidades del individuo” (Goic, *Historia y crítica...* 66). Así el Aguirre de Briceño Picón quiere rebelarse contra todos los nobles que lo oprimen como individuo:

Caballero... ¿No sabes, Cora, que esos que tú llamas caballeros, nos desprecian á nosotros los pebleyos, y que todos han jurado guerra a muerte á Lope de Aguirre? ¡Miserables!... Mil rayos van á caer sobre esos privilegiados por la estupidez y ciega fortuna... Yo quiero hacerles comprender, Cora, que yo también puedo ser grande y sobreponerme a ellos... (34)

Con el intento de promover tanto el perfeccionamiento de la República como la edificación moral y política del ciudadano, las obras de la tercera generación romántica, entre ellas *El Tirano Aguirre*, tienden a localizar y criticar los vicios *reales* de los grupos sociales. El Aguirre de Briceño Picón se rebela pues, de acuerdo con la norma del 67, contra “el dinero, la posición social, el culto de las apariencias”, etc. (Goic, *Historia y crítica...* 66). Volveremos más tarde sobre este aspecto.

La tercera razón por la cual suponemos que Briceño Picón recupera la figura de Aguirre es la siguiente: este personaje histórico permite establecer asociaciones claras con el presente. La obra es obviamente de asunto colonial, pero un gran número de marcas textuales nos llevan a postular que lo histórico está sometido en ella al tratamiento de problemas más actuales. Según nuestro juicio, y de acuerdo con las definiciones de Harry E. Shaw, en *El Tirano Aguirre* predomina el uso de la historia “como pastoral” (es decir que “la historia ha proveído una pantalla ideológica en la que las preocupaciones del presente pueden ser proyectadas para clarificación o solución, o para una expresión

mientras que la gestación de la tercera generación romántica “se extendió desde 1860 y 1874 y su vigencia histórica comprende el lapso que va de 1875 a 1889” (Goic, *La historia de la novela...* 85). Sin embargo, parece que la obra cumple más o menos con los rasgos de las obras de esa última etapa romántica.

disfrazada” [52]), aunque también existe un uso de la historia “como energía dramática” (o sea, la historia [concebida aquí como algo inherentemente vivo y dramático] ha actuado como una fuente de energía dramática que vivifica una historia ficcional” [52]).

El Aguirre de Briceño Picón repite su historia: viaja por el Amazonas, llega a la isla Margarita, comete múltiples crímenes, escribe una carta de desnaturalización a Felipe II, expresa su odio por el sistema imperial, mata a su hija y es muerto por los realistas en la tierra de Venezuela. Sin embargo, cumple un rol nuevo: el de un padre (y suegro) satánico que impide la unión de su hija con su amante. ¿Por qué desempeña Aguirre este papel aquí? ¿Por qué tiene tanta importancia esta historia de amor? ¿Por qué son los miembros de esta relación amorosa una mestiza (Cora) y un español realista (Arturo)?

Por supuesto, las tragedias sentimentales son un tema recurrente en la literatura romántica, pero nosotros opinamos que la historia de amor entre Arturo y Cora está ligada a una problemática más urgente, que es también, según Sommer, la de las “novelas fundacionales” producidas en la misma época (*María* de Jorge Isaacs, *Soledad* de Bartolomé Mitre, *Martín Rivas* de Alberto Blest Gana, *El Zarco* de Ignacio Altamirano, etc.): la construcción nacional en Hispanoamérica. En efecto, estos dos jóvenes, según nosotros, representan a los creadores (o padres) de la futura Nación ideal. Es importante recordar que el romanticismo literario hispanoamericano está estrechamente ligado a la fundación de la Nación: si Doris Sommer sostiene que “las novelas románticas van de la mano con la historia patriótica en América Latina” (7), lo mismo se puede afirmar, *mutatis mutandis*, acerca del teatro romántico. Surge entonces un grupo de “ficciones fundacionales”, a las cuales pertenece la obra de Briceño Picón, en las que las intrigas de amor y las actividades políticas se traslapan: “Y en América Latina el romance no

distingue entre la política ética y la pasión erótica, entre el nacionalismo épico y la sensibilidad íntima” (Sommer 24). La relación retórica entre los dos discursos, el erótico y el patriótico, funciona pues, en términos de Sommer, como “una alegoría mutua” (31).

Cora y Arturo son dos modelos legítimos de “fundadores” de naciones ya que son verdaderos patriotas. A través de ellos se expresa el discurso hegemónico de la época sobre la importancia del proyecto nacional. Este proyecto se manifiesta en la metáfora del hogar y del amor al suelo. Cora, la mestiza, se hace portavoz del discurso sobre el “amor a la patria”. En efecto, dice, refiriéndose al país donde nació: “Sí, señor: yo también lo deseo [volver al Perú], porque es mi patria” (83); “¡Qué hermosa es Lima! ¿no, Arturo?... El país de los Incas, la patria de mi madre...” (102). Curiosamente, su llamada “patria” resulta más identificable con el Imperio incaico del pasado indígena idealizado por los criollos, que con el Perú de finales del siglo XIX. De hecho, los discursos de la época que expresan una mitificación del Imperio incaico son comunes⁵⁷. En cuanto a Arturo, él es según Cora “un noble y digno caballero (...) reconocido en todo el ejército por el más leal y cumplido caballero” (32, 34); es caracterizado, pues, por su lealtad a su tierra natal, o sea España. Al final de la obra, parte a reunirse con las “tropas libertadoras” para combatir, en nombre del rey Felipe II, a Lope de Aguirre. Además de ser patriotas, Cora y Arturo recuperan el discurso católico tradicional que tiene vigencia en la época. Siendo fieles cristianos, aseguran al unirse el traspaso y supervivencia del culto católico.

⁵⁷ “(...) en los jóvenes Estados hispanoamericanos se puede constatar una dedicación especial a la población autóctona indígena inmediatamente antes y en el transcurso del movimiento e independencia así como en los primeros años de su existencia (...) Me parece sobre todo interesante e ilustrativo el segundo aspecto de la dedicación a la población indígena: la ocupación de la historia autóctona que en parte culminó en una verdadera glorificación de todo lo indio (...)” (Hans-Joachim König 746-749)

En el contexto histórico de representación de esta obra, la posibilidad de una unión amorosa (y productiva) entre una mestiza (Cora) y un blanco español (Arturo) es sin duda un acto imaginario, o mejor dicho, una “resolución imaginaria” (propia del funcionamiento de la ideología). En efecto, se hace patente una brecha, un desajuste, al comparar el discurso ficcional de la obra de teatro con la situación real de la Venezuela de la época. Desde antes de la Independencia, esta región estaba dividida por los conflictos de razas y clases: según George S. Wise, “Venezuela exhibía la divisibilidad de grupos raciales que caracterizaban, en distintos grados, todos los países de América Latina, y estos grupos constituían al mismo tiempo una estratificación social, un orden de dominación y sujeción” (8). Existían intensas rivalidades entre los blancos y los pardos (o sea todos los que no eran blancos), los pardos y los criollos, los criollos y los españoles. Los historiadores, entre ellos Wise, suelen mencionar una petición que los criollos redactaron para impedir que los pardos pudieran acceder, mediante el pago de algún monto, a la igualdad con los blancos y la obtención de ciertos títulos (11). Obviamente, sólo los españoles podían desempeñar los cargos que querían; incluso los criollos estaban sometidos a varias restricciones en esta área. Además, los españoles se aprovecharon de estos conflictos entre las castas domésticas y no veían ninguna ventaja en tratar de resolverlos (14). Esta falta de consenso es lo que posibilitó la llegada al poder del caudillo Guzmán Blanco en 1872 (2).

Se puede suponer, entonces, como lo hace Doris Sommer, que las uniones amorosas entre miembros de distintas razas (blancos y mestizos, blancos e indígenas, blancos y mulatos, etc.) en las obras ficcionales del siglo XIX (véase *Aves sin nido* de

Clorinda Matto de Turner, *El Zarco* de Ignacio Altamirano, *María* de Jorge Isaacs) son prácticas de contención por parte de los escritores pertenecientes a la elite criolla:

Es posible que las mentiras piadosas del romance nacional sean estrategias similares para contener los conflictos raciales, regionales, económicos y genéricos que amenazaban el desarrollo de las nuevas naciones latinoamericanas. Con todo, estas novelas formaban parte de un proyecto burgués general para hegemonizar una cultura en formación. Sería idealmente una cultura cómoda, pero desprovista de aire que reunía las esferas pública y privada de modo que creaba un lugar para todos, mientras todos conocían su lugar (29)

Así, el deseo de unión entre Cora (una mestiza, hija de una pobre india y un conquistador fracasado) y Arturo (un exitoso soldado español) puede ser considerado como un intento de ocultar las diferencias raciales y sociales que afligen la Venezuela de la época, con el fin de construir un sueño de identidad nacional fraternal, aunque controlado. La literatura cumple, pues, su función ideológica: el conflicto entre blancos y pardos se resuelve en la obra de teatro⁵⁸.

Sin embargo, la empresa fundacional de Cora y Arturo fracasa. Aguirre, al separar a los dos amantes (en el primer acto, él y Guzmán “disparan a Arturo sus arcabuces” [52]) y matar a su hija al final de la obra, impide la formación de la Nación. Este hecho contribuye a reforzar la imagen tradicional de Aguirre como tirano y demonio.

Aparte de su vinculación con el tema de la consolidación nacional, aparecen otras ocasiones en las cuales Aguirre es usado para reflejar problemas actuales. Una de ellas surge cuando el tirano declara su ambición y su deseo de invertir la jerarquía social:

Yo he obrado y obro siempre por mi propia conveniencia. Los nobles, Antón, han querido convertir al sencillo labriego de Oñate en un bandido, ¡y lo han alcanzado! Cuando salí de España sólo tuve la mira de tantos aventureros que se lanzaban a la naciente América a hacer fortuna... pero los nobles me han perseguido siempre, y no han consentido que el pobre domador de bestias deje su

⁵⁸ Se verifica, pues, que en la concentración de elementos estéticos se encuentran también los elementos más ideológicos, tal como sugiere Frederic Jameson en *The Political Unconscious*.

penoso oficio para adquirir una posición más elevada... Dotado de un espíritu dominador y turbulento, con el alma henchida de ideas de libertad e independencia, no he podido consentir jamás en vivir subyugado bajo la mano de hierro de esos oidores y virreyes, que nos envía el idiota Felipe II, rey de Castilla y de las Indias. Yo, sin embargo, no fui jamás malhechor en mis montañas de Vizcaya; pero vine á las Américas; tenía ambición: quisieron ponerme freno y no lo consentí. He aquí, mi viejo camarada, por qué soy ahora un bandido; he aquí por qué me he declarado en guerra abierta contra los nobles, a quienes odio con toda mi alma... Por otra parte, mi ambición no tiene límites: quiero poseer los espléndidos palacios de esos poderosos señores; quiero verlos humillados á mis plantas... ¡quiero, en fin, Antón, ser virrey del Perú para que el oscuro y humilde labriego montañés, el despreciado domador de potros en Lima se siente en el suntuoso estrado de Su Excelencia el poderoso Señor Marqués de Cañete! (12-13)

Este discurso subversivo, puesto en boca de un Aguirre convertido en bandido, es obviamente condenable. Teniendo en mente que éste es muerto por los héroes realistas al concluir la obra, es viable opinar que el pasaje sirve de advertencia al público: se insinúa sutilmente que cada individuo debe quedarse en su lugar, so pena de pagar con su vida. La figura de Aguirre es empleada una vez más como contra-ejemplo y “escarmiento para los demás”. Contra la anarquía que se encarna en este personaje (y es representativa del grupo de los pardos, o sea más de la mitad de la población venezolana del siglo XIX), hay que restablecer el orden mediante el ejercicio de la autoridad. En ese sentido, el pasaje citado arriba revela el miedo de la elite criolla de que los grupos sociales marginales lleguen a tener el mismo estatus que ellos⁵⁹. Tal como sugiere Doris Sommer, “La elite latinoamericana sí quería modernizar y prosperar, pero al mismo tiempo quería conservar prácticamente el privilegio feudal que había heredado de los tiempos coloniales” (48). El grito final “¡Viva el ejército libertador de Mérida!” refleja también, sin quererlo, la ansiedad de la elite frente a la anarquía. El hecho de que se esté favoreciendo la causa de los realistas (y no del rebelde) en el momento de formación de las nuevas naciones en

⁵⁹ Como ya dijimos, en la tapa está escrito que el drama *El tirano Aguirre* tuvo “una espléndida acogida”. De hecho, el público, sin duda compuesto de lo más selecto de la sociedad criolla (notables, intelectuales, etc.), tenía razón para aplaudir la muerte de Aguirre que ocurre al final de la obra.

América Latina demuestra que para la clase dirigente criolla cualquier mecanismo de autoridad es bienvenido para restablecer el orden social.

Otra ocasión en la que el personaje Aguirre dialoga con el presente surge cuando él pone al descubierto las fallas sociales de la historia humana (113-114). Más precisamente, se trata de una crítica social que tiene como blanco los vicios de los hombres ricos y poderosos (la corrupción, el interés, la crueldad, etc.). Aguirre incluso explica que la sociedad es tan infame como él:

¿Crees que hay alguna diferencia entre Lope de Aguirre, el terror de la humanidad, y los demás hombres?... (...) Aguirre se ha mostrado á la faz del mundo, tal como es; y los demás hombres encubren sus crímenes con las riquezas, con el poder, y hasta con lo más sagrado, ¡con los mantos religiosos!... Ellos son aún más criminales que yo... ¿sabes por qué?... ¿sabes cómo han llegado á los más encumbrados puestos los llamados poderosos y señores de la tierra?... á fuerza de crímenes, á fuerza de derramar la sangre de sus semejantes... (113)

Nos encontramos aquí ante una disonancia significativa: este discurso fue censurado y se omitió en la representación teatral (véase 114, la nota 1). Cabe deducir, pues, que contiene algo de verdad y puede ser aplicado al contexto socio-político en el cual se produce la obra. Silenciándolo, se busca sin duda evitar que surjan “malos pensamientos” (o una toma de conciencia de la realidad social) en el espectador. Pero ¿por qué se elige a Aguirre para enunciar esta crítica social? Tal vez quería Briceño Picón engañar la censura: las palabras de un personaje loco, sin autoridad discursiva, no pueden ser tomadas en serio.

En suma, en el contexto de la formación de las naciones latinoamericanas y de la crisis del Estado, Aguirre vuelve a convertirse en un personaje amenazante porque si bien la figura del rebelde sirve al impulso independentista, no es funcional cuando se trata del

proceso de construcción de la Nación durante el cual la preocupación principal es el mantenimiento del orden social.

TERCER CAPÍTULO

Aguirre y el discurso historiográfico del siglo XX

En el siglo XX la figura de Lope de Aguirre sigue despertando un enorme interés en los sectores intelectuales y populares tanto de Latinoamérica como de Europa. Como ya hemos visto en los capítulos anteriores, el sentido de este personaje histórico va evolucionando a partir de una serie de calificaciones condenatorias del siglo XVI al siglo XVIII, hasta su doble imagen de tirano, ligada a la recepción tradicional, y rebelde-precursor de la Independencia, producto de las condiciones históricas, en el siglo XIX. En este capítulo y el siguiente abordaremos el sentido que adquiere la figura de Lope en la producción cultural (la historiografía y la literatura) hispánica del siglo XX.

En principio podríamos afirmar que en el siglo XX el sentido de esta figura pierde unidad, o sea se fragmenta. En torno a ella, ahora de sentidos menos nítidos, se organiza, como veremos más abajo, una serie de batallas ideológicas relacionadas con la interpretación de la historia, los debates políticos contemporáneos, las distintas posturas adoptadas por los productores culturales ante el poder central y, como veremos más abajo, ciertas matrices del *discurso social* peculiares del siglo XX. En otras palabras, el sentido de la figura está tan determinado por las circunstancias históricas contemporáneas como en los siglos anteriores, pero ahora se manifiesta en una multiplicación de sentidos añadidos y la visión del personaje se organiza en torno a una serie de núcleos conflictivos ligados al desarrollo de los nacionalismos y de los procesos de liberación nacional, al autoritarismo, al problema del orden y la obediencia, la relación de sumisión o rebeldía frente al Estado, las dictaduras, el fascismo, el antiimperialismo, los proyectos

mesiánicos, la guerra de guerrillas, etc. Así, la apropiación de la figura de Aguirre se hace dentro de los límites de una comprensión impregnada de las obsesiones de época que afectan la reflexión y la práctica social. Además, el hecho de que el Aguirre de la carta al Rey Felipe II pueda ser leído a la vez como progresista y reaccionario hace que éste se preste a muchas y diversas recuperaciones.

ENSAYOS HISTORIOGRÁFICOS

I La reivindicación vasca

A partir de los primeros años del siglo XX, un buen número de intelectuales vascos, entre ellos algunos historiadores, se propone retomar y reivindicar la figura de Lope de Aguirre rescatando su identidad vasca. Por lo tanto, desde aquel periodo hasta hoy en día las distintas apropiaciones de Lope por intelectuales españoles se articulan en torno al conflicto entre los discursos vascos (dentro de la tradición carlista y la adhesión ideológica al separatismo) y castellanos sobre nuestro personaje (dentro de la tradición republicana y la adhesión ideológica al régimen de Franco).

Recordemos brevemente algunos elementos del conflicto vasco-español contemporáneo. A principios del siglo XX⁶⁰, antes de la Guerra Civil Española de 1936, surgen en el País Vasco movimientos reivindicativos de la independencia de la provincia vascongada. Por ejemplo, aparece un movimiento destinado a recuperar la autonomía bajo el liderazgo de los descendientes del último monarca vasco, el rey Carlos (el

⁶⁰ Más exactamente, “El ‘nacionalismo vasco’ se desarrolla sobre todo en el siglo XX. Pero nace en el XIX con su apóstol Sabino Arana. Y se manifiesta primero en Bilbao, lo que permite clasificarlo menos como una herencia del viejo ‘fuierismo’ que como reacción de una región económicamente avanzada contra la dirección política retrasada del centro del país” (Vilar 104)

movimiento “carlista”)⁶¹. En este caso se lucha por una monarquía alternativa conservadora. En 1937, como parte de la campaña militar de la Guerra Civil, el general Franco invade el País Vasco suprimiendo las libertades adquiridas en esta provincia y negándole la autonomía. Habrá que esperar hasta el año 59 para que se organice un movimiento armado cuyo propósito será combatir, mediante acciones llamadas “terroristas”, la supresión de los derechos vascos y la prohibición de enseñar el idioma vasco durante la dictadura de Franco: se trata de ETA (Euzkadi Ta Askatasuna: País Vasco y Libertad)⁶². Tal como explica Pierre Vilar, el autor del tan citado libro *Historia de España* (el cual fue obviamente censurado por el régimen de Franco), ETA consiguió al principio el apoyo ideológico de un gran sector de la población española:

(...) el grupo ETA (...), aunque dividido entre la táctica y la teoría, se impone por el heroísmo de sus combatientes en la calle ante la tortura y los tribunales y asociando al mismo tiempo la libertad nacional con la revolución social. ETA intimida a las otras oposiciones, pero les fuerza a su solidaridad. El unitarismo ha recorrido su camino (162)

⁶¹ Según el sitio web: <http://www.emi.net/~bs-soft/ETA.html>

⁶² He aquí los hitos fundamentales de la historia de ETA: En 1968 ETA da muerte a su primera víctima, Meliton Manzanas, un jefe policial secreto en San Sebastián. La violencia continúa, incluso después de la muerte de Franco en 1975. En 1978 se funda el ala política de ETA, Herri Batasuna. El año 1980 es el más sangriento, con 118 muertos. En 1995 ETA intenta asesinar al líder del Partido Popular (el partido de la oposición), José María Aznar, el actual presidente del Gobierno español. En 1996 el Partido Popular (PP), claramente de derecha, gana la elección general y unos meses más tarde, en 1997, ETA empieza una campaña en contra de unos miembros locales del PP, el cual es considerado por ETA como la continuación del régimen de Franco. Este mismo año el asesinato de Miguel Angel Blanco, el consejero vasco, por ETA provoca un escándalo a escala nacional y 6 millones de personas participan en manifestaciones en las calles de España. En diciembre del 97, por primera vez, se encarcelan a líderes de Herri Batasuna por colaborar con ETA: 27 de ellos son encarcelados. A partir de marzo del 98 los mayores partidos políticos de España participan en charlas para contrarrestar la violencia en el País Vasco. En abril del 98 en la Irlanda del norte se firma un acuerdo de paz, lo cual tiene una gran influencia en el proceso de paz de ETA. En efecto, el 18 de septiembre de 1998, ETA firma el primer acuerdo de alto el fuego. En nuestros días se han reiniciado las actividades “terroristas” y militantes de ETA, la cual todavía es el centro de cantidad de charlas y negociaciones por parte de los partidos políticos. Hoy se cuentan más de 800 muertos desde la creación de ETA por la soberanía de la nación vasca hace unos 30 años y este organismo todavía no ha logrado alcanzar su meta (Según el sitio web http://news.bbc.co.uk/hi/english/world/europe/newsid_172000/172539.stm)

La primera recuperación contemporánea de Aguirre por un historiador vasco es la que hace **Segundo de Ispizua** en su *Historia de América* (1918), cuyo volumen titulado *Los vascos en América* (tomo II, vol. V) está dedicado en gran parte a nuestro rebelde vasco. La fascinación de Ispizua por la figura de Lope de Aguirre se percibe claramente desde la “Advertencia preliminar” de *Los vascos en América*: el historiador vasco señala que a pesar de que su propósito inicial era incluir en esta obra a otros vascos que desempeñaron un papel importante en América, el interés que Lope de Aguirre despertó en él fue tan grande que se dedicó exclusivamente a este personaje:

Hubiéramos querido estudiar en este volumen tres asuntos: el estudio sobre Lope de Aguirre (...); la ascendencia vasca del Libertador Simón Bolívar (...); y la Compañía Guipuzcoana de Caracas (...). Pero de tal manera nos hemos ido engolfando en el estudio sobre Lope de Aguirre y de su época, resulta tan interesante su figura, sobresalió tanto entre sus contemporáneos, ora por su hasta hoy no repetida expedición por los grandes ríos de la América Meridional siendo el descubridor de la comunicación entre las cuencas hidrográficas del Amazonas y el Orinoco, descubrimiento que quedó clara e irrefutablemente consignado en las relaciones de la estupenda jornada, ora por el acto audaz de declararse él y su tropa, durante el memorable viaje en busca de El Dorado, independientes políticamente del dominio de España en América; que su vida y sus hechos han dado sobrada materia para llenar ampliamente este volumen (...) (7)

Ispizua explica en el primer capítulo que el objetivo de su trabajo consiste en vindicar al “tercer Aguirre”, o sea el Aguirre “que no es ni el de la historia ni el de la tradición” (9). Según él, tanto el discurso histórico como el discurso de la tradición popular suelen ser injustos (294, 306). Los historiadores posteriores que han presentado a Aguirre como un “tirano” carecen de objetividad⁶³: por un lado, no toman en cuenta el contexto socio-político y cultural del acto de Aguirre, y por otro, se basan en documentos

⁶³ Ispizua escribe: “(...) el acto de Lope de Aguirre y su personalidad fueron tan acerba, injustamente y con tanta negrura juzgados y condenados por los escritores contemporáneos, juicios, apreciaciones y fallos repetidos por la posteridad sin examinar los jueces que los dictaron. Uno de nuestros propósitos, en el presente estudio, será el de vindicar a Lope de Aguirre de la injusta condenación que ha pesado sobre su memoria” (28)

(sobre todo crónicas) parciales. Por lo tanto, Ispizua intenta corregir todos los errores que se encuentran (según su juicio) en las crónicas más usadas por los estudiosos de Lope, y propone en cambio como relaciones “verosímil[es] y sensata[s]” (295) las de Toribio de Ortiguera y el autor anónimo. Estas críticas son lo que mueve a Germán Burmester, cuyo libro analizaremos más tarde, a escribir que Ispizua “encarna la reacción” al discurso vilipendiador de las crónicas (9).

Veamos concretamente, pues, cómo Ispizua presenta a Lope de Aguirre. Primero, una de las principales tesis de su volumen es que Aguirre es el precursor de la independencia americana, “el mártir de los mismos ideales” (299) que Bolívar, San Martín, Belgrano y Sucre: “¿Qué le movía a Lope de Aguirre en esta empresa? La liberación de las tierras americanas de la opresión en que, según él (...) las tenían sus tiránicos gobernantes, sus corrompidos jueces y sus belicosos y epicúreos frailes” (11).

Segundo, según Ispizua, el rebelde vasco no era loco: “Su empresa de separar de España, o como entonces se decía, de Castilla, sus recientes e inmensas posesiones de la América Meridional, no era una empresa imposible ni descabellada” (10); añade que “Era de agudo ingenio, cosa reconocida por sus mismos detractores” (13). Al parecer, Aguirre tenía excelentes razones para rebelarse (los reyes y sus funcionarios privaban a los conquistadores de los bienes que éstos habían adquirido [298]) y vio ya, con dos siglos y medio de anticipación, que la Independencia de América era un “hecho lógico, naturalísimo, justo” (299).

Tercero, Ispizua sostiene que el estudio de la soldadesca del siglo XVI en el Perú demuestra que la crueldad de Aguirre era un fenómeno completamente normal y corriente en aquel contexto: “los atentados personales eran entre la turbulenta e indisciplinada

tropa del Perú moneda corriente” (20); “La crueldad era, con raras excepciones, atributo común a los dos campos” (20).

Por fin, de acuerdo con Ispizua, Aguirre demuestra en sus propios escritos que, al contrario de lo que opinan numerosos comentaristas, él tenía aspiraciones mucho más nobles que sus contemporáneos. Escribe Ispizua:

Ni una palabra salió de sus labios, ni una sola frase estampó en las tres cartas que escritas por él han llegado hasta nosotros, en que revele que le aquejara el ansia de grandezas o el vano deseo de poseer títulos: era de más recio temple su constitución mental; y su ingenio, agudo y burlón, se mofaba con insuperable ironía de las pequeñeces de los reyes, a los que llegó a calificar de ‘menores de edad’ y sujetos a perpetua tutela, a causa de los interesados informes que siempre se hacen llegar hasta sus regios oídos. No sentía la vanidad de ostentar el título de rey; le dominaba la soberbia de no estar sometido a nadie y de mandar. Buscaba la realidad; no le satisfacían los hombres (10)

Sólo fue grande él, al quedar desamparado de todos los suyos, firme en sus propósitos, inquebrantable en sostener sus ideales. ¿Se negará aún que hubo grandeza en Lope de Aguirre? ¿Se le considerará todavía como un pirata y un *brigante*? (...) (294)

Como veremos, el libro de Ispizua debe gran parte de su importancia y fama a las numerosas polémicas que provocó. En general, la crítica principal que se le suele hacer consiste en que su reivindicación de Aguirre se fundamenta en el solo hecho de que éste era vasco. También se le reprocha el no basar su postura en documentos legítimos (lo cual es discutible) y el no considerar las pruebas “científicas” sobre la locura de Lope.

Varios decenios más tarde, el antropólogo vasco **Julio Caro Baroja** escribe *El Señor Inquisidor y otras vidas por oficio* (1968), libro en el cual dos capítulos tratan de la expedición de Ursúa y Aguirre a El Dorado: “Lope de Aguirre, ‘traidor’ ” y “Pedro de Ursúa o el caballero”. A nuestro juicio, se trata del estudio más sensato que existe sobre Aguirre. El propósito de Caro Baroja consiste sobre todo en denunciar los prejuicios de los escritores (que sean cronistas, historiadores o novelistas) que abordan el tema de la

figura de Lope de Aguirre⁶⁴. Por lo tanto, después de exponer un “Excursus bibliográfico” detallado y comentado, el historiador vasco se plantea relacionar el personaje histórico con su contexto socio-cultural (los Aguirre de Guipúzcoa, la educación en el País Vasco, el concepto de “más valer”, el concepto de “desnaturación”, los fueros vascos, el anticlericalismo vasco, etc.). Así, su libro se distingue de otros libros escritos por vascos:

Mas para eso voy a proceder con arreglo a un método algo distinto al adoptado por la mayoría de los escritores vascos que se han ocupado de él, más líricos, más retóricos y más enfáticos de lo que se supone a la raza en general... Mi primer propósito es colocar, situar la rara personalidad de este hombre en el mismo oscuro medio social en que nació. Con otras palabras: escudriñar en sus raíces, ver de dónde arrancan su ser y sus ideas (67)

Al referirse a Ispizua, Caro Baroja comenta que su libro no ofrece ninguna nueva documentación valiosa y, además, es incorrecto respecto al aspecto geográfico de la expedición (o sea las vías fluviales por las cuales pasaron Aguirre y sus Marañones) (12, 68).

Acerca de la lectura que los vascos en particular hacen de la figura de Aguirre, Caro Baroja critica también, por una parte, la necesidad de aquellos de defender a su compatriota y, por otra, el hecho de que no consideran al rebelde como un ser de carne y hueso (66-67). Al igual que la mayoría de los críticos e historiadores, opina que “Lope de Aguirre *estaba loco*” (112). Sin embargo, la novedad de Caro Baroja reside en su manera de evaluar dicha locura: “Esta locura se manifiesta, a mi juicio, en tres rasgos fundamentales: 1. Obsesión por la muerte; 2. Deseo de fama inmortal, aunque fuera mala;

⁶⁴ “Hay episodios en la Historia que el hombre moderno se empeña vanamente en enjuiciar con su propio criterio moral. Hay personajes que, pasados años y años de educación burguesa, de izquierda o derecha, pero igualmente condicionada por ciertos escrúpulos éticos, se resisten a todo intento de retrato real, objetivo. Por mucho que nos esforcemos, no podemos dar de ellos más que imágenes caricaturizadas, originadas por nuestro propio terror, heredero de una cadena larga de terrores; por nuestra gazmoñería, también heredera o aprendida” (Caro Baroja 65).

3. Megalomanía en otros órdenes” (112). Añade que es imprescindible tener en mente la tremenda soberbia del mismo: “Antes de morir, sin embargo, dicen que reconoció haber pecado mucho, pero poniendo a la soberbia como motor principal de sus acciones (...) Creo que en este caso, como en otros, Lope de Aguirre diagnosticó bien. Mejor que algunos autores modernos” (116).

En resumidas cuentas, Julio Caro Baroja es uno de los pocos críticos vascos que intentan ser imparciales y poner orden en las polémicas acerca de la reivindicación vasca de Lope de Aguirre y la locura de éste.

II La interpretación española tradicional

Los dos libros del historiador **Emiliano Jos** surgen (en parte) de un deseo de atacar las tesis reivindicatorias de Segundo de Ispizua. Además de entablar una polémica acerca de la figura de Lope de Aguirre, este aragonés impulsa un debate político.

Antes de abordar esta cuestión, queremos ofrecer algunos detalles sobre la singularidad del trabajo de Jos. Éste es el primer historiador que lleva a cabo una investigación completa, en los archivos y bibliotecas de España y del extranjero⁶⁵, de todos los documentos relacionados con Aguirre. El fruto de esta intensa tarea es su tesis de doctorado, *La expedición de Ursúa al Dorado, la rebelión de Lope de Aguirre y el itinerario de los “Marañones”, según los documentos del Archivo de Indias y varios documentos inéditos* (1927). En este libro Jos menciona y analiza todas las crónicas directas sobre la expedición de Ursúa y Aguirre, da información sobre el mito de El Dorado, estudia la Proclamación de Don Fernando de Guzmán como Príncipe del Perú (la

⁶⁵ Los archivos y bibliotecas donde Jos emprendió su investigación son los siguientes: “Archivos parroquial y municipal de Oñate, patria de Aguirre, Archivo de Indias, A. Histórico Nacional, Academia de la Historia, Bibliotecas Nacionales de Madrid y de París, British Museum de Londres, Sociedades Geográficas de dichas tres capitales” (*La expedición de Ursúa...*, prólogo, VIII).

cual considera como “el acta primera de independencia de América” [75] debido a que se nombra a un príncipe que no obedece a la Corona española), etc. Más importante todavía, Jos da término a la polémica que había en aquel momento sobre el itinerario de la expedición: logra probar que Lope de Aguirre y sus Marañoses desembocaron al Océano Atlántico por el Amazonas, y no por el delta del Orinoco como sostenía Ispizua (ver capítulo IX). Jos añade también al final de su libro unos documentos inéditos de gran importancia para el estudio de la expedición y sus miembros.

La tesis principal del historiador aragonés es que, al contrario de lo que opina Ispizua, Lope de Aguirre era un loco: “Loco indudable, loco rematado ha de ser el héroe de tantas hazañas y si el señor Ispizúa se hubiese fijado en esto, tendría algún fundamento más su apasionada defensa del que era conocida en Perú como Aguirre el loco, mucho antes de que Ursúa realizase la expedición al Dorado” (Jos, *La expedición...* 5-6).

Volvamos, pues, a la crítica de las tesis de Ispizua. Jos declara que la apasionada reivindicación de Aguirre y total rechazo de la versión de los cronistas por parte de Ispizua se atribuyen solamente al nacionalismo vasco del historiador:

(...) a quien ha hecho un estudio falto de aquellas cualidades [seriedad e imparcialidad], le sobraba su condición de vasco para hacer la historia de su paisano, y así no es de extrañar que le adjudique prodigios que nunca realizó, que su vindicación de Aguirre sea deleznable y caprichosa a veces hasta la comicidad, y que trate repetidamente de falsarios y solemnísimos embusteros a los cronistas especialmente al bachiller Francisco Vázquez, y todo, porque su relación, verídica generalmente hasta en los detalles, al divulgarse en copias de otros historiadores, ha sido causa de conocerse el sombrío cuadro en que se encuentra la figura de Aguirre (*La expedición...* 3-4)

Tomando en cuenta el creciente antagonismo entre las provincias vascongadas y el resto del país en aquella época, es posible suponer que el argumento de Emiliano Jos tiende a atacar el nacionalismo vasco en general (tal como las tesis de Ispizua tienden a

reivindicar el nacionalismo vasco). En efecto, Germán Burmester, al cual nos referiremos a continuación, sostiene que Jos tiene “prejuicios españoles ancestrales” y “personifica la ruina tradicionalista” (9).

Pensamos con Beatriz Pastor que Emiliano Jos, al apoyarse en los documentos oficiales, sólo conoce una versión (oficial, pero tendenciosa y subjetiva, según nosotros) de los hechos (*Discurso...* 429). Jos reiniciará la polémica con Ispizua en su segundo libro sobre Aguirre, *Ciencia y osadía sobre Lope de Aguirre el peregrino. Con documentos inéditos* (1950).

En este libro, Jos hace una reseña elogiosa de los trabajos de tres autores médicos sobre el caso de Aguirre en psico-patología. Nuestra hipótesis es que estos retratos clínicos del rebelde son un producto, por un lado, del desarrollo de la psiquiatría y, por otro, de la influencia creciente del fascismo en aquel periodo (años 30 y 40).

Uno de estos médicos, el argentino **Ramón Pardal**, pronuncia en 1933 una conferencia sobre el deseo de reivindicación de Aguirre “en el salón de actos del diario ‘La Razón’ de Buenos Aires”, “bajo el patrocinio de la Asociación Argentina de Estudios Históricos”; conferencia que repite en la “Sociedad de Historia de la Medicina” (en Jos, *Ciencia...* 13-14). Sorprende, pues, el carácter oficial de este evento. Las tesis del Doctor Ramón Pardal son las siguientes⁶⁶: 1) La fama de Aguirre se debe al hecho de que “Las épocas de intensas y extensas convulsiones históricas, provocan la ascensión a la superficie de la vida colectiva, de personalidades psicológicamente mórbidas” (en Jos, *Ciencia...* 14); 2) Aguirre padeció del delirio de reivindicación (en Jos, *Ciencia...* 16); 3) La “discrepancia entre sus palabras y sus hechos” revela que era un “interpretador”, en

⁶⁶ Puesto que no hemos podido hallar la transcripción original de la conferencia del Doctor Pardal, usamos aquí la transcripción que se encuentra en *Ciencia y osadía sobre Lope de Aguirre el peregrino* de Emiliano Jos.

sentido médico-legal y psiquiátrico; en efecto, “vivía mentalmente en un mundo exclusivamente suyo” (en Jos, *Ciencia...* 18-19). Queda claro que esta evaluación de Aguirre es completamente distinta de la que propone Ispizua, quien considera a éste como un personaje idealista, que nunca actúa de manera interesada, y cuyo principal objetivo es conocer la realidad.

El otro análisis psiquiátrico de Lope de Aguirre aparece en el libro de los peruanos **Juan Lastres** y **Alberto Segúin** llamado *Lope de Aguirre el rebelde. Estudio histórico-psicológico* (1942). Este texto fue expuesto, al igual que el de Pardal, dentro de un marco oficial: “con motivo de haber declarado el gobierno peruano Año Amazónico al de 1942, bajo los auspicios del ‘Comité pro IV Centenario del descubrimiento del Amazonas’ ” (en Jos, *Ciencia...* 23). Después de atacar a Ispizua por su excesivo nacionalismo vasco y alabar al “extremo opuesto de Ispizua”, Emiliano Jos (en Jos, *Ciencia...* 28), presentan su tesis principal: Aguirre padece del síndrome del segundón. También hacen una interpretación grafológica de las firmas del rebelde, en las cuales “transparenta un amor propio exagerado, producto de un inmenso orgullo (...)” (en Jos, *Ciencia...* 41). Por fin, declaran que Aguirre “no es un loco, pero sí un anormal, un psicópata” (en Jos, *Ciencia...* 43). Este libro tuvo tanto éxito que se reeditó el mismo año.

Según nuestro juicio, si los análisis de Ispizua estaban regidos por la reivindicación nacionalista vasca, los de Pardal, Lastres y Segúin se asemejan a los exámenes seudomédicos propios de la época, los cuales tenían como objetivo explicar conductas anormales y descubrir entre otros la superioridad racial o las raíces biológicas de la raza judía, la degeneración moral, etc. con el fin de proveer una base científica al nazismo o a la ideología fascista. De hecho, el contexto sociohistórico de la conferencia

de Pardal, o sea los años 30 en Argentina, es caracterizado por un fuerte nacionalismo de carácter fascista, antisemita, anticomunista y católico (ver David Rock 228-231).

Son precisamente estos estudios académicos sobre Aguirre que ofrecen un apoyo científico a las ideas de Emiliano Jos. Puesto que tanto los tres psiquiatras como el historiador aragonés usan las crónicas del siglo XVI considerándolas como documentos fidedignos y objetivos, no extraña que sus opiniones coincidan. Pero ¿se puede hacer un análisis psicoanalítico de un personaje de una crónica o cualquier otro tipo de texto? Muchos críticos literarios, entre ellos, Philippe Hamon, se oponen a esta práctica: “La boga de una crítica psicoanalítica, llevada a cabo de manera más o menos empírica, aferrada a una concepción sobrevalorada del sujeto que permanece tradicional, contribuye a hacer del problema del personaje un problema a la vez confuso y mal formulado” (44)⁶⁷.

El argentino **Enrique de Gandía** comparte las tesis de los cuatro comentaristas mencionados arriba⁶⁸. Al escribir el prólogo a la crónica de Almesto-Vázquez, él ocupa el puesto de “Secretario de las Academias Nacionales de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas de la República Argentina”. Este dato es muy significativo con respecto a la postura que éste adopta. Uno de sus argumentos principales es que, al contrario de lo que sostiene Ispizua, la crueldad y locura de Lope son una excepción en el contexto de la Conquista española, la cual fue “una ola de amor que se extendió sobre el Nuevo Mundo” (10). Gandía aprovecha la ocasión para elogiar largamente al periodo de Conquista y

⁶⁷ Si bien Philippe Hamon se refiere sólo al personaje literario, hay que decidir si el Aguirre que analizan los tres psiquiatras es un personaje histórico o literario. Creemos que un personaje construido por crónicas, y que va adquiriendo una variedad de semantizaciones con el paso de los siglos, no puede ser considerado sino como un personaje ficticio.

⁶⁸ Es Enrique de Gandía quien anima al doctor Pardal a iniciar el estudio de Aguirre; además, él es quien escribe el prólogo al libro de Lastres y Seguí (en Jos, *Ciencia...* 14).

Colonización como un proceso civilizador, uno de cuyos elementos fundamentales fue la cristianización (10-12). Este discurso tal vez sea producto de las funciones institucionales de Gandía, pero sin duda corresponde a una visión que pone a la historia en una perspectiva sarmientina del Otro. Oponiéndose de nuevo a las opiniones de Ispizua, el argentino añade que no es posible considerar a Aguirre como un Libertador de América ya que los psiquiatras (por ejemplo, Lastres y Segúin) han probado que el rebelde era un loco, lo cual nos lleva a descartar de inmediato cualquier propósito político de éste (10).

III La interpretación latinoamericana independentista⁶⁹

En un intento de encontrar un “terreno equidistante entre don Segundo de Ispizua y don Emiliano Jos” (9), **Luis Germán Burmester**, miembro correspondiente de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza, escribe *Lope de Aguirre y la Jornada de los Maraños* (1941). Sin embargo, al leer este libro uno se da cuenta de que en realidad el autor apoya plenamente la tesis de Ispizua. En efecto, para el historiador argentino, Aguirre es sin lugar a duda el precursor de la independencia americana: en el capítulo IX, llamado ni más ni menos que “¡Por la libertad de América!”, Burmester escribe: Aguirre “fue el primer mártir de la independencia de América” (157). Lamenta que no se haya valorado la empresa libertadora del rebelde vasco: “(...) tal fue el fin de ese hombre extraordinario que sacrificó todo por la libertad de América y como premio, sólo recibió injurias, afrentas e insultos, para caer luego en el olvido de la ingratitud, de donde exhumamos su epopeya para reivindicar el lugar que le corresponde en la Historia” (156-157). Por lo tanto, su libro sirve de homenaje al Aguirre libertador:

⁶⁹ Sabemos que en 1927 Brindis Pérez publica *Lope de Aguirre, precursor de las libertades hispanoamericanas*, pero no hemos podido conseguir una copia de este libro.

Lope de Aguirre, héroe continental y precursor de la independencia de América, recibe este libro como humilde homenaje, el primero que se le ha tributado recién al cumplirse el 380 aniversario de tu muerte y sobre la fría losa de esa tumba que nunca tuviste, con unción religiosa te decimos: Lope de Aguirre, ¡¡ DESCANSA EN PAZ !!” (157)

Por fin, en el apéndice de documentos que se encuentra al final de su libro, Burmester considera el “Acta de exaltación de don Fernando de Guzmán a Príncipe del Perú, Tierra Firme y Chile” como el “documento que entraña la jura de la independencia de América” (159). Se trata, pues, de un apasionado intento de reivindicar la figura de Aguirre, casi cuatro siglos después de la muerte de éste. Además, es posible que sea una reacción a la tendencia médico-fascistoide de su compatriota Ramón Pardo.

No es de extrañar, por lo tanto, que Lastres y Segura perciban que “su libro tiene mucho parecido con el de Ispizua, al que sigue fielmente en la exaltación de la personalidad del vasco” (en Jos, *Ciencia...* 53) y que el propio Emiliano Jos lo acuse de parcialidad, irresponsabilidad científica y “fraude al lector” (en Jos, *Ciencia...* 53).

Rosa Arciniega tiene la misma concepción de Lope de Aguirre que Burmester. Su libro *Dos rebeldes españoles en el Perú*, publicado en 1946 en Buenos Aires, es caracterizado por su carácter híbrido puesto que se mezclan en él el discurso histórico y literario: en las dos “biografías rigurosamente históricas” (11) que ella escribe sobre los rebeldes “independentistas” Gonzalo Pizarro y Lope de Aguirre, no se omiten la creación ni el cuidado estilo literario (11). De hecho, el objetivo de la autora consiste en “ ‘escribir una buena vida’ ” (11) y en la “recreación o vivificación” (11) que hace de sus dos personajes, aparece, pues, una lectura subjetiva.

Según Arciniega, existe un vínculo claro entre Aguirre y Pizarro: el rebelde vasco es un “caudillo rebelde” que “cierra en 1561 el ciclo inaugurado por Pizarro en 1544”

(10). Pizarro y Aguirre son dos personajes opuestos que reflejan el aspecto “multiforme” y “antitético” del carácter español (12): el primero es el “caballero magnánimo, hazañoso y quijotesco, estampa viva del romance” y el segundo representa el “tipo fanático, sanguinario, tiránico, e impenitente como un réprobo” (13).

En un principio, Lope de Aguirre es considerado (como muchas otras veces) como un tirano. Arciniega recuerda la demonización de Aguirre en la cultura popular. Ella misma lo ve como la encarnación humana del Mal: refiriéndose a este personaje, confiesa que ella tiene un “interés, antes que político o histórico, psicológico y vital” por esas “criaturas que pueden darnos la medida de la capacidad luzbética que tiene el hombre para el Mal y del laberinto lóbrego que el hombre – ser racional – esconde en su corazón; pero criaturas que parecen pertenecer a esferas totalmente diferentes de las nuestras” (276). Arciniega afirma que, a pesar de su propio intento, los hombres del siglo XX nunca podrán entender a los conquistadores del siglo XVI, aunque en sus “almas” están las mismas características de la “raza” española que son parte de los latinoamericanos. Teniendo en cuenta el contexto intelectual de la época en que el libro es escrito, se nota aquí una semejanza con la ideología del franquismo en lo que tiene relación a la “raza” española. En efecto, es consabido que, bajo la influencia del fascismo alemán e italiano, el general Franco promovió con la ayuda de la Falange una campaña de glorificación de la *Hispanidad*, término vago que representaba, según Marvin D’Lugo, “la recuperación de la grandeza histórica del perdido Imperio español” (16). Por ejemplo, en esa época se propuso el 12 de octubre como el día de la Hispanidad (o día de la Raza) en Hispanoamérica y Franco escribió el guión de *Raza*, una película que “es una verdadera radiografía del franquismo, con sus actitudes xenofóbicas, sus graves distorsiones de la

historia nacional reciente, y por fin, su proyección hacia atrás, hacia un sentido mal definido y fraudulento de una utópica Edad Dorada española cuando la grandeza nacional era sinónimo de batalla y sacrificio” (D’Lugo 19).

Los comentarios esencialistas de Arciniega que acabamos de comentar ocultan de manera clara la presencia india y el mestizaje en América: sugieren que los españoles son los únicos predecesores de los hispanoamericanos. Además, ¿existe una sola raza española? Tal como lo demuestran las polémicas entre Ispizua y Jos, cada comunidad no sólo tiene una identidad propia, sino que se considera étnicamente distinta.

Luego, Rosa Arciniega intenta recuperar a Aguirre “con el limpio y sereno deseo de escrutarlo” (278) y con el fin de “comprenderlo y sentirlo” (14). Propone, pues, más tolerancia y menos prejuicios. Pero resulta claro que su estudio sigue siendo poco objetivo.

Lo que permite una interpretación positiva de Aguirre, según Arciniega, es la temprana conciencia de éste de la necesidad de un designio independentista y el valor que tuvo al intentar llevarlo a cabo: “Concibió entonces un proyecto portentosamente audaz (...) Era el mismo pensamiento que, sólo dos centurias y media después, podría hacer realidad Simón Bolívar, merced a un esfuerzo prodigioso” (370). Además, la autora añade que en varias ocasiones Aguirre se muestra capaz de tener un “sentimiento humanitario” (410, ssgg.). Por fin, afirma que no se le perdonó a Lope de Aguirre el haber proclamado la liberación de las tierras americanas porque las condiciones no estaban dadas para tal cambio. Por lo tanto, se quedó “en una escala de lejano precursor” (421).

En un contexto más actual, un cuento infantil escrito en 1994 para el periódico “La Nación”⁷⁰ de Santiago de Chile y titulado *Lope de Aguirre, odisea de un Asesino*⁷¹ se inscribe dentro de la misma tendencia que los dos textos que acabamos de comentar. Debido a la naturaleza particular de este texto, cabe preguntarse cómo se quiere presentar la figura de Aguirre a los niños. ¿Tiene el cuento un objetivo pedagógico? Además, es interesante ver cómo se rearticula Aguirre en un momento de “transición” hacia la democracia.

Primero, se alude a la hostilidad de la naturaleza, la desilusión respecto al objetivo mítico (El Dorado)⁷², el sufrimiento de los Maraños, en fin, las terribles condiciones de la expedición que resultan en un “caos” (39) generalizado. Lope de Aguirre, por supuesto, es el protagonista del relato. Aquí también es considerado como el precursor de la independencia americana: “En esos días escribió la memorable carta al rey Felipe, inusitado planteamiento de independencia americana” (45). Sin embargo, no se trata de un héroe sin defectos: “Se dice que Aguirre tuvo razón en muchos de sus ideales, en muchas de sus denuncias, en muchos de sus propósitos, pero su incultura, su instinto asesino y, sin duda, su demencia, lo convirtieron en un monstruo de espantosa memoria en las tierras del Nuevo Mundo” (47). Además, Aguirre está representado, al contrario de lo que propone Ispizua, como un hombre codicioso y ávido de gloria personal: Lope de Aguirre “ambicionaba la riqueza del virreinato” (42); “Lope de Aguirre, ya dispuesto a seguir hasta el fin con su sueño de gloria (...)” (43). Por último, se lo llama “el tirano del

⁷⁰ Este cuento infantil, que hemos encontrado en la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile, aparece publicado en “La Nación” que ha sido el diario oficial del gobierno chileno. También es interesante notar que el texto pertenece a la colección “Grandes aventuras que hicieron historia”.

⁷¹ El cuento lleva un subtítulo: *Lope de Aguirre. El Vértigo de la Demencia*.

⁷² Dicho sea de paso, el autor de este cuento expone la misma tesis que Werner Herzog, el realizador de la película *Aguirre. La ira de Dios*, respecto a El Dorado: “Los nativos ya estaban hartos de las rencillas entre los conquistadores, y sabiéndolos ávidos de oro, fomentaron la leyenda del mítico El Dorado” (38).

Marañón” (44), evidentemente aludiendo a las crónicas del siglo XVI. Pero con una resonancia distinta.

El hecho de que la figura de Lope esté presentada de manera ambigua, en términos positivos y negativos, muestra no sólo un cambio de actitud frente a este personaje histórico. De acuerdo con cierta lectura, no podemos evitar de ver en este cuento un paralelo entre Aguirre y el ex-dictador de Chile, Augusto Pinochet. En este sentido, el deseo de mantener viva la “memoria colectiva” del tirano Aguirre a través de los niños puede ser considerado como un llamado a no olvidar los crímenes que cometió el general Pinochet.

IV Una interpretación española posfranquista

Trabajos como el de **Beatriz Pastor** se ubican en el área de la multidisciplinaridad que se ha venido desarrollando en los últimos años y que es capaz de abordar la historia con herramientas literarias y la literatura con perspectiva histórica.

En calidad de profesora y crítica literaria, Pastor se plantea la necesidad de generar en el campo académico un análisis serio y profundo de los discursos sobre Aguirre y los que este mismo produjo. En efecto, en la sección “La crisis de los modelos” de *Discurso narrativo de la Conquista de América*⁷³ (1983), se propone reconstruir, manejando documentos del siglo XVI, la imagen de Lope de Aguirre que se desprende del discurso de las crónicas y de las cartas de Lope. Ella intenta sobre todo recuperar histórica y literariamente la figura de Aguirre haciendo un análisis ideológico de su acto de rebelión y de los textos que éste dejara. Su acercamiento teórico consiste, pues, en analizar desde un punto de vista ideológico y semántico los discursos narrativos de los

⁷³ El libro de Pastor, ganador del premio Casa de las Américas, ha sido muy influyente en los estudios sobre los discursos narrativos de la época de la Conquista.

cronistas y Aguirre, así como evaluar la significación que tuvo la rebelión de éste en el siglo XVI anclando dicho acto subversivo en su contexto sociohistórico.

Primero, analiza las crónicas escritas por los contemporáneos de Lope de Aguirre, poniendo especial énfasis en la del bachiller Francisco Vázquez. Según ella, la figura de Aguirre aparece en la relación de Vázquez como la inversión de los rasgos del modelo del conquistador representado por Ursúa (*Discurso...* 422). Como vimos en el primer capítulo de nuestro trabajo, Pastor nos propone a continuación que esta caracterización de Aguirre está relacionada con un proyecto de autojustificación por haber participado en la rebelión: Vázquez quiere probar así que el único culpable es el monstruoso tirano.

Luego, Beatriz Pastor estudia la fuente cuya validez y autenticidad no se pueden cuestionar: los documentos de Aguirre. Según una tesis que demuestra su gran perspicacia, éstos parecen formar un mismo discurso, arraigado en la percepción de una crisis asociada con “la decadencia de las estructuras políticas, la desintegración de la relación de vasallaje y la degeneración de los valores ideológicos tradicionales” (*Discurso...* 430): Aguirre declara que los representantes de la autoridad real están corruptos; el rey lo abandonó, cancelando así las relaciones de vasallaje que sostenían los modelos del discurso mitificador; además, debido a que la Iglesia católica y la guerra están perdiendo su importancia, se asiste a una liquidación de los valores religiosos y heroico-caballerescos. Entonces, viéndose afectado por esta crisis ideológica, política y social, a Aguirre no le queda otra alternativa que rebelarse (este aspecto fundamental se comentará también en varios artículos posteriores de Pastor) y vengar su honor. Por lo tanto, de acuerdo con Pastor, el rebelde vasco es la reencarnación del cruzado y “el

proyecto de su rebelión es uno de reconquista militar y espiritual de una sociedad amenazada por infieles extranjeros y gentes ruines y sin honor” (*Discurso...* 434).

Como Pastor comentará en sus artículos titulados “Lope de Aguirre the Wanderer: Knowledge and Madness” (1986) y “Lope de Aguirre el Loco: La voz de la soledad” (1988), las cartas de Aguirre muestran una concepción de la realidad que anticipa la conciencia barroca. Veamos los argumentos que emplea para defender esta tesis. El proyecto de Aguirre se caracteriza por la nostalgia de la edad de oro y la imposibilidad del retorno al pasado lo lleva a la desesperación. Así, en sus cartas, describe simbólicamente la expedición como una trayectoria personal que termina con la muerte de los participantes. La presentación de la expedición como una experiencia personal y el carácter igualmente personal e individual de la percepción de la crisis ponen de manifiesto el antropocentrismo creciente del hombre, el cual será un rasgo fundamental del Barroco. En una de las cartas de Aguirre, la identificación entre realidad y conciencia se hace explícita: en un pasaje en que la relación verdadera de la expedición se convierte en relación falsa, queda claro que para Aguirre la verdad ya no radica en la realidad exterior, es decir el marco geográfico, sino en la realidad interior y la percepción atormentada de una crisis radical de valores. Así, la nueva percepción del mundo como vario y cambiante, y la valorización de la experiencia subjetiva implica una redefinición del hombre que más tarde el Barroco llevará a cabo. Al contrario del hombre medieval que estaba integrado en una colectividad, el hombre se siente ahora aislado. Y esta conciencia del propio aislamiento es un rasgo fundamental del discurso de Aguirre (*Discurso...* 444).

Fundamentándose en lo anterior, otra tesis importante de Pastor es que al estudiar los documentos escritos por Aguirre tenemos la impresión de que éste no fue un loco. Se define a sí mismo como peregrino: si nos basamos en la ideología de su rebelión, se trata de un peregrino “nostálgico, retrógrado, anacrónico” (véase el primer capítulo de la tesis); sin embargo, su discurso revela una imagen mucho más contradictoria y lo sitúa entre el pasado medieval y la futura conciencia barroca (Pastor, *Discurso...* 445). Queda claro que Aguirre no percibió la crisis ni su propia alienación de manera racional, “Pero sí se puede hablar de vivencia trágica de la crisis de una serie de conceptos fundamentales - realidad, experiencia, hombre” (Pastor, *Discurso...* 446). Así, el peregrinaje de Aguirre es, como ya mencionamos, de corte espiritual.

En resumidas cuentas, he aquí las razones por las cuales le parece importante a Beatriz Pastor considerar a Lope de Aguirre como un personaje “relevante”:

Históricamente (...) encabezó un episodio de gran trascendencia política e ideológica cuyo desenlace aparece asociado al proceso de emergencia de una conciencia hispanoamericana. Literariamente, la importancia de la figura de Aguirre se concreta en primer lugar, en las conexiones que existen entre su percepción y representación de la realidad de su época y algunos aspectos de la conciencia y estética barrocas que en cierto modo su discurso anticipa; y en segundo lugar en la influencia que su figura ha tenido en numerosas obras posteriores de la literatura española e hispanoamericana (*Discurso...* 427-428)

Desgraciadamente, Pastor no va más allá de este juicio (no explica el por qué de esa influencia), sólo reconoce que Aguirre reaparece en los textos literarios hispánicos.

CUARTO CAPÍTULO

Los procesos de ficcionalización de la figura de Lope de Aguirre en el siglo XX

NOVELAS

Obviamente, la literatura y la historiografía se hacen cargo de lo histórico según normas y reglas discursivas distintas. No obstante, se encuentran en los textos literarios las mismas frustraciones políticas, las mismas reivindicaciones nacionalistas que motivan a los historiadores y ensayistas a disputarse la figura de Lope de Aguirre. Es decir que, desde una perspectiva del análisis del discurso, ambos discursos, el histórico y el literario, responden a unas mismas matrices ideológico-discursivas.

Obviamente, nuestro objeto de estudio es aquí el elemento organizador de las novelas contemporáneas, o sea el elemento fundamental en torno al cual se desarrolla el tejido textual en éstas: el personaje o “héroe”⁷⁴ Lope de Aguirre.

El lector de las novelas contemporáneas sobre Aguirre tiene a su disposición las crónicas “directas” (las de Francisco Vázquez, Gonzalo de Zúñiga, etc.) e “indirectas” (la de Toribio de Ortiguera, etc.) del siglo XVI; las “Historias” de los siglos XVII y XVIII (como las de Fray Pedro Simón y José de Oviedo y Baños); las manifestaciones de admiración de Simón Bolívar en el siglo XIX; y toda la variedad de manuales de historia (o protohistoria), leyendas, películas, novelas, obras de teatro, poemas del siglo XX que

⁷⁴ Mieke Bal, en su libro *Narratology. Introduction to the Theory of Narrative*, dedica un apartado al “héroe”, en el cual propone varios criterios para reconocerlo: “la cantidad de aprobación moral que el héroe recibe del lector” (131), “la atracción de un nombre en el título” (132), “la calificación” (física, moral, etc.) (132), “la distribución” (el héroe está muy presente en la historia) (132), “la independencia” (el héroe puede quedarse solo o decir monólogos) (132), “la función” (la que sólo el héroe cumple) (132), “las relaciones” (el héroe mantiene relaciones con el mayor número de personajes) (132). De notable interés es también lo que Bal comenta acerca de la dimensión ideológica del héroe: ella reconoce “la sospecha de que la elección de un héroe y de las características que se le atribuyen revela una posición ideológica” (132).

se centran en la figura de Lope de Aguirre. Insistimos en que es posible que un lector contemporáneo no conozca todas las obras enumeradas aquí, lo cual determinará su lectura y representación de Aguirre; pero también existe la posibilidad de que el lector haya leído algunas de ellas. Las obras contemporáneas que refieren al rebelde vasco establecen una relación de *interdiscursividad e intertextualidad* doble: por una parte, con los discursos que circulan socialmente en su contexto de producción, es decir en aquellos momentos del siglo XX que mencionamos al principio del tercer capítulo y, por otra parte, con los textos anteriores escritos sobre el mismo personaje histórico. A pesar de que esas nuevas lecturas construidas en el siglo XX contradicen la visión de la “historia oficial” propuesta por los relatos de la época del sistema imperial, éstas son literaria y artísticamente legítimas en cuanto afirman sus verdades en el marco explícito de la ficcionalidad.

También, como explicamos en la parte metodológica, en toda obra ficcional el personaje Lope de Aguirre se desarrolla en torno a los ejes de “lo referencial (remite a una exterioridad)” y “lo discursivo (es construida por el discurso)” (Jouve 50). El Aguirre ficcional es entonces la combinación de, por una parte, su pertenencia al “más allá del texto” (cultura, historia, otros textos y discursos históricos o literarios, etc.) y, por otra, su construcción en la nueva obra ficcional. Así, las novelas del siglo XX conservan ciertos rasgos de la figura de Lope que la hacen reconocible por parte del lector y añaden otros rasgos para crear una versión particular de ésta. Por medio de esta expansión predicativa, cada una de ellas la representa de manera distinta y es justamente este aspecto que será el fundamento de nuestros análisis.

En este capítulo, haremos un estudio detallado de las novelas de Ramón J. Sender y Abel Posse. Hemos elegido estas obras porque nos permiten demostrar cómo dos maneras completamente distintas de abordar la figura de Lope de Aguirre en el siglo XX están al mismo tiempo determinadas por dos posturas distintas ante la historia.

I Una reivindicación vasca

Pío Baroja, el famoso escritor vasco de la generación del 98, hace la primera recuperación (literaria) vasca con su novela *Las inquietudes de Shanti Andía* (1911)⁷⁵. El protagonista de dicha novela⁷⁶, un marino comerciante, escribe, retirado en el País Vasco, las memorias de su vida (20). Puesto que es un descendiente de Lope de Aguirre, una gran parte de su diario está dedicada a este personaje y los demás Aguirre, que son, al contrario de los Andía, “violentos, orgullosos, inquietos” (16). Shanti cuenta que en Lúzaro, el pueblo donde creció, todos se acuerdan del “gran” Aguirre, o sea nuestro Lope de Aguirre, quien se ha convertido en el héroe de una importante leyenda nacional. Sin embargo, no nos detendremos a analizar al Aguirre de esta novela ya que es aquí un personaje *in absentia*. En este pequeño mundo ficticio, está presentado de acuerdo con las denominaciones tradicionales (el “tirano”, “loco” y “traidor”), pero éstas aparecen juntas con cualidades más positivas, que dejan vislumbrar una gran fascinación por este personaje histórico: “La historia de Lúzaro habla, por otra parte, de Aguirre ‘el tirano’, de Aguirre ‘el loco’, de Aguirre ‘el traidor’, del *gran* Lope de Aguirre, como de un antepasado (sería lateral) siniestro e *ilustre* de los Aguirre costeros” (23).

⁷⁵ La edición más conocida de este libro es la de su sobrino Julio Caro Baroja (Madrid: Ediciones Cátedra, 1978), al cual nos referiremos más adelante en este trabajo.

⁷⁶ Esta novela pertenece a la trilogía *El mar*.

El tema del capítulo VI, titulado “Lope de Aguirre, el traidor”, son las “aventuras asombrosas” (64) de Lope de Aguirre. Puesto que Shanti no logra encontrar el viejo manuscrito del libro de familia que en tiempos de su abuela estaba en la sala Aguirreche (lo cual añade un toque de misterio a la historia), Shanti se vale de un libro menos detallado, los *Recuerdos históricos de Lúzaro* de Domingo de Cincunegui, “para dar una idea de mi terrible antepasado” (64). El primer dato que Shanti cita se refiere a la nacionalidad vasca de Lope: “Lope de Aguirre nació en el primer tercio del siglo XVI, y era vizcaíno” (64). Lo que sobresale de este retrato de Lope es su tremenda energía que se desborda y convierte muchas veces en crueldad y locura: Lope “ejecutó (...) actos de una crueldad inaudita” (64); “Era Lope hombre inquieto y turbulento, terco y mal encarado” (64); “su bárbara energía” (64); “el apodo de Aguirre, el loco” (64); “el inquieto Aguirre” (65); “su inútil crueldad” (65); “el feroz vasco, que no admitía reconvenciones” (65); “llevado de su loca furia” (65), etc.

Se puede percibir también una gran admiración por Lope, quien, a pesar de todas las dificultades impuestas por las malas condiciones de la expedición, no se acobardó y siguió guiando a sus compañeros por el tenebroso río del Amazonas: “A la cabeza de sus hombres, subyugados por el terror (...), bajó por el Amazonas y recorrió, después de meses y meses, la inmensidad del curso de este enorme río y se lanzó al Atlántico” (65); “No contaba Lope más que con barcas apenas útiles para la navegación fluvial; pero él no reconocía obstáculos y se internó en el océano. *Lope de Aguirre era todo un hombre*” (65), etc. Además, aquí se da una nueva versión de la muerte del caudillo vasco, la cual completa la construcción de una imagen heroica de Lope: éste, cuando está cercado por sus enemigos y no hay salida, no es asesinado por un soldado del bando del rey, sino que

“mandó a uno de sus soldados más fieles que le disparara un tiro de arcabuz” (66). Este suicidio, de corte romántico, lleva al autor a repetir: “Realmente Lope de Aguirre era todo un hombre” (67). Por último, al final del capítulo Shanti emite un juicio que llegó a ser una de las más famosas citas del siglo XX sobre Lope de Aguirre: “El leer aquellas aventuras de Aguirre me producía un poco la impresión que produce a los niños *Guignol* cuando apalea al gendarme y cuelga al juez. A pesar de sus crímenes y de sus atrocidades, Aguirre, el loco, *me era casi simpático*” (67).

Un elemento fundamental del balance positivo es sin duda la supuesta “hombría” de Aguirre. Pero ¿qué significa “hombría” en este contexto? Según nuestro juicio, es producto de una construcción identitaria vasca y es sinónimo de valor, tozudez, autonomía, fuerza, arrogancia viril, etc.

No es una casualidad que Shanti Andía se exprese en términos tan elogiosos acerca de Lope de Aguirre. ¿Por qué siente Pío Baroja una gran atracción por Lope? Primero, existe un factor de carácter nacionalista: Baroja ama al País Vasco, su tierra natal y centro de la mayoría de sus obras. El que Lope haya sido vasco es fundamental para el imaginario de este escritor. Baroja valora sobre todo la “hombría” de Aguirre, la cual parece ser un elemento definitorio de la identidad vasca. Además, el acto de rebelión de Lope es sin duda visto por Baroja como un paso hacia la independencia de su región, un tema de gran actualidad en aquella época. Así, en palabras del crítico literario Raymond Marcus, “(...) Baroja aprecia en Lope de Aguirre la hombría del vasco, su espíritu de independencia frente al poder central, y lo utiliza además como arquetipo del vasco descarriado por la mala fortuna más que por sus malas inclinaciones” (Marcus 583).

Segundo, es preciso tener en cuenta el factor familiar: Aguirre le recuerda a sus antepasados tan queridos (según Julio Caro de Baroja, “Los Goñi (...) son ‘mutatis mutandis’, los Aguirre de la ficción” [15]). Por fin, existe también un factor de orden histórico: la pérdida de las últimas colonias americanas, el tema en torno al cual se constituye la Generación del 98 (de la que Pío Baroja forma parte) puede ser considerado como un eco del primer acto de “desnaturación” llevado a cabo por Lope. Según Rolando Romero, el rebelde vasco representa también para la Generación del 98 “el espíritu mismo de España (incluyendo sus defectos) sembrado en América” (25).

A pesar de esta valoración positiva, Aguirre funciona aquí como significante ambiguo debido a la sobredeterminación de significados que impide fijarlo plenamente (ver Ernesto Laclau 70).

II Una interpretación poética venezolana

Queremos referirnos brevemente al poema de **Vicente Gerbasi**, *Tirano de Sombra y Fuego* (1955). Al igual que la obra de teatro de Briceño Picón que analizamos en el segundo capítulo, este texto está escrito en homenaje a una pequeña ciudad venezolana (el epígrafe dice: “A la ciudad de Valencia, con motivo de su Cuatricentenario”) y considera a Aguirre como un personaje local. Varias transcripciones de interpretaciones historiográficas y literarias de Lope de Aguirre sirven de introducción al poema: *Hacia el Indio y su Mundo* de Gilberto Antolínez, en que un indígena invita a los viajeros blancos a seguirlo (sin duda hacia El Dorado); un pasaje de la propia carta de Lope de Aguirre a Felipe II; un fragmento de *Lope de Aguirre, el Peregrino* de Casto Fulgencio López sobre la terrible sentencia de Aguirre; dos párrafos de los *Capítulos de la Historia Colonial de Venezuela* de Arístides Rojas, donde se insiste en la

supervivencia de la leyenda popular del Tirano Aguirre. Sin duda, estas transcripciones sirven para introducir el tema principal del poema: la vigencia de la figura de Lope de Aguirre en la cultura popular. A lo largo del texto Aguirre aparece, pues, como un tirano, según la tendencia tradicional. Se mencionan sus crímenes, el parricidio que comete, el espanto que causa en los pueblos, etc. Es un fantasma de la muerte que yerra solo por la naturaleza venezolana y está en todas partes:

Tu muerte está en el recuerdo de la sal.
 Tu recuerdo levanta remos, velámenes de luto,
 tempestades que reúnen cangrejos en las bahías,
 espadas que decapitan funcionarios reales
 sobre desiertas playas de guitarras y maderos.
 Te veo empujando puertas,
 socavando aposentos nupciales de marinos,
 quebrando pequeños espejos de novias,
 maldiciendo a tus soldados que degüellan cabras
 en plazas de datileros. (...) (143-144)

Así pues, se le ve como un huracán violento que viene del mar y como una fuerza de la naturaleza ligada a lo mítico. Tal vez la naturaleza y la historia venezolanas han sido marcadas para siempre por ese fuego inicial de Aguirre.

Aguirre es aquí un signo doble: es a la vez de fuego y de sombra. Los últimos cuatro versos ponen de manifiesto esta eterna co-existencia de sombra (el Mal) y fuego (el Bien) en la figura de Aguirre:

Y tú continuarás, siempre de fuego,
 En busca de tu muerte por llanuras,
 Que, en la sombra inmutable del espacio,
 Verán la luz del número infinito (147)

Como el demonio, Aguirre tiene la capacidad de iluminar. Según esta representación histórico-mítica (y con resonancias bíblicas), siempre será una luz en la

noche, una luz sobre la naturaleza humana que encierra el misterio de la creación (“la luz del número infinito”).

III Una interpretación desde México: Franquismo y exilio

Ramón J. Sender, el anarquista español exiliado en México, publica la novela histórica *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre* en 1964. Esta obra se separa de las corrientes principales que son la reivindicación vasca y la recuperación venezolana⁷⁷ de Aguirre.

A lo largo de nuestro análisis trataremos de contestar estas preguntas: ¿Cómo se construye la figura de Lope en esta novela? ¿De qué manera se establece un “diálogo” entre dicha construcción y el contexto de producción de la obra (el exilio en México y la dictadura franquista)? ¿Cuál es la relación entre esta manera de construir la figura de Aguirre y la postura del autor ante el discurso histórico?

Fijémonos en la primera aparición de Aguirre en *La aventura equinoccial...*:

En otra carta Añasco le decía también [a Ursúa] que cuidara mucho de algunos individuos que llevaba en su armada y que prescindiera de ellos, ‘ya que por diez hombres más o menos no dejará de salir adelante en su jornada’. Le daba los nombres de los soldados que consideraba peligrosos, entre ellos, Lope de Aguirre, Zalduendo y La Bandera. Pero Ursúa no echó de su campamento sino a un soldado que no era ninguno de aquellos tres y sólo por un delito ligero de indisciplina.

(...)

El virrey mismo escribió a Ursúa recomendándole también que echara por lo menos a La Bandera, Zalduendo, Lope de Aguirre, al mulato Miranda y a dos o tres más.

(...)

Uno de los soldados era, como hemos visto, Lope de Aguirre, que solía rodearse de aventureros con historias de sangre, entre ellos un tal Llamoso y otro Bovedo y Figueroa y el mulato Miranda también citado y otras malas piezas, negros o

⁷⁷ Varios intelectuales venezolanos (Briceño Picón, Gerbasi, Britto García, etc.) se apropiaron de la figura de Lope de Aguirre debido a que éste pasó el final de su vida y murió en Venezuela.

blancos. Pero Aguirre era algo más – mucho más - que un pícaro. Los pícaros eran los primeros que lo sabían (55)

Este mismo episodio es relatado en las crónicas de los contemporáneos de Aguirre⁷⁸. Aquí, éste es visto, primero, como un miembro de un grupo de hombres “peligrosos” y sospechosos, capaces de contrariar los propósitos de Ursúa durante la expedición a El Dorado. De hecho, la advertencia que se le hace a Ursúa es una anticipación de los sucesos que marcarán la expedición. Luego, el narrador se centra en Lope, considerándolo como un individuo aparte y de mayor interés que “un tal Llamoso y otro Bovedo y Figueroa (...)”. Al igual que en las crónicas (y muchas obras posteriores, basadas en ellas), está presentado como un amigo de “aventureros con historias de sangre” y “malas piezas”⁷⁹; incluso es amigo de los negros. Sin embargo, las dos últimas frases del pasaje muestran un cambio de postura frente a Lope de Aguirre: se le reconoce la diferencia que lo eleva por encima de los criminales comunes, “era algo más – mucho más” de lo que cuentan las crónicas y otros discursos demonizadores y vituperadores respecto a Aguirre. En efecto, es distinto de los demás, más ambiguo. Este “algo más” irá creciendo a lo largo de la novela de Sender.

Así, a Aguirre lo precede su fama. Pero se crea una suerte de suspenso: si es “algo más”, ¿quién es entonces?

⁷⁸ En la crónica de Francisco Vázquez: desde “Acaeció mucho antes desto otra cosa, de lo cual como testigo de vista hago afirmación (...)” hasta “(...) a los demás llevó consigo, que después le dieron la muerte” (77-78)

⁷⁹ La crónica de Vázquez dice: “era naturalmente enemigo de la virtud, y amador de toda maldad”; “fue siempre amigo de revueltas”, etc. (167-168)

El estudio de la primera aparición de Lope en *La aventura equinoccial...* es importante ya que se trata del arranque a partir del cual el lector irá desarrollando su representación de Aguirre⁸⁰.

Una serie de rasgos y acciones del Aguirre de *La aventura equinoccial...* permiten al lector identificarlo como ese personaje histórico al cual se refieren las crónicas, diccionarios, manuales de historia, etc. Éstos son su nombre, su participación en el viaje desde la tierra de los Motilones (Perú) hasta Barquisimeto (Venezuela), su desdichado aspecto físico (59, 155, 271, 328, ssgg.), el contraste con la figura de Ursúa (80, 82, ssgg.), su carácter ascético (74, 146, 163, 205, 217, ssgg.), las alusiones a su locura (59, 356, ssgg.), su odio hacia Felipe II (306, 325, 329, 338, 352, ssgg.), su odio hacia los frailes (280, 281, etc.), “gobernadores” y “presidentes de audiencia” (353), sus planes de matar al gobernador Ursúa (109, 112, 129, 130, 142, ssgg.) y el príncipe Guzmán (206, 207, 208, 223, 228, 229, ssgg.), los asesinatos que manda cometer y sus justificaciones absurdas (330, 304, 312, ssgg.), su crueldad (297, 312, 312, ssgg.), su violencia (282, 312, ssgg.), su deseo de volver al Perú y desgajarse de España (138, 272), su orgullo de ser un “traidor” (147, 151, ssgg.) o “el peregrino” (328), su voluntad de abandonar la meta de El Dorado (233, 199, ssgg.), su deseo de liberar a los negros (215, 348, 358, ssgg.), la redacción de cartas a Felipe II (339), a Collado (352) y al alcalde de la Nueva Valencia (330), su valoración de la guerra (167, 168, 196, 197, 205, 225, ssgg.), su irritación y vociferación de blasfemias (308, 333, 339, ssgg.), su atracción por el diablo (324, ssgg.), su relación con Dios (335, 339, 356, 358, ssgg.), el final triste de su vida (363, 364), el asesinato de su propia hija (364), su muerte y descuartizamiento (366), etc. Dichos rasgos y acciones hacen que Aguirre sea reconocible, pero lo interesante es que a

⁸⁰ Ver el comentario de Jouve sobre la importancia de la primera aparición del personaje para el lector (50).

veces no estén presentados exactamente de la misma manera que en las crónicas y correspondan a un cierto grado de imaginación. A título de ejemplo, los *veinte reniegos* de Aguirre contra Felipe II (189-190) son una invención; existen unas variaciones entre la carta a Felipe II tal como aparece en la crónica de Vázquez y la que se encuentra en la novela de Sender, etc.

No obstante que percibimos cierta similitud entre el Aguirre de las crónicas y el Aguirre ficcional de Sender, nuestra hipótesis es que *La aventura equinoccial...* aporta una construcción de Lope bastante distinta de las que ya existían en los textos y discursos anteriores. Por lo tanto, nos oponemos al juicio de Mampel González y Escandell Tur, que escriben en el prólogo a *Lope de Aguirre. Crónicas 1559-1561*⁸¹: “Probablemente nuestra generación le deba a Sender el que conozcamos a Lope de Aguirre. Al releerla podemos decir que nada nos aportó después de leer las crónicas. Posiblemente tampoco lo pretendió” (XV).

Según nuestro juicio, la novela de Sender suplementa imaginariamente las características y acciones de Lope de Aguirre, lo cual permite al lector tener una representación nueva de este personaje histórico. Esos nuevos rasgos son tan numerosos que estamos obligados a destacar los más significantes.

Creemos que la estrategia de Sender consiste en rellenar los “vacíos”⁸² o “lugares de indeterminación”⁸³ (Roman Ingarden) dejados por los discursos anteriores. En otras

⁸¹ Gilberto Triviños señala tres ejemplos de las “leves modificaciones” que, según unos críticos (Elena Mampel González y Neuss Escandell, Sid Guillén y Madelaine de Gogorza Fletcher, etc.), Sender incorpora en su novela sin cambiar de manera sustancial la versión de los relatos cronísticos (53-54).

⁸² Jouve usa el término “blancs” (fr.) (31).

⁸³ Tal como Holub explica en la *Encyclopedia...* de Makaryk, “En contraste con los objetos del mundo real, que son siempre determinados, los objetos representados en una obra literaria presentan puntos o lugares de indeterminación (*Unbestimmtheitsstellen*) entre aspectos o dimensiones. Aunque la indeterminación puede tomar distintas formas, ocurre primordialmente cuando es imposible para el lector determinar precisamente un atributo de un objeto particular” (562).

palabras, la ficción en su obra “trabaja” con lo desconocido. Así, el autor completa a su manera la figura de Aguirre agregando datos imaginarios sobre el carácter y unos momentos de la vida de éste que no han sido tratados todavía.

En cuanto al carácter de Lope de Aguirre, cabe señalar, primero, que en este texto hay sistema en su locura. Aguirre tiene un plan claro y específico, que consiste en tomar el poder, cortar los lazos de dependencia respecto al rey y apoderarse del Perú. Insiste siempre en que hay que tener un propósito fijo (“ ‘-El que no tiene una idea maestra está fregado en este mundo’ ” [95]) y de hecho él tiene uno (“La ventaja de Lope era (...) la del hombre íntegro, vibrador como un hilo de acero y encaminado derechamente a un solo propósito con todas sus potencias” [206]; declara: “ ‘-(...) Yo sé a dónde voy y a dónde llevo a vuestas mercedes y nadie podrá apartarme de mi camino’ ” [281], etc.). El origen de la “voluntad decisiva e inapelable” (260) de Aguirre tiene una explicación lógica en esta obra: éste es un resentido por sus defectos físicos (239), el hecho de ser segundón (60, 220) y, sobre todo, el hecho de que está envejeciendo sin haber conseguido autoridad, ni respeto, ni premios. Aguirre se quiere vengar contra lo que considera injusto, pero lo que le mueve particularmente es la “reivindicación” (95-96)⁸⁴. Para alcanzar sus objetivos, el Aguirre senderiano suele desarrollar estrategias (166, 171, 178, 184, 200, ss.). Lo importante es que, al contrario de los discursos tradicionales sobre Aguirre, éste es aquí un personaje que reflexiona mucho (“Seguía Lope cavilando (...) [95]; “Lope escuchaba y hacía sus cábalas” [179]; “Estaba Lope muy ocupado con sus

⁸⁴ Es posible que Ramón J. Sender haya tomado esta tesis de *La Expedición de Pedro de Ursúa...* de Emiliano Jos, libro que reseñó en 1927. “Sin embargo, Sender no se limita a repetir la tesis mencionada, pues recuerda que Aguirre había pasado a las Indias con el deseo de ‘valer más’ y se da cuenta de que el caudillo quería por lo menos ganar fama (...)” (Juan José Barrientos 98). Sobre el deseo de reivindicación de Aguirre en *La aventura equinoccial...*, ver Barrientos (97), Marcus (588), etc.; sobre el resentimiento, ver Gnutzmann (123).

reflexiones” [226], etc.), es un hombre experimentado (125, 353, ssgg. y lúcido. Esto se nota en sus numerosos monólogos interiores. Uno de sus argumentos es indiscutible:

“ ‘Más muertes y peores ha hecho el rey Felipe – repetía – y hay todavía en el campo quien jura por él’ ” (239). En suma, al Aguirre de Sender no le falta la razón: “Ya no llamaban a Aguirre el loco, porque veían que no era la razón lo que le faltaba, sino todo lo demás. Le faltaba todo en el mundo menos la razón. Y él quería apoderarse, con su razón, de todo lo que le faltaba” (114).

Así pues, hay en Aguirre una indudable proyección de la figura del revolucionario (¿una especie de Lenin?) que es el hombre de planes, programas y estrategias, todo lo que se opone a la pura espontaneidad del rebelde que hace gestos que no conducen a nada. Y esa racionalidad es la que deseaba la resistencia antifranquista para organizar a los españoles, es la que usaba ETA en sus principios. Obviamente, el Aguirre senderiano, movido por el deseo de ser un líder revolucionario, es la antítesis del Aguirre mítico de Gerbasi que aparece como condenado a vagar sin rumbo eternamente.

A continuación, veremos que en la novela senderiana se le atribuye a Aguirre toda una serie de otras cualidades morales positivas que son totalmente ficcionales y propias de ella.

Aguirre es aquí un padre ideal. En las crónicas casi no se hace ninguna alusión a su hija Elvira, aparte del episodio en el cual la asesina. La relación padre-hija se va desarrollando en algunas obras ficcionales (por ejemplo, la novela de Otero Silva) y *La aventura equinoccial...* es la primera obra en la que Elvira llega a ser un ser extremadamente querido y fundamental para Lope. El amor y cariño de Aguirre por su hija queda claro en esta novela:

Adoraba Lope a su hija, y sintiendo sus brazos alrededor de la cintura y la cabeza apoyada en su espalda, no podía evitar alguna palabra amorosa. Hay una legítima voluptuosidad de padre y Lope no había pensado renunciar a ella. Así, cuando Elvira le preguntaba si faltaba mucho, él la respondía: ‘Sólo un pequeño trecho, corazón mío’ (72)

Es aquí un padre responsable que cuida a su hija y se preocupa por ella. En efecto, le deja la cama (67) y los mejores aposentos (328), le consigue un espejo (102), le lleva alimentos (93, 99, 116, 362), sale con ella a dar paseos matinales (169, 179), etc. A veces actúa de manera estricta y severa con ella (294, 332, 345, ss.), tal vez porque le importa su educación. Admira sobre todo su inocencia (134); de hecho la considera como una niña pura, parecida a la Virgen María. En resumidas cuentas, Elvira es lo único que cuenta para Aguirre: “ ‘Mi hija – se decía – es lo único que tengo yo en mi vida y fuera de ella todo lo demás es sangre, mugre, vergüenza e injusticia’ ” (94).

Lope de Aguirre también respeta la maternidad: según él, “ ‘(...) es lo único sagrado en cualquier tierra y tiempo y lugar’ ” (203). Además, valora la nobleza: refiriéndose a él Pedrarias de Alместo se atreve a declarar que “ ‘Hay un rincón limpio en su conciencia, y en él admira Lope cualquier forma de nobleza. Antes mata a un amigo suyo bellaco que a un enemigo noble’ ” (337). De hecho, dicha valoración de la nobleza es lo que lleva a Aguirre a trabar lazos de amistad con Pedrarias. Aguirre es capaz de creer en la amistad y ser leal a un amigo, pero sólo si éste reúne las cualidades de un noble medieval de la Edad Dorada: “Consideraba Lope a Pedrarias como *un ser de otra especie, con su buen estatura, su cabeza noble, sus letras, su falta de envidias y de rencores*. ‘Éste es – uno de esos hombres nacidos para ser estimados en el mundo’. (...) sentía Pedrarias en él un aura de *amistad segura y sin sombras*, más fuerte que los riesgos normales de discrepancia” (135), etc. Cuando Pedrarias deserta con Alarcón, Aguirre se

queda extremadamente “desmoralizado” (332-333) y “dolido” (338); “preguntaba si había noticias de Pedrarias” (335), “pensaba en ellos constantemente” (336), se pregunta qué mal le ha hecho a Pedrarias (338); y al volver los dos traidores al campo, Aguirre hace matar a Alarcón, pero hace curar la herida de Pedrarias (338), al cual no toma preso (345); Aguirre incluso perdona a Pedrarias, aunque sea una “locura” (360). Según él, Pedrarias es la única persona capaz de salvar a su hija, tomándola por esposa, pero después de que dicho amigo los traicione “ ‘por segunda vez y esta vez para siempre’ ” (361), Aguirre mata a su hija y le echa la culpa de este asesinato a Pedrarias⁸⁵. Aguirre creía en la amistad (“ ‘soy de los pocos que saben estimar una amistad’ ” (123), etc.), pero no en cualquier tipo de amistad (“ ‘-Creía en la amistad: en la amistad de los valientes con los hombres de entendimiento’ ” [332]). Su relación de amistad con Pedrarias es uno de los elementos fundamentales que permiten al lector observar que el Aguirre senderiano es, a pesar de sus defectos, un ser admirable, dotado de características positivas. Pero al mismo tiempo Aguirre se equivoca porque se proyecta en un mundo tradicional en el cual confía y no debería confiar (puesto que ya no hay nobles medievales).

Sin embargo, Aguirre es también, en la novela de Sender, un personaje pintoresco y a veces ridículo. En algunas ocasiones, Aguirre se encuentra involucrado en situaciones absurdas: por ejemplo, en cierto momento de la expedición no puede pensar en otra cosa que el colchón que Zaldueño ofreció a doña Inés a pesar de las instrucciones del día anterior (214); más tarde, su tentativa de fundar la ciudad Elvira se ve como un acto completamente ilusorio (243); además, al ver que una mestiza de la expedición está a

⁸⁵ No es de extrañar que el Aguirre senderiano mate a su hija: *La aventura equinoccial...* adopta un modo realista de acercarse a la historia. Puesto que este asesinato es relatado en las crónicas del siglo XVI, no podía ser ocultado aquí.

punto de parir, ordena que se queden allí para escribir el nombre del recién nacido en la declaración de nacimiento de la futura ciudad “y con esa declaración tomara más cuerpo y realidad la existencia de la nueva urbe” (235), pero resulta que esta mestiza no es casada (235), ni sabe quien es el padre (235) y se define a sí misma como “puta” (236). Hay, pues, un bastardeo de lo fundacional que se refiere tal vez a la realidad latinoamericana.

El aspecto más perceptiblemente ridículo de Aguirre es su apariencia física: por ejemplo, se dice que en cierta ocasión,

Pidió Lope a un indio que le diera aquel líquido y se frotó las barbas y el cuello. Pero sus barbas quedaron como pasadas por lejía, a trechos color castaño, a trechos grises, y en algún lugar, de un tono rojizo desteñido, lo que añadió a la figura del vasco una particularidad nueva. Parecía, cuando estaba inmóvil (durmiendo una de sus siestas de gato, recostado contra la obra muerta del bergantín, sin soltar el arcabuz), una vieja talla de madera que espera ser repintada (255)

Además, Aguirre tiene aquí, al igual que en los libros de Ispizua y Caro Baroja, un marcado sentido del humor. En efecto, le gusta contar chistes y anécdotas a sus amigos (77, ssgg.). Pero en general, su humor es negro y ligado a la muerte y en otros casos también hay una aparición de un humor sexual (“ ‘Pero ¿queréis ver una coñori? Aquí está, bien desnuda y tendida la tienes en tierra. ¿No te apetece?’ ” [250]), etc.

Por fin, como ya hemos mencionado, ciertos momentos de la vida de Aguirre relatados en la obra de Sender son puramente ficcionales y propios de esta novela. Primero, cabe señalar que no se sabe nada de la vida de Lope de Aguirre antes de su viaje a las Indias y, por lo tanto, muchos novelistas, entre ellos, Otero Silva, han imaginado su infancia en Oñate. En *La aventura equinoccial...*, es el propio personaje Aguirre quien cuenta sus primeros años, destacando la falta de amor entre los miembros de su familia:

En la edad menor fui como tantos otros y aun peor, porque mis padres me consideraban la vergüenza de mi familia y querían meterme en algún barco y echarme a la mar. Esto lo digo más por mi padre, que los otros andaban siempre tratando de salvarme si podían, especialmente mi madre, pero como estaba tan arrinconada y acoquinada, poco caso hacía nadie de ella si no era en la iglesia, adonde llevaba aceite y cera y vestidos para los santos en las grandes fiestas (60)

Aquí, Aguirre habla como dolido, no como el “macho” que la cultura vasca valora. Este resentimiento puede ser visto, según nuestro juicio, como una explicación del esfuerzo que Aguirre hace por ser un padre ideal.

Además, como tampoco se sabe por qué Aguirre ya tenía fama de loco antes de su participación en la expedición, en la novela de Sender se inventa un motivo cómico: se cuenta que cuando nació su hija, salió a avisar al cura y, habiéndose olvidado de este asunto por el camino, se fue a beber con un amigo. De hecho, “A veces perdía la memoria de lo más inmediato, aunque se acordaba muy bien de hechos ocurridos en su infancia y en su juventud. Por otra parte, solía decir que leía las intenciones más secretas de los otros y lo explicaba con ejemplos a veces inquietantes” (60).

En cuanto al narrador, él muestra su distanciaci3n respecto a Aguirre mediante la ironía, impidiendo la completa identificaci3n del lector con el personaje. Por ejemplo, cuando Aguirre y Pedrarias se preguntan si “Jesús tenía camisa en el portal de Belén”, el narrador comenta: “Pedrarias y Lope se pusieron a discutir aquel importante asunto (...)” (135). Queda obvio que el narrador se burla de las preocupaciones de Aguirre. No obstante, no se trata de una ironía condenatoria, sino de una ironía que expresa cierta empatía afectiva con el personaje.

Por fin, en *La aventura equinoccial...* no existe una sola voz narrativa, sino una variedad de voces. De acuerdo con la tesis principal de Gilberto Triviños, *La aventura*

equinoccial... es una novela polifónica, en la cual dialogan distintas “voces discordantes” que representan *opiniones* relativas y contradictorias:

Esa singularidad [de la novela de Sender] (...) reside (...) en la elaboración textual que convierte el relato senderiano en un espacio narrativo en el que el *ritmo en contrapunto* de las voces novelescas, la estética de la impersonalidad y la proliferación de los *dobles* de la violencia permiten el triunfo de la imaginación dialógica, de la sabiduría de la incertidumbre (Kundera 1987), sobre las formas de imaginación (cronística, épica, psiquiátrica) que inmovilizan en Lope de Aguirre (...) los signos de la negatividad absoluta” (43)

Pero, según nuestro juicio, en este comentario falta el énfasis que Bajtín pone en la ideología como parte de la polifonía. No hay que olvidar que la polifonía se refiere ante todo a un diálogo entre distintas posiciones ideológicas (o visiones del mundo). Y en el sentido de que la ideología es valorativa, participa del proceso de definición del personaje, como nuestro análisis ha intentado demostrar.

Lo que se desprende de nuestro análisis es que en *La aventura equinoccial...* el personaje Lope de Aguirre es equívoco, ambiguo, difícil de definir, dotado de diversas cualidades y defectos, humano y misterioso, etc. y el lector se puede identificar con él hasta cierto punto. Así, en términos de Gilberto Triviños, la novela de Sender es un intento de erosionar la representación demonizadora del rebelde obstinado” (8). Para el escritor español no existe una Verdad, transmitida por la Historia, sino una variedad de “opiniones”⁸⁶ sobre Lope de Aguirre y cualquier otro tema.

⁸⁶ “Ramón J. Sender el exiliado español según el cual el discurso histórico no narra la realidad de lo que fue sino los testimonios interesados que dejaron las clases dominantes, funda en 1964 la percepción de esa misma empresa marañona como antiepopéya cuyo relato exige lo que Kundera llama la *sabiduría de la incertidumbre*, esto es, la sustitución del lenguaje ‘apodíctico y dogmático’ de las crónicas por el lenguaje de ‘relatividad y ambigüedad’ de la novela: ‘Ya sabemos que no hay valores absolutos y que yo no puedo ni puede nadie ofrecer, por lo tanto, verdad alguna. Cada uno de nosotros puede tener y tiene opiniones y cultivarlas y difundirlas. La verdad no es mía ni ha sido nunca de nadie, y en materia de humanidades letras y materias de interpretación histórica o actual o profética nadie puede hablar de verdades, sino de opiniones’ ” (en Triviños 42-43)



Queda claro que los matices y zonas grises son centrales en la novela de Sender. De hecho, se trata de una *antiepopeya*⁸⁷, como lo sugiere el subtítulo, pero ésta no es considerada en términos de inferioridad o superioridad con respecto a la epopeya. Dependiendo de la perspectiva, incluso puede ser equivalente a la epopeya. El rasgo genérico define la construcción del héroe y de su grupo.

Así pues, a pesar de todas las innovaciones que incluye en su novela, Sender se aproxima al discurso histórico desde una postura realista y su obra es una novela histórica tradicional⁸⁸. Estamos de acuerdo con Rita Gnutzmann cuando escribe que “La obra de Sender, con respecto a su estructura y las técnicas narrativas e incluso a la actitud hacia el personaje histórico, es mucho más tradicional que la de Otero, aunque ello no quiere decir que la de éste sea más verídica” (116). No obstante, discrepamos de sus opiniones cuando ella, cegada por su preferencia por la novela de Otero Silva, escribe que “el narrador senderiano (...) espiritualmente se acerca más al cronista ‘impasible’ ” (116).

En *La aventura equinoccial...* no existen referencias explícitas al contexto sociopolítico de la obra porque ella se mantiene dentro del canon realista y respeta (o intenta respetar) las convenciones del Universo ficcional, las cuales se rompen con el postmodernismo (ver *Daimón* de Abel Posse). Sin embargo, podemos detectar varias alusiones implícitas a los guerrilleros de esa época. Por ejemplo, Aguirre tiene ciertos puntos comunes con el modelo revolucionario del Che: un hombre frío, pero con una gran

⁸⁷ “¿Por qué ‘antiepopeya’? Según las definiciones clásicas, la epopeya es una serie de acciones heroicas y maravillosas que tienen por objeto aventuras que pasan de las fuerzas habituales de la naturaleza humana y se complacen en la ficción. Pues la aventura de Lope de Aguirre es todo lo contrario. Aguirre y sus compañeros son individuos nada favorecidos por la suerte, vencidos todos por otras fuerzas naturales o humanas. El jefe es el peor de todos, física y moralmente venido a menos, un individuo cuya desgracia no es conmovedora para nadie, en fin todo ‘uno de esos héroes de la antiepopeya’ (21)” (Marcus 587)

⁸⁸ Ver el primer capítulo de *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992* de Seymour Menton. En general, se considera que la novela histórica tradicional, que sea de tendencia romántica, modernista, criollista o existencialista, es caracterizada por su respeto al texto histórico y las investigaciones hechas por los historiadores, y por el uso de la representación realista.

capacidad de amor⁸⁹. También podemos vislumbrar que la revisión que se hace aquí de la actividad “civilizatoria” y colonizadora de los españoles no está desvinculada del proceso de difusión de los grandes mitos de la Hispanidad por parte del general Franco. Aquí, la Conquista es vista como una empresa difícil, destinada al fracaso. En cuanto a los Conquistadores, son la antítesis de los *almogávares*, la raza idealizada por Pedro en la película *Raza* cuyo guión fue escrito por Franco (ver el tercer capítulo): “ ‘(..) la flor de la raza española, firmes en la batalla, ágiles y resueltos en cada maniobra. Su valor no ha sido igualado en la historia de ninguna otra nación’ ” (en D’Lugo 18). En efecto, los miembros de la expedición al Dorado están representados en la novela de Sender como hombres débiles, miedosos, desilusionados, vulnerables e inútiles.

Por un lado, creemos que para nuestro escritor español “de ideas ácratas” (Gnutzmann 128), Aguirre representa un revolucionario que defendió la causa de los guerrilleros o un anarquista que luchó, como él mismo, contra el régimen autoritario de España. Por otro lado, también es posible que Aguirre sea considerado como un “caudillo” (240, 269, 272, 279, 288, ssgg.) o uno de los numerosos dirigentes modernos que se apropiaron de la violencia para resolver los conflictos o adquirir cierta forma de poder⁹⁰. Desde esta perspectiva, Aguirre es condenable.

Aguirre es de nuevo un signo ambiguo: tanto se puede identificar con el anarquista o leninista disciplinado como con el jefe autoritario y dictatorial, o sea un caudillo del siglo XIX latinoamericano.

⁸⁹ Ver *El socialismo y el hombre en Cuba* de Ernesto Che Guevara.

⁹⁰ “(...) Estos actos y el intento de eliminar a los enfermos y débiles por su poca aprovechabilidad recuerda los propios métodos de los nazis” (Gnutzmann 124). Es esta vertiente que retomará más tarde Herzog. Proponemos otra hipótesis, según la cual Aguirre adelanta a los caudillos del siglo XIX latinoamericano que manejaron el poder dentro de la tradición política de este continente.

IV Una interpretación latinoamericana tradicional

Queremos mencionar la novela *El camino de El Dorado* (1968) del escritor venezolano **Uslar Pietri**, en la cual se expresa una visión tradicional de Lope de Aguirre, basada en las crónicas. En este texto el rebelde vasco considera su expedición como una misión solemne que tiene que llevar a cabo en medio de una naturaleza inhóspita y cruel. Se va enloqueciendo porque lo afecta la selva. Entonces, aquí hay una semejanza con las novelas mundonovistas, “una corriente que postulaba la creación de una literatura americana, autóctona” (Goic, *Historia y crítica...* 549) y buscaba demostrar que el medio (el suelo americano) determina las conductas del personaje (ver *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes, *La vorágine* de José Eustasio Rivera, *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos, etc.).

No trataremos aquí de esta interpretación puesto que nos interesa entrar directamente en el estudio de la producción literaria de fines de los 70.

V La interpretación latinoamericana independentista

Los años setenta en América Latina están marcados, como es consabido, por la sobrevivencia de numerosos movimientos guerrilleros que se han ido intensificando desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Esta ola de luchas armadas, que condujo al triunfo de la revolución cubana en 1959, genera en el campo intelectual un debate sobre el sentido de la acción de los rebeldes revolucionarios.

Este fenómeno, junto con la aparición de múltiples golpes militares (en Brasil, Chile, Argentina, etc.) y el consiguiente fracaso de la democracia, contribuye a producir un quiebre ideológico en América Latina, con el cual se pierde la credibilidad de la

historia. Como parte de este cambio, surge un debate acerca de la renegociación de la relación entre historia narrativa y ficción (por ejemplo, en su famosa *Metahistoria* de 1973 Hayden White insiste en el carácter ficticio del discurso histórico dado que los historiadores textualizan los eventos a través de fórmulas retóricas y narrativas que producen un “surplus” ficcional). Así, los intelectuales latinoamericanos de los sesenta y setenta están conscientes de que el relato histórico del siglo XIX (por ejemplo, las novelas históricas del famoso Walter Scott, quien tenía un enorme respeto por la historia) sirvió al sistema de educación y era perceptiblemente represivo. Además, tal como sostiene Seymour Menton en *La Nueva Novela Histórica, 1979-1992*, la aproximación de la celebración del quinto centenario de la llegada de los españoles a América también estimuló un cuestionamiento de la historia oficial (49).

Es en este contexto ideológico que se publican *Daimón* (1978) del argentino **Abel Posse** y *Lope de Aguirre. Príncipe de la libertad* (1979) del venezolano **Miguel Otero Silva**. Puesto que, tal como suponen los sociocríticos, todo texto literario responde en gran medida a la hegemonía discursiva de su época (horizonte de expectativas), las dos novelas adoptan las convenciones literarias e históricas al uso en el momento de su producción. Más concretamente, según nuestra hipótesis, estas obras se plantean cuestionar el discurso de la historia oficial acerca de Lope de Aguirre, quien fue una de las figuras más repudiadas por el sistema discursivo hegemónico de la época de la Conquista, con el fin de crear una nueva versión, tal vez tan ficcional como las anteriores, pero más creativa y legitimadora.

Sin embargo, las dos obras difieren en su tratamiento del discurso histórico. Mientras *Daimón* es considerada por Seymour Menton como una Nueva novela histórica

(13), la novela de Otero Silva es, de acuerdo con el mismo Menton (21), una Novela histórica más tradicional (aunque nosotros la presentaremos como una obra de transición).

En efecto, en *Daimón* se rompe con toda la tradición historiográfica y literaria sobre Aguirre y con las reglas de la Novela histórica (más tradicional). *Lope de Aguirre. Príncipe de la libertad* es una obra más seria, trágica⁹¹ y, sobre todo, respeta el anclaje histórico de Aguirre; pero, según nuestro juicio, hay ciertos “juegos” en esta novela que son más propios de la Nueva novela histórica.

Por las razones descritas arriba, nos parece interesante analizar en profundidad la novela de Abel Posse. La tesis que trataremos de defender es que esta obra tiene muchos rasgos postmodernos. Esta idea, que sepamos, no ha sido comentada todavía por la crítica literaria.

El *incipit*, objeto de estudio privilegiado por los sociocríticos, indica al lector que la novela funciona en otro orden que las obras anteriores sobre Aguirre. Y por lo tanto rompe con el horizonte de expectativas si es que el lector conoce las reglas de género de las novelas anteriores. En las primeras páginas se está presenciando la creación de América. Tal como sugiere Romero, “La América de Posse figura el principio caótico pre-paradisiáco, es la epopeya del principio del mundo, cuando el ciclo de leyes cósmicas ‘parecen recién establecidas’ (Posse 13)” (24). En este espacio están reunidos Aguirre y sus Marañoses, pero ellos están muertos y están empezando una nueva vida más allá de la muerte.

A partir de este momento, Aguirre y sus Marañoses irán viajando por América y por los siglos hasta nuestros días (los años setenta del siglo XX), condenados a vivir y a

⁹¹ Ver la recurrencia a formas dramáticas cuyo contenido se asemeja a las antiguas tragedias griegas.

vagar por el continente (lo cual tiene paralelos con el poema de Gerbasi por este hecho y su raíz mítica), a diferencia de las obras anteriores en las que el viaje de Aguirre se limita al Amazonas y al periodo de 1559-1561. Además, los sucesos históricos ocurren aquí al revés: el 12 de Octubre de 1492 Europa y los europeos son descubiertos “por los animales y hombres de los reinos selváticos” (28). Esta manera particular de manejar la historia se encuentra con frecuencia en la literatura postmoderna: tal como sostiene McHale, ésta

(...) trata de poner en primer plano sus costuras ontológicas transgrediendo sistemáticamente las reglas del género. En ella, hechos familiares son contradichos sin ningún tacto — Colón descubre América un siglo más tarde, Felipe II de España se casa con Isabel de Inglaterra, etc.— y el mundo proyectado es gobernado por normas fantásticas (17)

Centrémonos ahora en la figura del Aguirre de Posse. Los principales elementos que lo hacen reconocible son su nombre, los recuerdos de su infancia en Oñate (31, 256, ssgg.), su vejez (su sobrenombre es “el Viejo”), su odio a todos los reyes (30, 99, ssgg.), oidores o curas (186, 266, ssgg.), su fuerte deseo de traición y rebeldía (133, 268, ssgg.), su crueldad (77), su sed de poder (267) los sentimientos de horror y terror que inspira (78, 79), su plan de levantar a los negros y adueñarse del Perú (84, 187, ssgg.), su relación con el Demonio (30, 135, ssgg.).

Más allá de estos pocos rasgos, el Aguirre de Posse, al igual que el típico personaje novelesco postmoderno, es apenas diseñado. En realidad, no obedece a principios de causalidad y consistencia⁹². Según William Spanos, el posmodernismo rechaza precisamente estos dos principios:

⁹² Sin embargo, algunos de estos procedimientos, tal como “la discontinuidad y fragmentación del personaje” (Szegedy-Maszák 42) tienen un origen anterior al periodo llamado postmoderno. Además, de acuerdo con Malcolm Bradbury (“Modernisms/Postmodernisms”), existen varios modernismos y posmodernismos.

No es ... un accidente que el paradigma-arquetipo de la imaginación literaria ... postmoderna sea la historia anti-detective (y su análogo anti-psicológico) cuyo propósito formal es evocar el impulso de “detectar” y/o psicoanalizar con el fin de frustrarlo violentamente negándose a solucionar el crimen (o encontrar la causa de la neurosis) (Spanos 1972: 154). Para Spanos y los demás que usan la misma terminología del anti-detective, por ejemplo Michael Holquist (1971), la caracterización postmoderna se niega explícitamente a someterse a la causalidad psicológica y presenta a los personajes como seres imposibles de conocer (Hans Bertens 139-140)

Además, en cierto momento Aguirre hace un comentario (muy propio de las novelas posmodernas) sobre la incapacidad de encerrarlo en una definición: “¿Soy Lope de Aguirre? ¿Yo? No: no hay pruebas, ¿quién se atreve a testimoniar? Lope ¿cuánto...?” (139). Así, este personaje tiene aquí una “identidad” fluida y fragmentada.

Ahora bien, ¿por qué Aguirre se llama “daimón” en esta novela? Se sabe que daimón es el *etymon* griego del término demonio. En este sentido el término “demonio” significa “repleto de conocimiento”. El término “daimón” significa “poder divino, sino o dios”. Daimones eran considerados en la antigüedad griega como espíritus intermediarios entre los hombres y los dioses. Los daimones buenos (“eudemonios”) eran vistos como espíritus guardianes; los malos (“cacodemonios”) despistaban a la gente. Sócrates dijo que tenía un daimón que siempre lo prevenía contra un peligro, pero nunca dirigía sus acciones. Según él, su daimón era más preciso que las otras formas de divinación de la época⁹³.

¿Por qué decide Posse crear una asociación entre el “daimón” griego y Lope de Aguirre? Por supuesto, es una forma de establecer un vínculo con la demonización de Lope en la cultura hispánica desde el siglo XVI. Pero ¿por qué se lo llama “daimón” y no “demonio”? ¿Intenta Posse rescatar a su personaje? ¿Será Lope entonces un ser

⁹³ Para el término “Daimón” ver <http://www.fundacionkonex.com.ar/aposse.html>

intermediario entre los seres humanos y los dioses, con poderes adivinatorios? Sin duda Posse confronta la versión puramente demonizadora de la cultura católica que configuró al primer Aguirre con el nombre griego de este demonio ambiguo. Además, la utilización del nombre de las cartas del tarot para titular los capítulos intensifica la asociación con la figura de Aguirre como una de las arcanas del acto fundacional en la que se vislumbra el destino histórico de América. Simultáneamente, en su papel de mensajero, gracias a su capacidad de desplazarse en el tiempo y el espacio, tiene la misión de prevenir al hombre moderno contra los peligros de la civilización actual.

El Aguirre de Posse es ante todo un hombre “primitivo”, que no forma parte de la “civilización” occidental. Es un gran amante y defensor de las fuerzas básicas de la Vida (el sexo, el amor, el cuerpo), mientras que en las crónicas y textos más tradicionales era un asceta que rechazaba toda forma de placer. Es un hombre sensual que goza increíblemente los amores carnales y espirituales. Sus impulsos más vitales suelen ser inspirados por el Demonio: “El Demonio del desafiar. O sea el lujo de la rebeldía. El Demonio le había mostrado que era el único camino para descolgar el Paraíso sobre la Tierra. ¡El cuerpo! ¡El cuerpo y el ahora!” (31). Lo libera el amor y el sexo. Además de la pasión que siente por Inés de Atienza y su hija Elvira (mantiene una relación incestuosa con esta última), dos mujeres opuestas lo detienen: Sor Ángela, una mujer-ángel, y la Mora, una mujer-demonio. Cuando decide ir en búsqueda de la monja-virgen, exclama: “Me voy enamorando, ¡oh Sor Ángela! ¿Cómo pudo haber perdido sin ti todos estos años? ¡Oh amor, amor de palma y de paloma! (...) ¡Alegría de la pura voluntad de vivir!” (136). La consiguiente escena erótica es explosiva y apasionada. Mucho más tarde, hacia el final de la novela, cuando Aguirre se encuentra con la Mora por última vez, siente

renacer el ardor amoroso y sexual: “Ahora el corazón sacudiendo y repartiendo energía como un dínamo loco. Latidos como trompadas. Conmoción del deseo y del amor (...) Aguirre no podía creerlo: estaba otra vez instalado en medio de la vida, pisando fuerte y la Mora delante” (262).

Para burlarse de la frigidez propia de la literatura más tradicional y seguramente para provocar al lector, Posse suele llenar las relaciones sexuales de sus héroes (por ejemplo, el Colón de *Los perros del paraíso*, etc.) con detalles explícitos y escabrosos, provocando cierto “voyeurismo” por parte del lector. Pero es así también que se traduce el deseo de ofrecer una visión de América como una tierra de sexualidad desatada.

Además, la intrusión en la vida íntima y erótica de los héroes históricos, y “el énfasis en las funciones del cuerpo” (Seymour Menton 44), son constantes de las Nuevas novelas históricas postmodernas (Ver *Vigilia del Almirante* de Roa Bastos o *El largo atardecer del caminante* del propio Posse). Sirven sin duda para “desfetichizar” a estos personajes presentándolos como seres humanos desligados de su puro rol como agentes históricos a través de un énfasis en la sensualidad.

Aguirre es excluido de la “civilización” también porque es un residuo del viejo orden colonial. Así, al ser trasladado al siglo XIX, a la época de la euforia republicana al estilo europeo, el conquistador fracasado se siente completamente distinto de los demás. De hecho, considera la nueva República formada por sus Marañoses “como una tía enferma, de la que sólo cabe esperar lo peor, el desenlace fatal” (169). No entiende los nuevos estilos en boga, ni los nuevos sonidos, las nuevas costumbres, el nuevo orden de prestigios, los nuevos medios de comunicación (los diarios), etc. Cuando va a un “souper musical” donde su hija Elvira, su sentimiento de marginalidad se intensifica: “El Viejo

empezaba a sentirse desplazado. La noche que se había iniciado con alegría de vivir se arruinaba en sentimiento de exclusión” (183); por fin, es considerado como “un abuelo cretino que tiene hartos a todos” (186).

El hecho de sacar a Lope de Aguirre de su anclaje histórico y colocarlo en una República naciente, violando la Historia, permite cuestionar el proyecto republicano del siglo XIX latinoamericano. El discurso hegemónico de la época sobre el progreso y la igualdad resulta superficial y retórico: en realidad, los personajes liberales de la novela (Elvira, Gutiérrez, etc.) no aceptan que los indios sean considerados como seres iguales. Por ejemplo, Doña Elvira explica a su padre por qué no se ve ningún indio en su fiesta:

¡Son tan tímidos! Lo pasarían mal en una reunión de alcurnia, ¿para qué incomodarlos? Son igualísimos, no lo niego, pero un poco huachafos... Además con los nuevos salarios prefieren trabajar a destajo, no hay que negarles la libertad que tienen para elegir hacerlo. Trabajan sin descanso, llenos de ambición, en el secado de los pantanales. ¡Los tiempos han cambiado, tatita! (178-179)

Además, los republicanos en *Daimón* suelen ser “serios y aburridos” (182).

Lope de Aguirre reacciona contra su situación de exclusión rebelándose a su manera: libera a los animales y sale por la puerta de los negros (187). Aguirre no es un ser de cultura, sino de naturaleza. Es significativo que hacia el año 1938 éste asista a una conferencia organizada en medio de la selva por todos los animales y plantas despojados con el fin de tratar de los daños que causa la civilización de los blancos.

Nuestro rebelde es usado para criticar la civilización (europea o norteamericana) en otras ocasiones. Por ejemplo, al final de la novela, cuando Aguirre se encuentra en la era contemporánea, él hace mofa de los turistas con la Mora: “Se marearon con alegría, burlándose de las manadas de turistas recorredores de ruinas (...) Con alegría y risa, se estaban despidiendo de esa civilización municipal, con sus hombrecitos transformados en

sombras temerosas, amaestradas” (268). En cuanto al narrador, él destaca la omnipresencia del imperialismo americano usando términos como “Yacht Club” (244), “American Express” (246), “blue jeans” (260), “hippies” (260), “Sears” (268), “Associated Press” (270), etc.

Así, Aguirre se asemeja más a los “primitivos” de América que a los hombres “civilizados” de España. Posse transgrede de nuevo el discurso de la Historia presentando a Aguirre como un ser americano: “Por primera vez en sus largas vidas se sintió americano. Al menos con ese rencor del americano y ese cierto orgullo vegetal y paisajístico (...)” (100).

Su americanidad está estrechamente ligada a su necesidad constante de rebelarse. Cuando Posse lo traslada a la época más actual, los años setenta del siglo XX, Aguirre se convierte en un guerrillero americano (¿comunista?) que es torturado por las fuerzas armadas. Obviamente, la concepción de Aguirre como un eterno rebelde americano hace posible una identificación de él y sus Maraños con los revolucionarios Castro y Guevara y sus compañeros. Hacia el final de la novela, Aguirre siente de nuevo “el ansia de la acción, de la partida” (267) y sale a entrenarse para “recuperar la forma” (267). Para él, la rebeldía tiene un sentido político y existencial. Aunque el rebelde se muere al final de la novela, se insinúa que su espíritu seguirá viviendo en los demás (270). Se nota, pues, que el Aguirre de Posse actúa de manera imprevisible (al igual que muchos personajes posmodernos): después de ser un residuo del antiguo régimen, llega a ser un rebelde activo.

¿Por qué se presenta a Aguirre como un revolucionario/rebelde americano? Es fácil ver aquí una referencia a la caracterización esencialista de América Latina como

tierra de rebeliones. El mismo Aguirre declara que su alzamiento es “el eterno alzamiento de América” (99). Así pues, el Aguirre de Posse representa la semilla de la rebelión americana, que continúa viva hasta nuestros días en los movimientos revolucionarios. Tal como sostiene Romero, “El Lope revolucionario de Posse, unido a su mitificación como espíritu de América, señala quizás que el verdadero sentido americano se conjuga en la rebelión” (26). Es más, sus constantes traiciones, decepciones y rebeliones a lo largo de su viaje ficcional por la historia de América pueden ser consideradas como un símbolo de la búsqueda de una identidad americana a través de los siglos (ver Romero 23). Además, representan, según nuestro juicio, la importancia de adoptar una postura crítica ante el discurso histórico oficial en América Latina. Por ejemplo, cuando Aguirre se rebela por primera vez (contra sus Maraños), se refiere a la necesidad de despojarse del pasado y de la “historia” convencional: “Romper la cadena de lo siempre-mismo. Descargado del pasado y todo su prestigio y su peso” (139).

El final de *Daimón* es marcadamente posmoderno ya que corresponde a un proceso de desmitificación y banalización total (sobre este rasgo postmoderno, ver Szegedy-Maszák 41): Aguirre se muere en un restaurante por haber tragado el huesito de la suerte, después de escuchar un chiste insignificante (269).

En suma, *Daimón* es una revisión radical de la actitud que se debe tener ante la historia. Para Abel Posse, la historia no es un discurso privilegiado; el autor puede modificarlo libremente, guardando siempre algunas características que hagan reconocibles a los personajes de cultura. Esta forma de aproximarse a la figura de Aguirre desde la ficcionalidad es, pues, mucho más original que la que se encuentra en la novela de Ramón J. Sender.

El autor de *La aventura equinoccial...* adopta un método más realista y tradicional (casi decimonónico) puesto que respeta las coordenadas de la historia convencional. Para él, el discurso histórico es legítimo. En su novela histórica sólo quiere explicar algunos sucesos, dar “opiniones”. En cambio, tal como hemos visto, Abel Posse destruye y bombardea el discurso histórico. Desde una perspectiva posmoderna, “revisita” el pasado con una actitud lúdica⁹⁴, mostrando que existen múltiples verdades posibles. En su novela el personaje Aguirre es como un signo vacío que se va llenando con la imaginación. En este sentido, la práctica de Posse se acerca al realismo mágico (por supuesto, el novelista ha leído a los escritores del *boom* literario). La ruptura total de Abel Posse con la historia se hace patente al hacer viajar a Aguirre del siglo XVI al siglo XX, y este mecanismo le permite al autor criticar abiertamente la “civilización” contemporánea.

Como mencionamos arriba, la novela de Otero Silva, al contrario de la de Posse, respeta las coordenadas espaciales y temporales de la expedición de Aguirre. Desde este punto de vista, es una obra formalmente menos “subversiva” que *Daimón*. Sin embargo, contiene una serie de rasgos que revelan la presencia de una fértil imaginación literaria: por ejemplo, como vimos en el segundo capítulo de nuestro trabajo, se presenta a Lope de Aguirre como el libertador de América⁹⁵. También se inventa su infancia en el País Vasco y su obsesión con San Miguel Arcángel, patrono de Oñate; se crea una carta a Felipe II completamente ficcional, etc. Además, se encuentran en la obra numerosos rasgos de la Nueva novela histórica: “la distorsión consciente de la historia mediante omisiones,

⁹⁴ “La respuesta postmoderna a lo moderno consiste en reconocer que el pasado, puesto que no puede ser realmente destruido, ya que su destrucción lleva al silencio, tiene que ser revisitado: pero con ironía, no inocentemente” (Eco 67).

⁹⁵ Así, Aguirre provoca en el lector, quien es llevado a sentir con este personaje impulsos por la independencia, un efecto catártico y tal vez un sentimiento de empatía con respecto a él.

exageraciones”; “la ficcionalización de un personaje histórico”; “los conceptos bajtinianos de lo dialógico, lo carnavalesco, la parodia y la heteroglosia”, etc.⁹⁶

Uno de los aspectos más originales de *Lope de Aguirre. Príncipe de la libertad* es el entrelazamiento, por un lado, de las voces del narrador y de Aguirre⁹⁷, y por otro, de los géneros lírico, dramático y prosaico. En cuanto a este último aspecto, el injerto genérico de otro tipo hace remecer el horizonte de expectativas del lector produciendo en éste un efecto de “Verfremdung” (extrañamiento) y logrando una desmecanización de los procedimientos narrativos.

En este apartado tuvimos que elegir, entre la variedad de obras contemporáneas sobre Lope de Aguirre, las que nos resultaban las más importantes y significativas, pero, obviamente, existen otros autores que han escrito sobre Lope en el siglo XX: Valle-Inclán, Castro Fulgencio López, Ricardo Palma, Ciro Bayo, Blas Matamoro, Giovanni Papini, Rómulo Gallegos, etc. (Ver las bibliografías de Jos, Mampel González, Ortiz de la Tabla y Triviños).

⁹⁶ Estos rasgos de la NNH son enumerados por Seymour Menton (43-44).

⁹⁷ En un capítulo llamado “Revuelta y negatividad en *Lope de Aguirre* de Miguel Otero Silva”, Christoph Singler escribe: “De ahí una construcción con tres polos, implicando tres instancias. Al relato autobiográfico del personaje central contestaría la historia vista por el narrador, agregando los complementos necesarios para aquél. Si hay de cierto modo un diálogo entre ellos, toman además como testigo al lector, presencia muda pero que parece acompañar constantemente su intercambio” (134).

TEATRO

I La reivindicación vasca

Desde los años sesenta un buen número de dramaturgos vascos recupera la figura de Aguirre en el escenario: por ejemplo, **Élias Amézaga**, autor de varias enciclopedias del País Vasco y de la obra *Yo, demonio* y **José Acosta Montero**, quien escribió *Peregrino de la ira*, una pieza dramática que, según Teresa J. Kirschner y Enrique Manchón, “va ligada a la reciente reafirmación de la hegemonía cultural y política vasca” (411).

II Una interpretación española posfranquista

En 1987 **José Sanchis Sinisterra** lleva al teatro su versión de la aventura de Aguirre con su obra *Lope de Aguirre, traidor* (conocida también bajo el título *Crímenes y locuras del traidor Lope de Aguirre*), el producto de nueve años de trabajo interrumpido. Dicha pieza teatral se estrena también en Madrid en 1992, como parte del proyecto “Encuentro de Dos Mundos: hacia 1992”, en el marco del Quinto Centenario. Sanchis Sinisterra, un catalán nacido en Valencia en el año 1940, es famoso en la escena teatral de hoy gracias a su obra *¡Ay, Carmela!* (1977) y al Premio Nacional de Teatro que recibió en el 90. A pesar de su éxito tardío, siempre ha insistido en crear un teatro marginal, subversivo y de tipo experimental, alejado del mercado teatral. De hecho, Sanchis Sinisterra empezó su carrera, en los años cincuenta y sesenta, en el “Teatro independiente”⁹⁸. Una nueva etapa se inició con la fundación, en 1977, del Teatro

⁹⁸ Sobre la experiencia de Sanchis Sinisterra en el “Teatro independiente”, Carlos Espinosa Domínguez escribe: “De las filas de aquel movimiento proviene Sanchis Sinisterra y desde ellas desarrolló buena parte de su actividad en los años cincuenta y sesenta, primero como director del Teatro Estudio de la Universidad

Fronterizo, un teatro experimental. En el manifiesto que se redactó para explicar en qué consistía este nuevo proyecto, queda clara la actitud crítica y subversiva de Sanchis Sinisterra y sus compañeros: “(...) un lugar de encuentro, investigación y creación, una zona abierta y franqueable para todos aquellos profesionales del teatro que se plantean su trabajo desde una postura crítica y cuestionadora” (en Carlos Espinosa Domínguez 1189).

Otro rasgo particular de la actividad teatral de Sanchis Sinisterra es la importancia que éste atribuye al *texto* teatral. En efecto, su interés por la palabra lo lleva a “investigar las fronteras entre textualidad y teatralidad y a rastrear las manifestaciones de esta última en dominios ajenos, en lindes fronterizas, en campos que se ignoraban mutuamente” (Carlos Espinosa Domínguez 1189). Sus textos no están escritos para ser representados. Casi no hay efectos espectaculares en sus obras. El mismo Sanchis Sinisterra declara en una entrevista con “La Época” de Santiago de Chile (12 de enero de 1992):

He desarrollado un teatro de textos. (...) Para mí el texto siempre es un cuestionamiento permanente de la estructura teatral, por eso siempre hay una faceta experimental. Lo que pasa es que no me gusta que se note demasiado, que el público tenga que adoptar una actitud de esfuerzo para ver el espectáculo, prefiero llevarlo de una forma subrepticia hacia ciertas perversiones y transgresiones de sus actos de espectador (34)

Los dos aspectos que hemos destacado arriba (el carácter experimental del teatro de Sanchis Sinisterra y el énfasis que éste pone en el texto teatral) se encuentran en *Lope de Aguirre, traidor*. La obra está compuesta de nueve monólogos y una transcripción de la carta de Aguirre a Felipe II. El texto y el actor (quien está siempre solo en las tablas), desempeñan, pues, un rol fundamental. Por primera vez en la historia teatral, Lope de

de Valencia (1957-1958), luego al frente del Grupo de estudios Dramáticos (1959-1966) y, más tarde, en intentos como los del Festival Internacional de Teatro Independiente de San Sebastián (1970) y la frustrada Asociación Independiente de Teatros Experimentales (1963). En aquellos años heroicos (‘aunque tampoco más heroicos, no exageremos’) hizo sus primeras incursiones en la escritura dramática: *Midas. Algo así como Hamlet. Tú, no importa quien* (Premio Carlos Arniches 1968)” (1189).

Aguirre está ausente del escenario, es decir, no es un personaje escénico. Sin embargo, es obviamente el punto hacia el cual todos los discursos convergen: en otras palabras, es el tema principal de la obra. Cabe preguntarnos, por lo tanto, cómo se construye aquí Aguirre como personaje *in absentia* y cómo éste es reinterpretado.

Según nuestro juicio, la figura de Lope de Aguirre es construida por el conjunto de las voces de los nueve personajes (la Juana Torralva, la criada; Pedro de Ursúa, el primer gobernador de la expedición; Doña Inés de Atienza, la amante de Ursúa; Don Fernando de Guzmán, príncipe del Perú, Tierra Firme y Chile y segundo gobernador; un Maraón sin nombre; Antón Llamoso, matarife y amigo de Aguirre; Ana de Rojas, vecina de la isla Margarita; Elvira de Aguirre, hija de Lope; Pedrarias de Alместo, soldado y cronista ocasional de la jornada). Así, es visto desde múltiples puntos de vista que nunca se confunden. No aparece, pues, una sola visión de él. Es un personaje fragmentado, al igual que numerosos personajes de las narrativas modernas y postmodernas del Occidente. Por estas razones, se puede concluir que *Lope de Aguirre, traidor* es una obra de teatro polifónica⁹⁹. Este aspecto es patente en los coros, donde las voces de todos los personajes se yuxtaponen.

Analicemos la resemantización de Aguirre en cada uno de los monólogos. En el primer monólogo, la Torralva toma la palabra (aunque no tiene derecho a hacerlo) y se queja de Aguirre. Opina que es loco: lo llama “este loco incurable” (125) y le dice “seso me sobra, del que a ti te falta” (126). Según ella, la expedición por el Amazonas es una insensatez (124). Le reprocha a Aguirre el haber querido desafiar al rey e invertir la jerarquía social: “(...) y él en su piel verá, si es que se salva, cómo su Majestad escribe allí

⁹⁹ Tal como afirma Paryas en la *Encyclopedia...* de Makaryk, Mijail Baijtín considera como polifónicas las obras en que “varias voces en pugna, representando una variedad de posiciones ideológicas, pueden entablar igualmente un diálogo, libres del juicio o de la restricción autoriales” (610).

sus leyes a quien las olvida. ¿Acaso fueron pocos los doscientos azotes que te mandó encajar en Potosí el alcalde Esquivel?” (125); e insiste: “Dios Nuestro Señor hizo este Nuevo Mundo como el Viejo, y a unos los puso arriba y a otros nos puso abajo, y no ha de consentir en que se lo revuelvan y así querrá que sea por los siglos de los siglos, amén” (126). Curiosamente, critica a éste respecto de su rol de padre: “(...) muy más locura es arrastrar consigo a esa hija suya, a mi niña Elvira (...)” (125); y dice más tarde: “Ya ves, qué corazón de padre, el de este hombre, capaz de dar a su hija hogar de gitanos (...)” (126). En suma, la voz de la Torralva representa una posición conservadora, desde la cual Aguirre es considerado como un hombre insano.

En el segundo monólogo se expresa Don Pedro de Ursúa. Al igual que en las crónicas del siglo XVI, aparece ensimismado y, por lo tanto, no se refiere a Lope de Aguirre. Sin embargo, sí se queja de la existencia de rebeldes, entre los cuales se encuentra sin duda Aguirre: “(...) quince años de sueños aplazados, de trabajos y fatigas mezquinas contra rebeldes de tres razas: indios, negros y españoles” (129); también exclama: “Llevo conmigo un batallón de sombras y rencorosos vivos, y con ellos a rastras no puedo, no podemos alcanzar nuestro sueño. ¡Fuera! ¡Fuera de aquí! ¡Dejadme!” (131), etc. Lo que más resalta de su discurso es su amarga desilusión con respecto a América, y la fiebre que lo asalta.

Doña Inés de Atienza es la enunciadora del tercer monólogo. Ella también se sitúa dentro de la corriente tradicional ya que considera a Aguirre como un loco (133). Se describe a sí misma como una mujer sin principios, que se entrega a cualquiera, y a quien sólo le asusta un hombre: Lope de Aguirre. Así, declara:

Sólo un temor me asalta algunas noches. De esta caterva de traidores y cobardes que llevaste contigo en tu jornada y que ahora, mira, parecen nuevamente pensar

en Eldorado, alguien me desazona. Siento crecer su nombre, su sombra, su torcida figura. Semana tras semana, mientras se construyen las naves en este asentamiento, él parece abrasarse de no sé qué oscuro poderío. Era uno más, y ahora es más que uno (134)

En este pasaje, además de presentar a Aguirre como un monstruo creciente, Inés revela el inmenso poder de este personaje.

El cuarto monólogo se llama “Emociones y flato de Don Fernando de Guzmán, Príncipe del Perú, Tierra Firme y Chile por la gracia de Dios”. Este personaje aparece aquí, al igual que en los relatos del siglo XVI, como el títere de Lope de Aguirre. En efecto, por ser débil y tímido, le hace falta la protección y autoridad de su jefe (139). Su admiración por la fuerza interior de Lope queda clara: “¡Qué hombre, ese Lope! ¿Verdad, Gonzalo? Qué temple de soldado, qué miras de caudillo, qué cuidados de padre, qué labia sentenciosa y persuasiva. A todos nos ha convencido su fuego, ¿no es verdad? A todos nos ha emocionado y cautivado con sus palabras... (...) ¿No te sobrecoge tanta osadía?” (139). Para Fernando de Guzmán, Aguirre representa una figura paternal: “¿No es verdad, Gonzalo, que me quiere y guarda como un padre?” (139). Al final de su monólogo se limita a repetir las palabras del rebelde vasco: “Dile, dile también que Aguirre dice que ya no habrá más bandos ni disensiones ni muertes, que iremos hermanados, dice... Y dile además que también dice...” (140). Éste es uno de los pocos discursos en que Aguirre es visto de manera positiva.

En el quinto monólogo aparece un Marañón sin nombre, perdido en la selva amazónica y a punto de volverse loco. Declara que siempre ha sido fiel a Lope de Aguirre (145), pero se pregunta de qué le ha servido. De hecho, empieza a hacerse preguntas existenciales: “¿Qué leches signifíco?” (144); y: “Pero, entonces, yo aquí, ¿qué estoy haciendo? ¿Qué estoy haciendo, di, además de inventarte? ¿He de seguir hablando hasta

que salgas? ¿Tengo que desdoblarme para que alguien me diga qué se espera de mí? ¿Alguna cosa más?” (145).

En el sexto monólogo Antón Llamoso canta las alabanzas de Lope de Aguirre. Éste es considerado como un salvador que permitirá a los Marañoses volverse ricos: “¿Podrá haber en Eldorado más oro y riquezas que los que nos vendrán a las manos en llegando al Perú? ¿No oyeron las promesas que les hizo Lope de Aguirre de repartir sus tierras y tesoros y sus pueblos de indios entre vuestras mercedes?” (147). Antón Llamoso cree también que Aguirre es el futuro libertador de los pueblos del Perú (148). Se alegra de ser fiel a su jefe ya que, por una parte “Él sabe la justicia que conviene” (148) y, por otra, Aguirre le ha ayudado a subir en la escala social (148). En este discurso el rebelde vasco no parece tener ningún defecto.

El séptimo monólogo, titulado “Plegaria póstuma de Ana de Rojas, vecina de la isla Margarita”, difiere claramente del anterior. Ésta, ahorcada de un árbol de la plaza, se dirige a la Virgen Santísima y al Señor para preguntarles por qué consintieron en que fuera ejecutada. Se atreve a pensar que Aguirre es tal vez un justiciero divino que tiene como misión castigar a los hombres por sus vicios: “¿Será Lope de Aguirre, como él dice, la ira de Dios? ¿Es Dios y no el demonio, quien le envía? ¿Es su ira quien siembra entre nosotros todo este llanto y crujir de dientes? Yo misma, tan vil y brutalmente arrancada a la vida, ¿he pagado con ello tanta infamia y placeres y falsías que amasé? (...)” (150). Pero se arrepiente enseguida de haber tenido este pensamiento. En realidad, según ella, Aguirre es un instrumento de Satanás (150-51). Entonces, ¿por qué aceptó Dios que una humilde sierva suya fuera muerta por haber querido luchar contra el demonio envenenando a Aguirre?

A continuación un coro recita la carta de Aguirre a Felipe II. Las pausas, repeticiones y énfasis en ciertas palabras crean una gran confusión.

El octavo monólogo consiste en un “Soliloquio de Elvira de Aguirre, poco antes de ser inmolada por su padre”. Después de describir la naturaleza en agonía, añadiendo unas palabras en un idioma indígena, ella se acuerda de los días de su infancia cuando le tenía miedo a su padre, quien le gritaba y la pegaba (159). Cuando partieron a unirse a los miembros de la expedición, Aguirre le dijo: “Eres el solo bien que la vida me ha dado” (160), pero le obligó a abandonar todo lo que tenía. Sin embargo, Elvira sigue siendo inocente y asegura a los vecinos de la isla Margarita que “su padre no es mal hombre” (161). Dicho sea de paso, ella mantiene una relación de amor secreta con Pedrarias, al igual que en *La aventura equinoccial...* Por fin, Aguirre aparece representado como un “cóndor, en lo alto, [que] volará complacido, sereno, ya que no tendrá en el pecho esa gran araña negra que tanto le atormenta” (161). Pero esta esperanza se desvanece al pronunciarse la última frase del monólogo (“¿Me llama, padre? ¿Qué quiere de mí?”): el público familiarizado con los crímenes de Aguirre supone que éste busca a su hija para asesinarla.

El último monólogo es el del cronista Pedrarias. En un juego metaficcional, se dirige directamente al público con el fin de poner de manifiesto el vínculo que existe entre el pasado y el presente: “¿Os extraña verme interpelándoos de este modo, sin otros artificios que los propios del caso? Pues así es: puedo comunicarme directamente con vosotros, aun a pesar del tiempo y la distancia; aun a pesar de esta ficción... o quizás gracias a ella. Así me lo autoriza la escritura, privilegio del habla que queda en un papel (...)” (162). Puesto que ahora no tiene que silenciar ni manipular los datos para salvar el

pellejo, desea hablar “francamente” al público (162). Confiesa, pues, que hubo un momento en que se sintió atraído, fascinado, por el loco Aguirre:

Ahora puedo decirlo, no corro ningún riesgo con vosotros, inerme tribunal de estos delitos. Durante cierto tiempo, en medio de aquel delirio de ambiciones, deseos, hambre, crímenes, lejanía, de soledad e inmensidad sin límites, la locura de Aguirre me sedujo, fui contagiado y arrastrado, sí, por su pasión desmesurada. Yo, Pedrarias de Alместo, el ponderado, el juicioso y tibio estampaletas, sentí ese viento del Apocalipsis que aquel ángel maldito levantaba a su paso: la ira de Dios (164)

Sin embargo, Aguirre es para él un ser cruel, que mataba “para convencer” (165) y lo llama el “Rey de la Muerte” (165). La obra termina con un pasaje final de la crónica de Pedrarias-Vázquez, en el cual se cuenta que Aguirre fue descuartizado para servir de escarmiento.

Se supone que el Quinto centenario ofrece un marco para el cuestionamiento del discurso histórico oficial sobre la conquista. Por lo tanto, se puede esperar del dramaturgo Sanchis Sinisterra, quien es conocido por su postura subversiva, que destruya e invierta todos los estereotipos. Sin embargo, postulamos que *Lope de Aguirre, traidor* es en realidad una obra tradicional: en general, Aguirre sigue siendo visto de manera negativa y no aparece ninguna nueva interpretación de él.

III Una interpretación venezolana

La obra de teatro de Luis Britto García llamada *El tirano Aguirre o la conquista de El Dorado* (1976) es uno de los textos menos conocidos del famoso escritor venezolano.

En nuestro breve análisis de esta obra veremos cómo Britto García emplea la figura de Aguirre para subordinarla a la crítica de los pilares de la civilización occidental. De hecho, en este sentido, tiene muchos puntos comunes con la novela *Daimón*.

Antes de empezar el estudio del personaje Aguirre, vamos a resumir la obra en unas pocas líneas. El primer acto, “La balsa”, es una especie de recapitulación de los acontecimientos que tuvieron lugar durante la expedición de Aguirre y sus Marañoses a El Dorado. Por lo tanto, la obra empieza con la lectura por parte de Lope de su carta al Rey Felipe II, lo cual reafirma la importancia de este documento¹⁰⁰; luego, se mencionan las muertes de Pedro de Ursúa, Fernando de Guzmán y numerosos Marañoses. Los personajes hablan de la “locura extrema” de Lope de Aguirre (12). En el segundo acto, “El Dorado”, los Marañoses llegan a dicho territorio mítico. El lector entra a partir de este momento en un mundo completamente ficticio, que ya no se parece a las crónicas. Al dialogar con los habitantes de esta región, los manoanos, Aguirre y sus compañeros se dan cuenta que éstos no conocen los principios básicos de la civilización de los blancos y a partir de ese momento intentan destruirlos. En el tercer acto, “La retirada”, Aguirre, cansado de la matanza fácil, forma a sus soldados en filas y asume la dirección de su “falange” en calidad de “caudillo” (56). En este momento, cuando el texto se marca con

¹⁰⁰ Curiosamente, Britto García escribe en una nota que transcribió el Acta de Desnaturalización de la *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela* (Libro IV, Capítulo VII) de Oviedo y Baños.

una fuerte alusión a Francisco Franco, los españoles se van de El Dorado. El título del cuarto y último acto, “El fuego fatuo”, se refiere a la leyenda del tirano en la cultura popular. Aquí Aguirre propone saquear la Tierra Firme, Panamá, El Cuzco y Europa y ahorcar al rey (66). Pero su plan no se lleva a cabo: sus compañeros lo traicionan pasándose al campo del rey, al igual que en las crónicas del siglo XVI. Sabiendo que lo van a matar, lee el “Acta de Desnaturalización” (68); asediado por sus enemigos y previendo el futuro, dice: “Cuando ha fallado El Dorado, / queda la muerte. / La muerte en vida, para el / cobarde. / La muerte en muerte, para el / noble corazón” (69). Ésta es la razón por la cual asesina a su hija. Por fin, Aguirre, “El Renegado” (70) es muerto por los realistas. Al fondo del escenario la aurora ilumina una pirámide de oro, la cual alude sin duda a la permanencia del mito de El Dorado, forma material de la esperanza, hasta hoy día.

Analicemos ahora más detenidamente el personaje Lope de Aguirre que aparece en esta obra. Podemos señalar primero que Aguirre pertenece a los paradigmas siguientes: militar (conquistador, colonizador), étnico (español), estado de cultura (hombre “civilizado”) (vs. por ejemplo, los manoanos que son aborígenes, no europeos y “primitivos”); político (tirano, renegado), psiquiátrico (loco) (vs. la gente del Rey y finalmente los propios Marañoses). Aguirre es aquí un personaje que se niega a evolucionar. De hecho, parece que ha conservado muchas características que tenía ya en las crónicas del siglo XVI. Además, su único deseo, el de conquistar, convertido en ansiedad de búsqueda, lo lleva al lugar mítico donde se pierde la motivación central de la vida.

Es importante señalar que en esta obra de teatro Aguirre viaja con varios personajes clásicos de la cultura hispánica: la Celestina, Doña Ana, Don Juan, Sancho Panza, Fray Lucas y Don Pablos. Lope de Aguirre es considerado, a pesar de su rebeldía, como un personaje histórico integrado en el sistema cultural que España impone en América Latina.

Pero, como veremos, el personaje Aguirre cobra un sentido pleno sólo cuando él y sus compañeros entran en contacto con los manoanos. La otredad indígena los definirá a Aguirre y sus Maraños en toda su extensión histórica a través de un choque entre dos ideologías, dos visiones de mundo distintas que no pueden dialogar.

Viendo a españoles por primera vez, los indígenas no entienden los conceptos que son la base del sistema político, religioso y económico de los occidentales: les preguntan qué son un gobernador (25), un trono, una corona (27), un esclavo (28), Dios (29), una virgen (30), un sacerdote (30), no (31), un ídolo, un comerciante, la propiedad, etc. y qué significa ordenar (26), comprar (33), etc. Más aún, los indígenas invalidan su sistema epistemológico mostrando que sus nociones son inútiles: “No, no y no. / Nada, nada y nada. / Conquistador, sacerdote y comerciante son no. Tu civilización es nada” (33)¹⁰¹. Los manoanos tienen otra filosofía de vida. Su espíritu es mucho más solidario que el de los españoles: “¿Quieres también el día? / Pues es tuyo. / ¿Y las nubes, las quieres? / Te las damos. / Y si quieres el tiempo es un regalo, / puedes usarlo siempre, igual que / todos” (34). En Manoa no hay un sistema represivo (no hay cárceles, ni juzgados, etc.), ni religioso (no hay templos ni matrimonio), ni educativo (no hay escuelas), etc. Según los manoanos, “El Dorado está dentro de ti / y el menor rayo de felicidad lo / dejará salir” (41).

¹⁰¹ Cabe precisar que este pasaje recuerda al lector *El Principito* de Saint-Exupéry.

Frente a este otro modo de pensar y concebir la vida, Lope de Aguirre defiende los valores occidentales, y más precisamente los de la Conquista del Otro. Al escuchar los discursos de paz y generosidad de los manoanos, grita: “¡Qué empiece la conquista!” (28). En nombre de los conceptos de rango, clase y jerarquía (43), decide imponer sus valores “con la espada” (44). Así, Aguirre necesita conquistar para existir. No es feliz en un mundo en el cual todo es perfecto ya que pierde así su razón de ser: “¿Qué hace un tirano, sin víc/timas a quien amedrentar?” (39); y sigue preguntándose: “Y, al fin, habéis construido / una cómoda almohada / para un cómodo sueño, / mas, ¿Quiero yo dormir? / Y al fin, lo habéis solucionado / todo y habéis matado el problema, / mas, ¿Quiero yo ser solucionado? (...) ¿Quiero yo permanecer?” Confiesa su miedo a la felicidad: “(...) renuncio al botín. / Pero no a la matanza. / El Dorado debe morir. / El Dorado es contagioso. / Si nos descuidamos, seremos felices / y el Dorado nos dominará” (60); le opone “Dios y el deber” (61).

Así pues, en este texto El Dorado se convierte en símbolo de las ilusiones atemporales y eternas del ser humano. En este sentido, Lope de Aguirre está representado como un rebelde honorable en busca de un ideal:

Acaso una rebeldía más profunda que la simple sedición contra el poder real. La rebeldía de imaginar el reino de la libertad, la de partir en su busca y afrontarlo, para ser destruido o redimido. Porque El Dorado existe, en algún remoto rincón del terror o de la esperanza. Y mientras el hombre sea hombre, seguirán saliendo las expediciones en su busca (Nota [8])

Pero Lope, siendo hombre, en cuanto alcanza su ideal, lo rechaza. Por esto, se percibe de nuevo una semejanza con *Daimón* (ver el episodio en que Aguirre y los Marañoses se cansan de convivir con las amazonas). Si uno de los componentes motivacionales es en Aguirre la ansiedad de la búsqueda, el otro es el de la ansiedad de actuar sobre el mundo

buscando infinitamente la posibilidad de modificar tanto a quienes encuentra a su paso como el entorno en que habitan. Esto que se traduce en “el deseo de conquista” es un elemento dramático muy significativo en una década plagada de guerras y cataclismos políticos. La guerra de Vietnam, los conflictos en el Oriente Medio, los golpes militares en América Latina, las guerras en África, todos forman parte de las luchas y los discursos imperiales que modificarán la historia de fines del siglo XX en la que Britto García hace resonar la voz de Aguirre.

CINE

Nos proponemos mencionar rápidamente dos producciones fílmicas sobre Lope de Aguirre: *Aguirre: Der Zorn Gottes* (*Aguirre: la ira de Dios*) (1972) de **Werner Herzog** y *El Dorado* (1987) de **Carlos Saura**.

I Una interpretación alemana

En cuanto a la muy conocida película del cineasta alemán, la crítica suele insistir en los elementos anacrónicos (por ejemplo, detalles de la vestimenta) así como los errores históricos (el viaje de Aguirre resulta ser una síntesis de las expediciones del siglo XVI en América: por ejemplo, aparece el gobernador Francisco de Orellana con su cronista, Gaspar de Carvajal, etc.). Por cierto, no se respeta aquí el discurso histórico, pero sí se afirma la importancia de la memoria (Waldemer 42). Los comentaristas de la película han observado que ésta trata más bien de un tema que está fuera del contexto propiamente latinoamericano: el nazismo. En efecto, el Aguirre de Herzog es un personaje iracundo, que enloquece en el transcurso del viaje, y es atrapado en el remolino amazónico que

replica su propia obsesividad. Algunos críticos (Kirschner y Manchón) ven en el diseño del personaje de Herzog la figura también histórica de Hitler. A título de ejemplo se puede remitir al discurso de Aguirre sobre la necesidad de una sociedad ideal basada en la pureza de sangre, el cual hace eco al discurso del líder nazi¹⁰²:

Entonces controlaremos toda la Nueva España y crearemos historia como otros crean dramas ...Yo, la ira de Dios contraeré matrimonio con mi propia hija y con ella fundaré la dinastía más pura que el mundo jamás haya conocido. Juntos gobernaremos todo el continente. Juntos perduraremos ... Yo soy la ira de Dios. ¿Quién está conmigo? (Traducción y transcripción de Teresa J. Kirschner y Enrique Manchón 406)

Habría que agregar que debido a la larga tradición discursiva sobre la pureza de sangre, que también hace parte del discurso del Estado español (“Estatutos de limpieza de sangre”), Herzog puede, a pesar de las objeciones de sus críticos, poner tal discurso en boca de su Aguirre sin que éste sea completamente inverosímil.

II Una interpretación franco-española posfranquista

Con respecto a *El Dorado* de Carlos Saura, esta película es llevada a la pantalla en el periodo posfranquista. Por lo tanto, el contexto en que es producida la obra es caracterizado por una relativa libertad de expresión, lo cual le permite a Saura, víctima en numerosas ocasiones de la censura franquista¹⁰³, cuestionar explícitamente la versión de la historia que el general Franco intentó vehicular. Así, el cineasta español puede desmitificar las figuras heroicas consagradas por su participación en el proceso de la Conquista de América. Por otra parte, la película es realizada por un equipo franco-

¹⁰² También es interesante la comparación de la película de Herzog con la de Riefenstahl (ver Teresa J. Kirschner y Enrique Manchón 409-410).

¹⁰³ Carlos Saura realizó una gran parte de sus películas más conocidas (*Elisa, Vida mía; Peppermint Frappé, Cría Cuervos*, etc.) durante la dictadura de Franco.

español, en el marco de las celebraciones del Quinto Centenario de la llegada de los europeos a América, es decir, un momento cargado de significación histórica y de desafíos al discurso oficial y sus jerarquías por parte de los grupos indígenas, de intelectuales progresistas o medioambientalistas que trabajan con versiones alternativas de la historia.

En este contexto, es interesante notar que Aguirre está presentado por primera vez como un personaje que busca alianzas con los indios en vez de recurrir inmediatamente al enfrentamiento con ellos. A pesar de que Saura mantiene su rasgo tradicional de crueldad, en esta ocasión el personaje es visto como un hombre lúcido y políticamente hábil, o sea un ser bastante distinto al bruto domador de potros que es el Aguirre de las crónicas oficiales del Imperio español.

CONCLUSIÓN

En esta tesis hemos examinado la figura de Lope de Aguirre en una trayectoria textual que va desde el siglo XVI hasta el siglo XX tanto en España como en América Latina. Hemos intentado demostrar que en cada ocasión toda la serie de textos y discursos que se apropian del personaje histórico y literario Lope de Aguirre a través de los siglos lo anclan al contexto de producción en un diálogo con las coordenadas sociales, políticas e históricas, de acuerdo con las condiciones que la historia le impone al lenguaje y viceversa.

En el primer capítulo, mostramos que las crónicas del siglo XVI vilipendian a Aguirre representándolo como un tirano, loco y demonio. Esta actividad atributiva es en realidad un medio de represión y control directo dirigido a restablecer el orden social después de un periodo de gran descontento en las colonias. La condenación discursiva de Aguirre en nombre de la “lealtad” al rey y a Dios deja entrever, sin quererlo, el esfuerzo de los cronistas para probar su adhesión ideológica al sistema imperial de la España filipina. El lema: “Una espada, un rey, un Dios” representaba la voluntad de unidad imperial que era una de las características más sobresalientes de Felipe II en cuanto a la política territorial. Sin embargo, Lope, el traidor, tuvo la audacia, que se transformó en ventaja, de haber escrito la carta a Felipe II en la cual puede presentarse a sí mismo bajo una luz más favorable y justificar su rebelión. Vimos con Beatriz Pastor que este documento revela que nuestro rebelde vasco estaba tomando conciencia de una crisis ideológica en que todos los pilares de la vida social medieval se iban derrumbando: las

estructuras políticas, la relación de vasallaje con el rey, los valores tradicionales (fe en Dios, necesidad de la guerra, etc.). Por último, fuera Aguirre el heredero de una tradición de honor medieval o el primer independentista moderno, lo importante es que, más allá de su gesta fallida, en gran parte son los textos que dejó lo que lo convierten en un personaje de cierta estatura histórica y fuente de inspiración literaria.

En el segundo capítulo, examinamos su reaparición como personaje local en varias “Historias” americanas (sobre todo en la Venezuela de los siglos XVII y XVIII), lo que para nosotros constituye un síntoma de la necesidad de apropiación del territorio y sus mitos, y un índice del proceso de formación de una conciencia criolla. Luego, Aguirre es recuperado por Bolívar durante las luchas de emancipación. La tesis sostiene que lo que le atrae al Libertador de esta figura es, por una parte, la arrogante carta a Felipe II, que es, a su juicio, el primer acta de Independencia americana y, por otra parte, su fuerza como líder militar capaz de conducir la heroica expedición por el Amazonas (“este río tan mal afortunado” [en Vázquez 142]) y llevarla hasta la Venezuela continental donde es ejecutado. De hecho, Bolívar ve en Aguirre el predecesor de la Independencia americana, o sea no sólo el portavoz de sus propias aspiraciones políticas y quejas respecto de España, sino también un luchador activo que intentó llevar sus ideas a la práctica.

Desde una perspectiva completamente distinta, en la Venezuela finisecular, la primera adaptación teatral del personaje Aguirre se vuelve, sin quererlo, en reflejo de las ansiedades sociales y políticas de la élite criolla. En efecto, el Aguirre de Briceño Picón retorna a su papel de tirano, pero en esta ocasión representa más bien a la Otredad criminal, al resentido social de las clases bajas y a la amenaza creciente de anarquía que

debe ser reprimida por cualquier forma de autoridad (en este caso, el ejército libertador de Mérida).

En los capítulos tercero y cuarto, estudiamos una serie de apariciones de Aguirre en el siglo XX que corresponden a preocupaciones y convicciones ideológicas de todo tipo. No cabe duda de que ciertos rasgos de este personaje favorecen la reflexión sobre otros personajes políticos de la Europa o América Latina contemporánea (Hitler, Franco, Pinochet, incluso el Che Guevara). Las relaciones *intertextuales/interdiscursivas* que se establecen entre las obras que retoman a Aguirre revelan los debates políticos de la época (ver Ispizua y Jos) y se traducen en los intentos de una revisión radical del estatus de este personaje en los discursos históricos y literarios.

Por supuesto, no hemos podido cubrir otros campos discursivos que son laterales, pero que los historiadores y críticos consideran del mayor interés para entender la dimensión de ciertos gestos y personajes que han quedado registrados por los sistemas escriturales de su tiempo. Todo lo que, por ejemplo, tiene que ver con la soldadesca y los vagos del siglo XVI, cuestiones de criminalidad y movilidad social en el momento en que las puertas de la oportunidad empiezan a cerrarse para los conquistadores sin cuna, constituye un territorio que recién empieza a explorarse (la Historia del bajo pueblo). Sin duda hasta ahora casi todas las manifestaciones del *discurso social* se han tomado de textos canónicos. Aunque en esta tesis hemos intentado ampliar la muestra textual, somos conscientes de que todavía existen otras voces que un estudio posterior tendrá que tomar en cuenta. Lo que sí podemos afirmar es que nuestro trabajo es original en cuanto aborda textos españoles y latinoamericanos en abierta ruptura con la división tradicional entre penínsularismo y latinoamericanismo, división que intenta mantener una rígida diferencia

en el momento en que comienzan a predominar los estudios sobre la comunidad y los intercambios transatlánticos.

Las posibilidades de aproximación multidisciplinaria son evidentes. Aguirre y otros personajes históricos (Jesucristo, Napoleón, Bolívar, etc.) funcionan o se constituyen, de una u otra manera, en paradigmas ético-políticos. Son susceptibles, entonces, de análisis desde diferentes perspectivas. Como ejemplo de una reflexión pertinente para este propósito, está el de Ernesto Laclau que, en su libro *Emancipación y diferencia*, se ha planteado la problemática de la utilidad del signo vacío en la política intentando formalizar algunos de los roles del signo en este campo, a través de la utilización de modelos lingüísticos. Aunque su reflexión es sumamente abstracta, toda la cuestión de la simbolización de las relaciones de poder es una de las preocupaciones dominantes en la teorización asumida tanto por cientistas políticos como por antropólogos o críticos literarios.

Finalmente, tratemos de contestar ahora la pregunta que hicimos en la introducción: ¿Qué hace que la rebelión de Lope de Aguirre sea “revisitada” en el transcurso de los siglos con tanto fervor? En otras palabras, ¿por qué la figura de Aguirre se presta mejor que otras a las modificaciones, agregados, simplificaciones, etc. de su sentido tal como lo hemos descrito? ¿Qué “semas” contiene esta figura para que sea propulsada a una posición privilegiada en el imaginario político y cultural del mundo hispánico?

En nuestros análisis de las distintas reappropriaciones textuales de Aguirre hemos visto que gran parte del encanto de este personaje es sin duda su estatus de signo abierto, flotante, leíble de distintas maneras y utilizable para distintas causas. Pero su valor de

signo fácilmente reciclable sólo puede ser entendido si se consideran también algunos de los rasgos que parecen más permanentes. En Aguirre existe, según algunos de sus escritores, una cierta ambigüedad respecto a la riqueza material, se supone que su sentido del honor superaba su avidez por el oro que producía la fiebre de sus compañeros. Esto destaca un rasgo que hasta hace poco parecía, a escala mayor, ser constitutivo de la cultura hispanoamericana. Pero donde hay unanimidad, aunque el acuerdo se exprese con diferentes grados y justificaciones, es en el hecho de que Aguirre era un hombre violento. Sea atacado o ensalzado por su rebeldía y carácter subversivo, lo cierto es que todos reconocen su apego a la violencia como método para resolver conflictos aunque ellos fueran imaginarios. Tal violencia, considerada más allá de su encarnación en un Aguirre demonio, de seguro formó parte de la violencia fundacional que fue un ingrediente del proceso de conquista. No sería osado, creemos, dar el paso siguiente y proponer que esa violencia, como legado colonial, pasó a ser un elemento constitutivo de las formas de acción política y de la mantención del sistema de dominación social y económica que llega hasta nuestros días. Es la vía que han utilizado también los opositores al *status quo*, no siempre con éxito. En ese sentido, Aguirre exhibe una marca que forma parte del imaginario social y que se reactiva en el transcurso de la historia. Es convertido en personaje símbolo, como suele ocurrir a ciertos personajes en “periodos históricos difíciles” (Reuter 19). “Y tú continuarás siempre de fuego,/ En busca de tu muerte por llanuras”, dice el poema de Vicente Gerbasi. ¿Haría falta recordar las dictaduras de los años 70 en Sudamérica, los terribles conflictos en Colombia, la situación en Perú y los alzamientos campesinos en México? Trágicamente construido alrededor de ese núcleo de violencia, ni en la interpretación esotérica expuesta por Blas Matamoro, se escapa

Aguirre de su designio, poseído mítico en la imaginación de las generaciones: “No falta quien vincula a Aguirre con cierta profecía indígena andina, según la cual surgiría en el Perú una raza escondida, que se apoderaría de la tierra” (10).

BIBLIOGRAFÍA

Obras citadas

- Angenot, Marc. "Intertextualité, interdiscursivité, discours social". *Texte 2* (1983).
- . "Que peut la littérature?". *La politique du texte. Enjeux sociocritiques*. Lille: PU de Lille, 1992. 9-27.
- . "Analyse du discours et sociocritique des textes". *La recherche littéraire. Objets et méthodes*. Dirs. Claude Duchet y Stéphane Vachon. Montréal: XYZ, 1998.
- Arciniega, Rosa. *Dos rebeldes en el Perú*. Buenos Aires: Sudamericana, 1946.
- Armas, Ingrid de, François Delprat y Amadeo López. "Lope de Aguirre: La imagen de la transgresión, de las crónicas a la novela contemporánea". *Les représentations de l'autre dans l'espace ibérique et ibéro-américain, II: Perspective diachronique*. Ed. Augustín Redondo. París: Presses de la Sorbonne Nouvelle, 1993. 123-35.
- Bajtín, Mijail. *Teoría y estética de la novela*. Trads. Helena S. Krikova y Vicente Cazcarra. Madrid: Taurus, 1989.
- . *Problemas de la poética de Dostoievski*. Trad. Tatiana Bubnova. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Bal, Mieke. *Narratology. Introduction to the Theory of Narrative*. Toronto: U of Toronto P, 1997.
- Balibar, Etienne y Pierre Macherey. "Sur la littérature comme forme idéologique". *Littérature* 13 (1974).
- Baroja, Pío. *Las inquietudes de Shantí Andía*. Ed. Julio Caro Baroja. Madrid: Cátedra, 1978.
- Barrientos, Juan José. "Aguirre y la rebelión de los marañones". *Cuadernos americanos* 2.2 (1988): 92-115.
- Bertens, Hans. "Postmodern Characterization". Calinescu y Fokkema 139-159.
- Bonnewitz, Patrice. *Premières leçons sur La sociologie de P. Bourdieu*. París: PUF, 1997.

- Bolívar, Simón. *Doctrina del Libertador*. Comp. Manuel Perez Vila. Caracas: Ayacucho, 1976.
- . *Escritos políticos*. Madrid: Alianza Editorial, 1990.
- Bourdieu, Pierre. *Language & Symbolic Power*. Trans. Gino Raymond y Matthew Adamson. Cambridge: Harvard UP, 1991.
- . "Doxa and Common Life: An Interview". Entrevista con Terry Eagleton. *Mapping Ideology*. Ed. Slavoj Žižek. London: Verso, 1994.
- Brading, David A. *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*. Trad. Juan José Utrilla. México: Fondo de Cultura Económica, 1991.
- Brannigan, John. *New Historicism and Cultural Materialism*. New York: St. Martin's Press, 1998.
- Briceño Picón, Adolfo. "El tirano Lope de Aguirre". *Teatro venezolano del siglo XIX. Tres obras dramáticas*. Introd., selección y notas de José de la Cruz Rojas Uzcátegui. Mérida: Instituto de Investigaciones Literarias "Gonzalo Picón Febres", 1982.
- Britto García, Luis. *El tirano Aguirre o la conquista de El Dorado. Suena el teléfono*. Cuadernos de Difusión 6. Caracas: Ediciones de la Dirección General de Cultura de la Gobernación del Distrito Federal, 1976.
- Bruce, Donald. *De l'intertextualité à l'interdiscursivité. L'histoire d'une double émergence*. Toronto: Paratexte, 1995.
- Burmester, Germán. *Lope de Aguirre y la Jornada de los Maraños*. Buenos Aires: La Cumbre Social Anónima, 1941.
- Cabeza de Vaca, Álgar Núñez. *Naufragios y Comentarios*. 2 vols. Madrid: Historia 16, 1992.
- Calinescu, Matei y Douwe Fokkema, eds. *Exploring Postmodernism: Selected papers presented at a workshop on Postmodernism at the XIth International Comparative Literature Congress, Paris, 20-24 August 1985*. Amsterdam: Johns Hopkins UP, 1990.
- Caro Baroja, Julio. *El Señor Inquisidor y otras vidas por oficio*. Madrid: Alianza Editorial, 1988.
- Carvajal, Fray Gaspar de. *Relación del nuevo descubrimiento del famoso Río Grande de las Amazonas*. Ed., introd. y notas de Jorge Hernández Millares. México: Fondo de Cultura Económica, 1955.

- Chauchadis, Claude. *Honneur, morale et société dans l'Espagne de Philippe II*. París: CNRS, 1984.
- Covarrubias Horozco, Sebastián de. *Tesoro de la lengua castelana o española*. Madrid: Turner, 1984.
- Cros, Edmond. "Lecture idéologique du lien épistolaire dans le *Lazarillo de Tormes*". *La Lettre. Approches sémiotiques*. Actas del Sexto Coloquio Interdisciplinario. Collection Interdisciplinaire. Fribourg: Éditions Universitaires, 1988. 37-44.
- . *D'un sujet à l'autre: Sociocritique et psychanalyse*. Études Sociocritiques. Montpellier: CERS, 1995.
- Díaz Maderuelo, Rafael. Introducción. *La aventura del Amazonas*. Crónicas de América 19. Madrid: Historia 16, 1986. 7-33.
- D'Lugo, Marvin. *The Films of Carlos Saura. The Practice of Seeing*. Princeton: Princeton UP, 1991.
- Duchet, Claude y Stéphane Vachon, dirs. *La recherche littéraire. Objets et méthodes*. Montréal: XYZ, 1993.
- Ducrot, Oswald y Tzvetan Todorov. *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Trad. Enrique Pezzoni. 4ª ed. México; España: Siglo XXI, 1978.
- Eagleton, Terry. *Ideology. An Introduction*. London: Verso, 2000.
- Eco, Umberto. *Postscript to The Name of the Rose*. New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1984.
- Espinosa Domínguez, Carlos. "La Conquista en el tablado de los cómicos". *Teatro español contemporáneo: Antología*. Coord. César Oliva. Madrid: Sociedad Estatal Quinto Centenario; México: Fondo de Cultura Económica, Centro de Documentación Teatral, 1992. 1187-1192.
- Foucault, Michel. *El orden del discurso*. Trad. Alberto González Troyano. Cuadernos Marginales 36. 3ª edición. Barcelona: Tusquets Editores, 1987.
- . *Histoire de la sexualité*. París: Gallimard, 1976.
- Gandía, Enrique de. Prólogo. *Jornada de Omagua y Dorado (Historia de Lope de Aguirre, sus crímenes y locuras)*. 2ª edición. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1945. 9-25.
- García de la Huerta, Marcos. *Reflexiones americanas. Ensayos de intrahistoria*. Santiago de Chile: LOM, 1999.

- Gerbasi, Vicente. "Tirano de sombra y fuego". *Obra Poética*. Caracas: Ayacucho, 1986.
- Gnutzmann, Rita. "Un ejemplo de recepción literaria: Lope de Aguirre creado por Ramón J. Sender y M. Otero Silva". *Revista de literatura* 50.99 (Enero-junio 1988): 111-128.
- Goic, Cedomil. *Historia de la novela hispanoamericana*. Santiago de Chile: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1972.
- . , ed. *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*. Páginas de Filología. 2 vols. Barcelona: Editorial Crítica, Grijalbo, 1988.
- Hamon, Philippe. "Pour un statut sémiologique du personnage". *Poétique du récit*. Dirs. Gérard Genette y Tzvetan Todorov. París: Seuil, 1977.
- Herzog, Werner, dir. y guionista. *Aguirre: Der Zorn Gottes*. Werner Herzog Filmproduktion, 1972.
- Holub, Robert C. "Indeterminacy". Makaryk 562-563.
- Hugo, Víctor. "Prefacio a Cromwell". *Cromwell*. Trad. J. Labaila. 3ª ed. Madrid: Espasa-Calpe, 1967.
- Ispizua, Segundo de. *Los vascos en América*. Biblioteca de Autores Vascos 1. San Sebastián: Ediciones Vascas, 1979.
- Jakobson, Roman. "La lingüística y la poética". *Estilo del lenguaje*. Ed. Thomas A. Sebeok. Madrid: Cátedra, 1974. 123-173.
- Jos, Emiliano. *La expedición de Ursúa al Dorado, la rebelión de Lope de Aguirre y el itinerario de los "Marañones", según los documentos del Archivo de Indias y varios documentos inéditos*. Prólogo de don Agustín Millares Carlo. Huesca: Imprenta V. Campo, 1927.
- . *Ciencia y osadía sobre Lope de Aguirre el Peregrino. Con documentos inéditos*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1950.
- Jouve, Vincent. *L'effet-personnage dans le roman*. París: PUF, 1992.
- Kamen, Henry. *Philip of Spain*. New Haven; London: Yale UP, 1997.
- Kirschner, Teresa J. y Enrique Manchón. "Lope de Aguirre como signo político polivalente". *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 18.3 (Primavera 1994): 405-416.

- König, Hans Joachim. "El indigenismo criollo. ¿Proyectos vital y político realizables, o instrumento político?". *Historia Mexicana* XLVI.4 (1996): 745-767.
- Laclau, Ernesto. *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1989.
- Leonard, Irving A. *Los libros del conquistador*. México: Fondo de Cultura Económica, 1979.
- Lope de Aguirre, odisea de un Asesino*. Grandes Aventuras que Hicieron Historia 10. Santiago de Chile: Empresa Periodística La Nación, 1994.
- Macherey, Pierre. *Pour une théorie de la production littéraire*. París: Maspéro, 1966.
- Maingueneau, Dominique. *Le contexte de l'œuvre littéraire*. París: DUNOD, 1993.
- Makaryk, Irena R, ed. *Encyclopedia of Contemporary Literary Theory. Approaches, Scholars, Terms*. 3ª ed. Toronto: Toronto UP, 1995.
- Mampel González, Elena y Neus Escandell Tur, eds. Prólogo. *Lope de Aguirre. Crónicas*. Barcelona: Editorial 7½; Ediciones Universidad de Barcelona, 1981. I-XVIII.
- Maquiavelo, Nicolás. *El Príncipe*. Madrid: Alianza, 1976.
- Marcus, Raymond. "El mito literario de Lope de Aguirre en España e Hispanoamérica". *Actas del Tercer Congreso Internacional de Hispanistas*. Eds. Carlos H. Magis et al. México: Colegio de México, 1970. 581-592.
- Matamoro, Blas. *Lope de Aguirre: La aventura de El Dorado*. Madrid: Historia 16, 1986.
- McHale, Brian. *Postmodernist Fiction*. New York: Methuen, 1987.
- Menton, Seymour. *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*. Colección Popular 490. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Miller, David et al. *The Blackwell Encyclopaedia of Political Thought*. Oxford: B. Blackwell, 1987.
- Miroux, Jean-Philippe. *Le personnage de roman. Genèse, continuité, rupture*. Collection "128". París: Nathan, 1997.

- Navarrete Orta, Luis. "Viscardo y Bolívar: Dos momentos del proyecto emancipador Latinoamericano". *Esplendores y miserias del siglo XIX: Cultura y sociedad en América Latina*. Comps. Beatriz González Stephan *et al.* Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana; Equinoccio, Ediciones de la Universidad Simón Bolívar, 1995. 125-137.
- Neefs, Jacques y Marie-Claire Ropars, dirs. *La politique du texte: Enjeux sociocritiques. Pour Claude Duchet*. Lille: PU de Lille, 1992.
- Ortiguera, Toribio de. *Jornada del río Marañón*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1968.
- Ortiz de la Tabla. Introducción. Vázquez 7-37.
- Otero Silva, Miguel. *Lope de Aguirre. Príncipe de la libertad*. Barcelona: Seix Barral, 1979.
- Oviedo y Baños, José de. *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*. Caracas: Ayacucho, 1992.
- Pagden, Anthony. *Señores de todo el mundo. Ideologías del imperio en España, Inglaterra y Francia (en los siglos XVI, XVII y XVIII)*. Trad. M. Dolors Gallart Iglesias. Historia, Ciencia, Sociedad 260. Barcelona: Península, 1997.
- Palmer, A. W. *Diccionario de historia moderna*. Trad. Ana M. Mayench. Barcelona: Labor, 1971.
- Paryas, Phyllis Margaret. "Polyphony / dialogism". Makaryk 610-612.
- Pastor, Beatriz. *Discurso narrativo de la Conquista de América*. La Habana: Casa de las Américas, 1983.
- . "Lope de Aguirre el loco: La voz de la soledad". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* XIV.28 (Primavera 1988): 159-173.
- Perú de Lacroix, Luis. *Diario de Bucaramanga*. Ed. Nicols E. Navarro. Caracas: Comité Ejecutivo del Bicentenario de Simón Bolívar, 1982.
- Porter, Roy. *A Social History of Madness. Stories of the Insane*. London: Phoenix Giants, 1999.
- Posse, Abel. *Daimón*. Buenos Aires: Emecé, 1989.
- Poupeney-Hart, Catherine. "Aguirre: Lettre ouverte au roi". *Questionnement des formes. Questionnement des sens*. Comp. Monique Carcaud-Macaire. Montpellier: CERS, 1997. 619-629.

- Robin, Régine y Marc Angenot. "La inscripción del discurso social en el texto literario". *Sociocriticism*. Trad. Katarzyna Urbńska. Pittsburgh: International Institute for Sociocriticism, 1985.
- Rock, David. *Argentina, 1516-1982: From Spanish colonization to the Falklands War*. Berkeley: U of California P, 1985.
- Romero, Rolando J. "La revisión histórica de Lope de Aguirre". *Confluencia-Revista Hispánica de Cultura y Literatura* 12.1 (Otoño 1996): 17-27.
- Sanchis Sinisterra, Jos. *Trilogía americana: El retablo de El Dorado. Lope de Aguirre, traidor. Naufragios de Alvar Núñez*. Madrid: El Público, Centro de Documentación Teatral, 1992.
- Saura, Carlos, dir. y guionista. *El Dorado*. Producción de Andrés Vicente Gómez, 1987.
- Sender, Ramón J. *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*. Colección Novela y Cuentos. Introd. Pilar Úcar Ventura. Presentación de Carmen Laforet. 3ª ed. Madrid: Magisterio Español; Casals, 1998.
- Shaw, Harry E. *The Forms of Historical Fiction. Sir Walter Scott and His Successors*. Ithaca: Cornell UP, 1983.
- Simón, Pedro. *Noticias históricas de Venezuela*. Caracas: Ayacucho, 1992.
- Singler, Christophe. *Le roman historique contemporain en Amérique Latine. Entre mythe et ironie*. Collection Recherches et Documents Amériques Latines. Prólogo de Jean Andreu. París: L'Harmattan, 1993.
- Sommer, Doris. *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America*. Berkeley: U of California P, 1991.
- Szegedy-Maszák, Mihály. "Teleology in Postmodern Fiction". Calinescu y Fokkema 41-57.
- Todorov, Tzvetan. *Mikhaïl Bakhtine. Le principe dialogique*. París: Seuil, 1981.
- Triviños, Gilberto. *Ramón J. Sender. Mito y contramito de Lope de Aguirre*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1991.
- Ubersfeld, Anne. *Lire le théâtre I*. París: Belin, 1996.
- Úcar Ventura, Pilar. Introducción. Sender 5-48.
- Uslar Pietri, Arturo. *El camino de El Dorado*. Bogotá: La Oveja Negra, 1985.

Vázquez, Francisco. *El Dorado. Crónica de la expedición de Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre*. Colección Quinto Centenario. Introd. Javier Ortiz de la Tabla. Madrid: Alianza Editorial, 1989.

Vázquez de la Prada, Valentín. *Felipe II*. Barcelona: Juventud, 1990.

Vilar, Pierre. *Historia de España*. Trads. Mañuel Tuñón de Lara y Jesús Suso Soria. Barcelona: Grupo editorial Grijalbo, 1981.

Waldemer, Thomas P. "Aguirre, the Wrath of God and the Chronicles of Omagua and Dorado". *Secolas Annals* 26 (1995): 42-47.

Walker, Charles. "Voces discordantes: Discursos alternativos sobre el indio a fines de la colonia". *Entre la retórica y la insurgencia: Las ideas y los movimientos sociales en los Andes, Siglo XVIII*. 89-112.

Wise, George S. *Caudillo, a Portrait of Antonio Guzmán Blanco*. 2ª ed. Westport: Greenwood Press, 1970.

Zima, Pierre. *Manuel de sociocritique*. Collection Connaissance des Langues. París: Picard, 1985.

Zúñiga, Gonzalo de. "Relación muy verdadera de todo lo sucedido en el río Marañón en la provincia del Dorado". Mampel González y Escandell Tur 3-29.

Sitios de internet

<http://www.emi.net/~bs-soft/ETA.html>

http://news.bbc.co.uk/hi/english/world/europe/newsid_172000/172539.stm)

<http://www.fundacionkonex.com.ar/aposse.html>